Sophie Saint Rose

Serie Fantasía



# Eres mi perdición

# Eres mi perdición

Sophie Saint Rose

# Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Epílogo

# Capítulo 1

Rita entró en casa a toda prisa y tiró el bolso sobre el sofá mientras corría hacia la ventana, donde su telescopio estaba colocado estratégicamente para que enfocara la ventana del vecino de enfrente. Su salón aún tenía la luz apagada. —Así que todavía no has llegado… Vale, pues a la ducha.

Se apartó para quitarse el abrigo y lo tiró sobre el sofá de terciopelo azul antes de quitarse los tacones. Gimió de gusto abriéndose la chaqueta del traje. Caminó sobre el suelo de mármol gris y entró en la habitación encendiendo la luz. Su gran cama estaba impecablemente hecha y eso le recordó que tenía que comprarle un regalo a su asistenta por su veintiocho cumpleaños, pues era en dos semanas. No sabía qué iba a comprarle después del bolso de marca de Navidad, le preguntaría a su secretaria. Entró en el baño y se abrió el pantalón mirándose al espejo. Hizo una mueca porque bajo sus ojos verdes tenía ojeras y no le extrañaba porque las últimas noches se había quedado trabajando hasta las tres de la mañana para levantarse a las seis, pero ya había terminado y el informe estaba listo para presentarlo a la junta directiva. Tenía dos días para quitar algo de trabajo pendiente.

Se quitó la camisa, las medias hasta la rodilla y la ropa interior antes de deshacerse el recogido de la nuca dejando caer su melena pelirroja. Se metió bajo el agua y suspiró de gusto preguntándose qué le habría hecho Elsa de cena. Seguramente algo delicioso porque era una cocinera de primera.

Después de echarse la mascarilla, cogió el rodillo anticelulítico y se lo pasó por los muslos canturreando la última canción de Taylor

Swift y cuando sus piernas estuvieron enrojecidas, se aclaró el cabello. Salió de la ducha envolviéndose en una gruesa toalla y se envolvió el cabello en otra. Después de secarse, se echó crema hidratante con miel por todo el cuerpo y salió del baño para entrar en el vestidor. Encendió la luz mostrando su ropa por las cuatro paredes, pero ella fue al mostrador central y abrió uno de los cajones para coger un camisón de seda verde esmeralda. Le encantaba ese color. Después de ponérselo, sus ojos fueron a parar a los dedos de sus pies e hizo una mueca. —Necesitas una pedicura, mierda. —Regresó al baño y se cepilló el cabello. Sus hermosos rizos pelirrojos, gruesos y brillantes salieron a la luz. —Esta sí eres tú. —Sin secárselo lo recogió todo y cuando pasó por el salón recogió su abrigo y los zapatos para llevarlos a la lavandería, donde lo tiró todo en la cesta y dejó el calzado sobre la lavadora para que Elsa se lo limpiara. La idiota de Lucy le había tirado café sobre ellos y al ser de color borgoña se notaba, puede que no tuvieran arreglo. Olvidándose de ello fue hasta la cocina y abrió la nevera. Sonrió cogiendo la nota que había sobre el plato.

*"Tienes el postre en el congelador, sácalo veinte minutos antes de que cenes."*

Con curiosidad abrió la puerta del congelador y sacó el plato que tenía lo que parecía un soufflé. Tenía una pinta deliciosa. Sacó todo de la nevera con una botella de agua y después de calentar el pescado al horno, fue con todo hasta el salón y lo dejó en la mesa de centro antes de encender la televisión para ver las noticias. Se sentó en el sofá y cogió el plato con el tenedor. Distraída con las noticias cenó el delicioso pescado antes de pasar al postre, que por dentro estaba relleno de bizcocho al coñac. Increíble, si fuera por Elsa pesaría cien kilos. Empezó una película y se cubrió con la manta del sofá. Pasados pocos minutos sin darse cuenta sus ojos se fueron cerrando, pero algo la despertó y miró al frente. Había encendido la luz. Uff, pero estaba tan cansada que hoy no vería el espectáculo. Miró hacia la televisión unos minutos, pero sin darse cuenta echó un vistazo hacia su piso. Estaba mirando por la ventana y a Rita se le cortó el aliento porque parecía que miraba hacia ella. Qué tontería,

desde allí no podía verla, además tenía la luz apagada. No, era imposible de un edificio a otro debía haber sesenta metros de distancia porque entre los dos edificios había un pequeño parque. No, era imposible que la viera sin un telescopio. Pero algo le hizo levantarse dejando caer la manta y se acercó a la ventana. Entonces él se apartó y se quitó la chaqueta del traje. Debió sonar su móvil, porque lo sacó del pantalón y se lo puso al oído. Rita se mordió el labio inferior y se agachó para mirar por el telescopio. La imagen era mucho más nítida y vio cómo se pasaba la mano por la otra oreja hablando por teléfono. Entonces empezó a discutir y a pegar gritos. Extrañada cogió el visor, estaba realmente furioso, nunca le había visto así, aunque no es que le viera mucho, porque él solo llevaba un mes viviendo allí y a veces llegaba muy tarde por alguna cita. Se pasó la mano por la nuca como si estuviera agotado y entonces se dio cuenta de que se había cortado su cabello negro. Sonrió porque era muy quisquilloso con su aspecto, como ella, es que eran almas gemelas, hasta les gustaban los mismos libros. De repente colgó y miró hacia ella cortándole el aliento. No, no podía verla. Con el corazón acelerado se incorporó para mirar por la ventana y él apretó los labios antes de apartarse para ir hacia la escalera. Rita se agachó para mirar por el visor y movió el telescopio ligeramente para enfocar su habitación. Juró por lo bajo porque las cortinas estaban echadas casi en su totalidad y solo le vio un segundo a través de una abertura. —Mierda.

Se enderezó haciendo una mueca. Cualquiera que la viera pensaría que era una pervertida. Gimió porque no podía evitarlo, es que era tan guapo y cada vez que le veía algo en su interior vibraba… Separó los labios de la impresión por lo que sentía por ese desconocido, era algo realmente extraño, como si estuviera unida a él de alguna manera. Es que estaba de atar, si alguien se enterara no dudaría en meterla en el psiquiátrico más cercano. Suspiró volviéndose y se dejó caer en el sofá. La película había perdido todo su atractivo, pero se tumbó en el sofá cubriéndose con la manta. Unos minutos después ella volvió a mirar hacia su ventana y se le cortó el aliento porque estaba con el torso desnudo bebiendo un

vaso de un líquido oscuro mientras miraba hacia el parque. Parecía preocupado y Rita bajó los pies del sofá. Entonces vio una sombra tras él. ¿Estaba acompañado? Se levantó y fue de nuevo hasta el telescopio y entonces vio como un hombre con un pasamontañas negro se acercaba a él por detrás, le agarraba con el brazo por el cuello y le apuñalaba en la espalda. Rita gritó impresionada una y otra vez viendo la sorpresa en su rostro mientras su vaso caía de su mano. El hombre de negro le apuñaló de nuevo en el costado y su vecino cayó de rodillas desapareciendo de su vista. Entonces el hombre levantó el cuchillo ensangrentado y se lo clavó una y otra vez con una saña que la hizo temblar de miedo. Tardó un segundo eterno en reaccionar y corrió hasta su bolso. Con las manos temblorosas sacó su móvil y marcó el nueve, uno, uno. Casi sin respiración se puso el teléfono al oído. —¿Oiga? ¡Están apuñalando a mi vecino de enfrente! ¡Un hombre con pasamontañas! Dios mío… Yo vivo en Union Square este, pero él vive al otro lado del parque. ¡Sí, tenemos en medio Union Square! ¿Que cómo lo veo? ¡Porque los dos vivimos en los últimos pisos y no hay nada por el medio! Oiga, ¿quiere escucharme? ¡Le estoy diciendo que están matando a un hombre! —gritó de los nervios. Miró por el visor y se le hizo un nudo en la garganta porque ya no veía a nadie—. Su atacante se ha ido, hay sangre en el cristal. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —No sé el número de su edificio, solo sé que es de acero y cristal. —Bajó el visor intentando ver el número, pero los árboles se lo impedían. —Si le sirve de algo mi portal es el número veintiocho. —Sollozó sabiendo que le habían matado mientras una gota de sangre caía por el cristal. —Colgó el teléfono y se tapó la cara con las manos. Tenía que haber hecho algo, tenía… Se dejó caer de rodillas y se abrazó el vientre. —Dios mío, Dios mío… —Escuchó llegar las sirenas y a través de la ventana vio las luces azules y rojas que indicaban que habían llegado los sanitarios. Levantó la vista hasta su ventana y pocos minutos después los vio entrar en su casa derribando la puerta. Sin aliento esperó que le ayudaran, pero se agacharon y volvieron a incorporarse a los pocos minutos negando con la cabeza. El dolor la traspasó, sollozó cogiendo el telescopio y le dio golpes contra la pared hasta destrozarlo. Agotada se sentó en el sofá y se

tapó con la manta. —No llores, idiota, ni le conocías. —Se pasó la mano por la mejilla y sorbió por la nariz. —Esto es el shock, solo eso. —Unos golpes a la puerta la sobresaltaron y asustada miró hacia allí.

—¿Señorita Biderman? Soy Malcom, su portero. Está aquí la policía, quieren hablar con usted. No se asuste, solo quieren hablar.

Se bajó del sofá y casi sin sentir las piernas caminó hacia la puerta. Giró el pomo y la abrió en apenas una rendija. Al ver dos agentes de paisano susurró —Le han matado, ¿no?

Ambos asintieron con pesar. —¿Podemos hablar con usted? Necesitamos algunos datos.

—Voy a ponerme una bata.

—Está bien, no se preocupe, esperaremos.

Cerró la puerta y caminó hacia la habitación. Y cogió el albornoz de detrás de la puerta del baño, ni supo cómo se lo puso ni cómo llegó de nuevo a la entrada. Ni recordó haber abierto antes de caer redonda al suelo.

—Sí, ya se despierta —dijo la voz de una mujer.

Abrió los ojos y frunció el ceño al ver a su alrededor a varios sanitarios. Cerró los ojos recordándolo todo.

—¿Podemos hablar con ella? —preguntó la voz de otra mujer.

—Sí, pero denle unos minutos.

Rita suspiró. —Quiero sentarme.

—Sí, por supuesto. —La doctora la ayudó a sentarse y a su lado se sentó una mujer con un traje de pantalón barato en color azul. —Supongo que usted es policía.

—Sí, y me gustaría hablar de lo ocurrido. El tiempo es esencial para resolver estos casos, espero que lo entienda.

—Sí, por supuesto.

—Nosotros nos vamos. Si se vuelve a marear no dude en llamar a emergencias.

—Gracias.

Todos los sanitarios se alejaron y salieron de su piso. Ella miró hacia la puerta para ver que un policía de uniforme cerraba a su paso. Volvió la vista hasta la policía sentada a su lado, debía tener unos cinco años más que ella y estaba acompañada por otro hombre de unos sesenta años también de traje, que miraba el telescopio roto en el suelo. —Lo rompí de la impotencia.

—Entiendo —dijo él volviéndose—. Soy el teniente Robinson y ella es la sargento White. —¿Le vio por el telescopio?

—Estaba aquí viendo la televisión y miré hacia la ventana. Le vi tomándose una copa de algo. Entonces vi algo raro tras él.

—¿Algo raro? —preguntó su compañera.

—Como una sombra. —Se pasó la mano por los ojos. —Entonces me levanté y miré por el telescopio. Le cogió por detrás con el brazo y le apuñaló en la espalda, luego… Le apuñaló una y otra vez, con fuerza y con rabia…

—Y usted llamó a la policía.

—Tendría que haber sido más rápida —dijo para sí—. Puede que estuviera vivo si yo hubiera reaccionado primero.

—No se podía hacer nada, señorita Biderman —dijo el teniente—. En la primera puñalada traspasó la vena cava inferior por lo que se desangró en segundos.

Se cubrió la cara con las manos. —Dios mío…

—¿Sabe cómo se llamaba? —preguntó la mujer.

La miró sin entender. —¿No lo saben ustedes?

—Esperamos identificación, pero en este momento no tenemos ni idea de quién es.

Frunció el ceño. —Pero lo tienen que saber en su edificio, su administrador, el portero…

—Su identificación no corresponde con nadie —dijo el teniente—. Con nadie que esté vivo.

Ahora sí que se quedó de piedra. —¿Me está diciendo que tenía una identificación falsa?

—Exactamente. Pero descubriremos su identidad, seguro que sus huellas están en la base de datos. Quien tiene identidad falsa, es por algo.

Madre mía, llevaba un mes colgada por un delincuente. Qué perdida estaba en la vida.

—¿Nos puede describir al hombre que le atacó?

—Iba vestido de negro y llevaba pasamontañas. No vi nada que pueda ayudarles.

—Claro que sí —dijo el policía colocándose ante ella—. ¿Qué estatura tenía?

Entrecerró los ojos. —La misma que él más o menos.

—Muy bien —dijo la sargento—. ¿Vio su color de piel? El pasamontañas cubre su rostro, ¿pero recuerda si vio la piel entre los ojos?

—Era blanco —dijo sin dudar—. Y sus ojos eran claros.

—¿Puede recordar el color?

—Azules, eran azules —dijo recordando.

—Bien, y sus cejas, ¿las vio? Ese telescopio es de los buenos, ¿vio sus pestañas?

Asombrada la miró. —Eran rubias.

—Perfecto, así que buscamos a un varón de uno noventa y cinco, rubio de ojos azules.

—Corpulento. Su brazo era fuerte y de hecho le retuvo y él no era precisamente pequeño.

—Perfecto. ¿Algo más?

Pensó en ello recordando la imagen una y otra vez. —Cuando sacó el cuchillo de su costado para volver a clavárselo, vi que su empuñadura era marrón. Un cuchillo de caza. La hoja era ancha y

tenía unos cortes en la parte de arriba de la hoja. Oh, y la parte de la punta era algo curva. Ligeramente curva.

—Perfecto. —La mujer sacó su móvil. —Voy a enseñarle un tipo de cuchillos como los que ha descrito. —Volvió el teléfono. —¿De este estilo?

—Sí, pero la empuñadura era…

—Marrón.

—Sí, de piel.

—¿Llevaba guantes?

—Sí, de cuero negro.

—Bien. ¿Algo más que pueda decirnos?

Entonces recordó los minutos previos. —Antes de que le atacaran, antes de que se cambiara, discutió con alguien por teléfono.

—¿También lo vio por el telescopio? —preguntó el teniente.

Se sonrojó ligeramente. —Sí.

—¿Le observaba a menudo?

—¿Y eso qué más da?

—Porque igual puede contarnos muchas más cosas. ¿Le vio alguna vez acompañado?

—Salía a menudo con mujeres, en cuanto llegaban al salón las besaba y desaparecían en la habitación.

—¿Muchas mujeres?

—Era guapísimo, supongo que se tiraba a todo lo que podía.

—Entiendo, ¿y usted observaba?

La miró asombrada. —¡Pues claro que no! Solo miraba si…

—¿Estaba solo? —preguntó ella.

Se apretó las manos y se las miró. —La primera vez que le vi me impresionó lo guapo que era, pero luego… Luego vi las novelas que leía, las carátulas de los CD que escuchaba… Teníamos gustos similares. Me atraía. Hasta en la decoración teníamos los mismos

gustos. Soñaba con que alguna vez pudiera conocerle, pero era como una fantasía.

—¿Y fantaseaba con algo más?

Miró al hombre sin entender.

—¿Le molestaban esas mujeres?

Ah, no, no pensaba dejar que creyeran que era sospechosa. Rarita sí, pero jamás mataría a nadie. —¡Yo no he hecho nada, no me he movido de aquí!

—Pudo contratar a alguien, pudo ser una de esas mujeres que le acompañaron alguna vez y cabrearse por sus amantes. Le vigilaba con el telescopio y perdió la paciencia.

—Oiga… —Aquello empezaba a ponerse feo. —Esperen un momentito, que voy a llamar a mi abogado.

—No es necesario —dijo la sargento levantándose—. Será mejor que descanse, está muy estresada.

—¿Cómo no voy a estar estresada si este hombre acaba de acusarme de ser una loca peligrosa?

—Tenemos que investigar todas las teorías.

—¡Ni siquiera hablé con él una sola vez! ¡Solo miraba! ¡Pero juro por Dios que no pienso mirar por otro telescopio en la vida! ¡Si no hubiera sido por el cometa del año pasado jamás hubiera comprado ese chisme! ¡Y para colmo me gasté dos mil pavos para no ver nada!

—Pues yo agradezco que lo tuviera, porque pudo avisar del asesinato. —La mujer dejó una tarjeta sobre la mesa. —Si recuerda algo más llámeme, a la hora que sea.

No pensaba abrir más la boca, porque tenía la sensación de que ese tío querría incriminarla si no encontraba a nadie mejor.

—Descanse —dijo él muy serio sin quitarle ojo.

Sí, sospechaba de ella claramente.

—No hace falta que nos acompañe.

Fueron hacia la puerta y Rita se levantó para asegurarse de que se iban de su casa. En cuanto cerraron la puerta ella corrió hacia allí y pasó la cadena antes de cerrar con llave. Corrió de nuevo hacia su teléfono y miró a su alrededor porque no lo encontraba. Tuvo que agacharse para mirar bajo el sofá, ni sabía cómo había llegado hasta allí. Estiró el brazo para cogerlo y se sentó en el suelo para marcar el número. —¿Jack? Tienes que venir a mi casa. —Se pasó la mano por los ojos. —Sí, ahora mismo, ¡así que deja ese ligue y te quiero aquí ya! —Sollozó. —Estoy metida en un lío muy gordo. Vale, y no le digas nada a papá. Sí, sí, date prisa.

# Capítulo 2

Su hermano sentado a su lado miró hacia la ventana antes de mirar el telescopio. —Si esto se sabe, va a ser un escándalo. Eres consciente de ello, ¿no?

—Sí.

—La hija del dueño de Biderman Motors es una voyeur que ha descubierto un asesinato, es la principal testigo.

—Dios, papá me va a matar.

—Dime que nunca estuviste en ese piso.

—¡Te juro por mi vida que no, nunca hablé con él!

—Muy bien, tranquila.

Llamaron a la puerta y asustada miró a Jack. —No fastidies.

—¿Qué querías? Estaba cenando con ellos en casa, nadie se creyó que tenía otra reunión. —Jack se levantó y abrió la puerta para mostrar a Nathaniel Biderman que entró en la casa muy serio. —Papá, joder, me encargaba yo.

—¿Te crees que soy demasiado viejo para encargarme de tu hermana? —Miró hacia ella y al ver lo descompuesta que estaba se quitó el abrigo y lo tiró sobre el sofá antes de que Rita se levantara apretándose las manos. —¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Yo no quería perjudicarte y ahora…

Él se sentó en el sillón de seda verde mirando a su hijo que estaba muy tenso. —Hijo, cuéntamelo.

—No te cabrees, para ella era como un juego.

—Lo siento, lo siento —dijo Rita sin dejar de llorar.

—Shusss, me encargaré de todo. En cuanto sepa lo que ha ocurrido. ¿Jack?

Su hermano se lo explicó rápidamente y al cabo de unos minutos de silencio Nathaniel suspiró yendo hacia la ventana. Miró al exterior durante unos segundos más que a ella se le hicieron eternos. —Así que eres la única que lo vio.

—Sí. —Sorbió por la nariz.

—Es la testigo del caso y al final se enterará la prensa —dijo Jack—. Será inevitable.

—En esta ciudad matan a gente continuamente.

—Sí, pero este caso les interesará. El hombre no tenía identidad.

—Creerán que es algo de bandas. Seguro que lo ha hecho un profesional y no habrá dejado rastro.

Jack miró hacia la ventana donde todavía se veían las luces de los coches de policía. —Esperemos que tengas razón, papá.

—De momento, no se reunirá con ningún policía más sin tu presencia. —Miró a su hija. —A partir de ahora no te acuerdas de nada más de lo que has dicho y si te muestran a alguien tú no le reconocerás, no quiero que te veas metida en una guerra de narcos o lo que sea. Y por la empresa no te preocupes, diremos que miraste por casualidad y que te topaste con el crimen, con tu reputación nadie pensará que eres una pervertida o algo así.

Se sonrojó hasta la raíz del pelo. —No soy…

—Hija, lo sé, pero la prensa intentará explotar esto para hacerme daño por apoyar la campaña del senador Stevenson, lo sabes.

Asintió. —Sí, lo sé.

—De momento, te apartarás de la empresa para perjudicarla lo menos posible. No quiero ver fotos tuyas entrando en nuestro edificio publicadas en los periódicos, no les demos más carnaza.

—Pero tengo que presentar el informe en dos días, he trabajado muchísimo para la junta.

—Lo sé, pero tendrá que presentarlo Nat.

Su hermano mayor, la fastidiaba muchísimo que se luciera con su trabajo cuando él no pegaba palo. Pero entendía el punto de vista de su padre, quería proteger la empresa todo lo que pudiera.

—Cielo, en unas semanas se habrá olvidado todo por la siguiente historia y podrás volver. Jack, encárgate de que la policía la deje salir del país cuanto antes y se irá a la villa de Santo Domingo en cuanto lo consientan.

Rita le miró de reojo. —¿Estás enfadado conmigo?

Nathaniel sonrió, pero esa sonrisa no llegó a sus ojos. —¿Cómo me voy a enfadar contigo por intentar ayudar a ese hombre? Tú no has hecho nada malo. —Se acercó y la besó en la frente. —Estas son cosas que pasan, y esta pasará como todas las demás. —Cogió su abrigo y se lo puso. —Jack encárgate de todo.

—Sí, papá.

Salió de la casa y se quedaron en silencio. Rita disgustadísima se sentó de nuevo en el sofá.

—Has esquivado la bala, se lo ha tomado muy bien —dijo Jack divertido.

—No tiene gracia.

—No, no la tiene. —Se sentó a su lado y la abrazó por los hombros. —Tranquila, te libraré de todo y te irás de vacaciones mientras esto se olvida. En un par de meses todo estará como siempre.

No entendía muy bien qué hacía allí, pero la policía la había obligado a ir al depósito de cadáveres a identificar al fallecido. ¿Por qué? Ni idea, pero aquello le ponía los pelos de punta. Jack la cogió por el brazo y siguieron a los policías hasta una puerta doble con los cristales velados. Abrieron una de las puertas y les dejaron pasar. En una camilla de acero había un cuerpo cubierto por una sábana y un hombre con una bata blanca tenía en la mano una tablilla.

—¿Es este? —preguntó el teniente.

—Sí.

—Acérquese —dijo la sargento White.

Se acercó con su hermano y el hombre de la bata apartó la sábana. De la impresión dio un paso atrás porque su rostro estaba absolutamente destrozado y chilló del horror volviéndose hacia su hermano que la abrazó con fuerza. —¿A qué coño viene esto? —preguntó Jack enfadado.

—Necesitamos que le reconozca —le respondió el teniente.

—¿Y qué va a reconocer aquí? ¡Casi no tiene cara! ¡Joder, si hasta le falta un ojo!

—Por favor, Rita, mírelo. Mire su torso, sus brazos, puede que vea algo que le haga reconocerle.

—Llevaba un pantalón de pijama azul.

—Sí, y lo tenemos aquí, pero si viera algo…

—¿Pero qué coño buscan si es el tipo que estaba en el piso? Mi hermana no le conocía, ¿espera que reconozca el tatuaje?

¿Tatuaje? Rita miró hacia el cuerpo y vio el tatuaje en el interior del brazo, era un escorpión.

—Esperamos que nos diga que es él, ya que no tenemos historial dental para identificarlo como el hombre que alquiló ese piso.

No recordaba haber visto ese escorpión. Sus ojos recorrieron su pecho y se dio cuenta de que esos pezones eran más claros que los que había contemplado en el último mes. Es más, hasta eran más grandes. Además, el vello de su torso no era igual al de su vecino, aquel era castaño oscuro y su hombre era moreno. ¿Qué estaba pasando allí? Había visto como le habían apuñalado, pero ahora estaba segura de que no era él. Pero ella no pensaba meterse en eso, ah, no… Había enviado al traste un año de trabajo por culpa de ese tipo y no pensaba meterse en una guerra de criminales, que se arreglaran entre ellos.

—¿Le reconoce? —preguntó la sargento sin quitarle ojo.

—Tiene la cara destrozada, no puedo asegurar ni desmentir que sea él, lo siento.

—Pero vio cómo le apuñalaban.

—Sí.

—Gracias por venir.

—De nada —dijo casi sin voz.

Su hermano la llevó hasta la puerta. —¿Estás bien?

—Creo que necesito una copa —dijo sin saber si contárselo o no. Casi mejor que no, ya les había implicado bastante.

—Vamos, te llevo a casa y podrás emborracharte si quieres.

Sentada en el sofá miraba la ventana con la mirada perdida y Elsa se acercó a ella para darle una taza de té. —Aquí tienes. —Se sobresaltó y su asistenta hizo una mueca. —Lo siento, no quería asustarte.

—No pasa nada.

Cogió la taza. —Gracias, eres un amor.

—No digas tonterías. —Su amiga se sentó en la mesa de centro. —¿Estás bien?

—No sé cómo me encuentro, la verdad, me da la sensación de que estoy en una pesadilla.

Elsa apretó los labios. —Es que todo esto es algo muy fuerte. En mi barrio se ve de todo, pero jamás he oído que a nadie le pasara algo así. Normalmente con un tiro asunto liquidado.

Pensó en ello. —Exactamente, ¿por qué matarle así cuando con un disparo se hubiera acabado el asunto?

Elsa entrecerró los ojos. —Destrozaron su rostro.

—Para que nadie pudiera identificarle. No hay huellas, no hay historial dental…

—Simuló su muerte…

—Estaba delante de la ventana.

—Sabía que le mirabas.

—La testigo perfecta.

—La hija de un poderoso empresario, con una reputación intachable.

—Me utilizó para que anunciara su muerte.

—¿Anunciar a quién? No saben quién es.

—Pero quien le quiere muerto puede que si lo sepa.

—¿Por qué crees que alguien le quiere muerto?

—¿Qué mejor manera hay de evitar que te maten?

—Que ya te crean muerto.

—Exacto. ¿Qué mejor manera de desaparecer para siempre?

—Esto no me gusta, si ha hecho eso, ha matado al tipo que le ha sustituido.

—Exacto, así que es un asesino.

—Has hecho bien en seguirle el juego. Cuanto menos te metas mucho mejor.

—Pienso lo mismo, ahora solo necesito olvidarle.

Sentada en la hamaca revisando la documentación que su hermano le había enviado por mail, alargó la mano para coger el vaso de zumo, pero no lo encontró. Palpó la mesa y al no encontrarlo miró hacia allí, pero el vaso no estaba. Entonces sintió a alguien tras ella y se giró de golpe para verle bebiéndose su zumo con una sonrisa en sus ojos grises. Se le cayeron los papeles de la mano de la impresión, pero él dejó el vaso vacío en la mesa y se sentó en la hamaca de al lado. —Bonita villa.

Sin poder creérselo miró sus ojos grises, su pelo negro, sí era él. El hombre que había visto durante un mes y con el que había soñado cada noche.

—Sí, estoy aquí.

Le arreó un tortazo que le volvió la cara y él hizo una mueca. —Igual me lo merezco.

—Lárgate de mi casa.

—Lo haría, de veras que lo haría, pero es que van a venir a por ti y tengo que ponerte a salvo.

—¿Qué?

—Digamos que cometí un error.

—El tatuaje.

—Tú lo has dicho, al parecer la sargento White es más lista de lo que parece y ha rascado un poco. Por lo visto el muerto pertenece a una banda de barrio y sus métodos al liquidar ciertos asuntos no son tan sofisticados como para que se molesten en cubrir sus huellas.

—¡Genial, ahora la policía pensará que he mentido!

—Sí, seguramente.

—¡Lárgate de mi casa!

—Preciosa, llevas un mes comiéndome con los ojos, ¿ahora quieres que me vaya?

—¡Sí! —dijo como si fuera lo más obvio del mundo.

—Desgraciadamente no puedo. Quien me busca a mí ahora te busca a ti y no tardará en dar contigo.

—¿Pero tú quién eres?

—Oh, disculpa, no me he presentado, puedes llamarme Grantleigh.

—Eso significa que no es tu nombre.

—Mejor que no lo sepas. Tienes veinte minutos para hacer una bolsa con lo necesario, solo lo necesario.

—Ni de coña me voy a ir contigo.

—Desgraciadamente no tienes otra opción. Si quieres seguir con vida, claro.

Con los ojos como platos negó con la cabeza. —¡A mí no me metas en tus chanchullos!

—Como ya te he dicho, estás metida hasta el cuello. Te creen mi cómplice porque avisaste de mi muerte y mentiste en el depósito, así que te torturarán y te desmembrarán hasta que digas donde estoy y como tú no lo sabrás, morirás.

Palideció. Aquello no podía estar pasando. Bajó los pies de la hamaca por el otro lado y salió corriendo. Grantleigh saltó la hamaca y corrió tras ella. Rita gritó corriendo por el jardín y de repente unos brazos la rodearon elevándola hasta tirarla sobre la hierba. Intentó golpearle, pero él agarró sus brazos colocándoselos sobre la cabeza. Sonrió malicioso. —Nena, tienes un trasero precioso.

Jadeó indignada mientras intentaba resistirse y él rio por lo bajo. —¡Suéltame!

—Escúchame bien, como no vengas conmigo no sobrevivirás. Se presentarán aquí y te matarán sin piedad. Solo tienes una oportunidad, venir conmigo. Como comprenderás no voy a arriesgar la vida por ti más de lo necesario. ¿Sí o no?

—No.

Él apretó los labios como si su respuesta no le gustara un pelo. —Muy bien, ¿lo quieres así? Asistiré a tu funeral.

—No te molestes —dijo entre dientes.

Él se levantó soltándola y Rita se apoyó en su codo sobre el césped para observarle mientras se alejaba. Sintió un nudo en el estómago, pero no podía irse con él, era un hombre peligroso y después de lo sucedido tenía muy claro que esa no era su vida.

Dejó el plato de la cena en el lavavajillas y lo cerró rascándose el muslo. Mierda, no tendría que haberse puesto pantalones cortos, ya la habían masacrado los mosquitos. Escuchó que un pájaro chillaba en el exterior y se sobresaltó. No tenía que haberle dicho al servicio que se fuera el día en que llegó, ahora sí

que estaba asustada y todo por culpa de Grantleigh. Molesta fue descalza hasta el salón y se sentó en la silla de la mesa del comedor ante su portátil. Lo mejor era trabajar para que no se le vinieran ideas raras a la cabeza, aunque después de diez minutos tuvo claro que no podía concentrarse en nada. Escuchó el chillido del pájaro de nuevo y siseó —¿Quieres callarte de una vez? —De pronto la luz se fue y miró hacia el techo. —No, no…

Se levantó, pero no sabía muy bien qué hacer porque no tenía ni idea de dónde estaba el cuadro eléctrico. De hecho, jamás se preocupaba por esas cosas porque para eso estaba el servicio. —Vale, Rita, eso ha sonado un poco snob, a ver si así aprendes y te espabilas para la próxima. —Fue hasta la cocina. —Una linterna, eso es lo que necesitas. —Se agachó para abrir la alacena de debajo del fregadero y algo impactó contra el azulejo de la cocina. Elevó la cabeza un poco para ver un pedazo de agujero al lado del grifo del agua. Parpadeó y con los ojos como platos se agachó. ¿Eso había sido un tiro? Igual había estallado la cañería. ¡Espabila, Rita, que te envían al otro barrio! Asustada de rodillas gateó hasta el final de la isla central de la cocina y estiró el cuello para echar un vistacito. Escuchó pasos que se acercaban y de repente alguien empezó a silbar. Vale, eso sí que acojonaba.

—¿Rita? Ven, gatita, gatita… Me encantan las pelirrojas, ¿sabes? ¿Te pusieron Rita por ser pelirroja? ¿Como Rita Hayword?

Genial, un pirado, últimamente estaba conociendo unos cuantos. Hora de largarse. Gateó hasta la puerta del cuarto de lavado y sin hacer ruido entró escondiéndose tras la secadora.

—¿Dónde está? —preguntó otra voz.

—Está en la casa, si hubiera salido la habrían visto. Búscala.

La casa estaba rodeada. Se mordió el labio inferior mirando hacia la ventana, era evidente que ahora no podía escapar por allí. Alguien abrió la puerta lentamente y no se movió. Una luz recorrió la estancia, parecía una linterna y ella retuvo el aliento sin mover un músculo. La luz se alejó y los pasos también. Rita estiró el cuello y vio que la luz se alejaba, pero le mostró la trampilla del suelo que

había en el pasillo. Entonces recordó que un verano en el que estaba allí toda la familia, se estropeó una cañería y el fontanero abrió esa trampilla para bajar y cambiar una tubería. Se mordió el labio inferior y a gatas se acercó a la puerta. Escuchaba cómo esos hombres la buscaban por la casa.

—¡Ha tenido que salir!

—¡Te digo que no! ¡Tiene que estar aquí!

Vale, estaba claro que Grantleigh tenía razón y no pensaba quedarse allí para que la desmembraran. Cuando las luces se alejaron del pasillo, alargó la mano y elevó la puerta de la trampilla deslizándose por el suelo de mármol hasta meter los pies. Cayó al suelo y la trampilla se cerró de golpe quedándose totalmente a oscuras. Mierda. Intentó ver algo, pero solo escuchó que tiraban abajo algún mueble. De repente algo cayó con fuerza sobre su cabeza y asustada miró hacia arriba alejándose lo que podía, pero no abrieron la trampilla. Muerta de miedo se abrazó las piernas y empezó a temblar, ¿por qué no se había ido con él? Al menos si moría lo hubiera hecho al lado de un macizo que le hacía hervir la sangre y si hubiera tenido suerte puede que se hubiera dado un homenaje, que desde que trabajaba para su padre no tenía tiempo ni para tener una miserable cita y así no había quien se echara un novio. Es que era idiota, ahora le pegarían un tiro o mil cosas más.

Algo cayó en la cocina y gimió cubriéndose la cabeza con las manos. ¿Quiénes serían esas personas? ¿Qué buscaban de ella? No conocía a Grantleigh de nada, había declarado que lo había visto morir, ¿por qué no la habían creído? Porque creen que le encubriste, tonta. Y si le encubriste, es que tienes algo con él. Eres el único hilo del que pueden tirar para encontrarle. Escuchó un sonido sobre la trampilla que le cortó el aliento y miró al techo muy asustada. Entonces se escuchó que alguien elevaba el asa y a toda prisa se alejó de la trampilla todo lo que pudo haciendo que su espalda chocara contra un pilar. La trampilla se abrió mostrando una luz. —Nena, será mejor que salgas cuanto antes, no sé si los de fuera están pidiendo refuerzos.

Dejó caer la mandíbula del asombro y estiró el cuello para ver su rostro. Este le guiñó un ojo como si nada. —¿Vamos?

Negó con la cabeza y él suspiró. —Sé que estás asustada y que no estás acostumbrada a esto, pero tranquila, en nada de tiempo ni te inmutarás. —Alargó la mano. —Vamos, conmigo estarás segura. —Estiró más el brazo y ella indecisa alargó la suya. Grantleigh se la cogió y tiró de ella cogiéndola por la cintura como si no pesara nada para dejarla ante él. —Supongo que no has hecho la bolsa —dijo en voz baja.

Negó vehemente.

—Muy bien, mientras acabo esto haz una maleta rápida y deja el móvil y el ordenador.

—Vale.

—Y mantente agachada. Tranquila, no vamos muy lejos, puedes llevar ropa de verano.

Y sin más se volvió y caminó tan tranquilo hacia la cocina. Cuando vio la pistola en su mano se estremeció de miedo sobresaltándose cuando escuchó que un cristal se rompía bajo sus pies. —Rita, espabila… —dijo él sin volverse caminando hacia el salón.

—Ay, madre… —Se volvió y se sobresaltó al ver un tío tirado en el suelo con un agujero en la frente. Gimió pasando la pierna por encima de él para pasar al otro lado. Entrando en pánico porque aquello iba muy en serio, entró en su habitación que estaba destrozada. Abrió el armario y cogió la bolsa de deporte metiendo en ella varias camisetas, un chubasquero, unos vaqueros largos y se puso un par de zapatillas de deporte antes de coger otro par para meter en la bolsa. Después de buscar ropa interior entró en el baño. Alargó el brazo sobre el estante para arrastrar varias cosas hasta la bolsa sin importarle lo que caía al suelo. Agarró el cepillo de dientes y lo tiró dentro de la bolsa corriendo a su habitación, pero se detuvo en seco intentando pensar, ¿qué más? El móvil no, pero necesitaría documentación. Fue hasta su bolso que estaba sobre una silla y agarró la cartera. Cerró la cremallera y salió de su habitación

preguntándose dónde estaría Grantleigh. Saltó al muerto y metió la cabeza en la cocina. Separó los labios de la impresión al ver un muerto ante la nevera y otro con medio cuerpo en la ventana. Su padre iba a poner el grito en el cielo cuando viera su casa de ensueño hecha unos zorros. De repente Grantleigh apareció en la puerta y le hizo un gesto para que se acercara. Ella con la bolsa sujeta con ambas manos corrió hacia él dándole una patada a una cuchara sopera que chocó contra la pared. —Lo siento.

—No pasa nada, ¿lista?

Y lo decía como si se fueran de vacaciones. —Sí, sí.

—Cuando salgamos, corre todo lo que puedas en dirección al muelle. Yo iré detrás.

—¿Al muelle? Vale, puedo hacerlo.

—Perfecto. —Abrió la ventana del salón que era la más cercana al muelle y le indicó que pasara. Saltó al porche en un visto y no visto antes de echar a correr como una posesa saltando sobre la barandilla para caer sobre las flores de su madre y quemando zapatilla se dispuso a correr como si la persiguiera el diablo. Grantleigh parpadeó y empezaron a dispararle desde distintos puntos. Ella gritó intentando cubrirse con la bolsa y Grantleigh corrió hacia ella porque ni veía por donde iba y estaba regresando a la casa. De la que pasó a su lado la agarró de la muñeca y tiró de ella corriendo hasta el embarcadero. —¡Salta!

Ni lo pensó y saltó con él a una motora que en cuanto cayeron se puso en marcha a toda pastilla. Dos hombres llegaron corriendo y les dispararon con ametralladoras. Grantleigh la cogió por la cabeza y se la agachó mientras la motora salía de allí. Cuando su pesadilla apartó la mano ella pudo levantar la cabeza lo suficiente para ver que ya se habían alejado bastante de la costa. Intentando recuperar el aliento miró al frente donde un hombre rubio conducía. Entrecerró los ojos. —¿Tu asesino?

—Albert, saluda a Rita.

Este se volvió y le guiñó un ojo. Al parecer a los asesinos les gustaba guiñar el ojo. Grantleigh estaba comprobando la munición

de su pistola. Metió el cargador y le quitó el silenciador.

—¿A dónde vamos?

—A un sitio donde no te encontrarán. Te dejaré allí y solucionaré esto a la manera tradicional.

—¿Lo solucionarás? ¿Lo solucionarás? —gritó haciendo que la mirara—. ¡Has destrozado mi vida!

—Tranquila, que en cuanto mate a su jefe no te buscará nadie.

—¿Pero tú te estás oyendo?

Él suspiró. —Mira, cuanto menos sepas mucho mejor. Te dejaré en un lugar seguro y volveré cuando todo haya terminado, ¿de acuerdo?

—¿Y si no vuelves?

—Si no vuelvo en un mes, vete encargando el ataúd porque no habrá nadie que te libre de esto.

—Ahora creen que somos un equipo —dijo Albert—. Que formas parte de esto.

—¿Y qué es esto si puede saberse? ¿Qué sois? ¿Asesinos a sueldo? ¿Traficantes?

Ambos rieron por lo bajo.

—¡Seréis capullos, no le veo la gracia!

—Perdona, es que no estamos acostumbrados a tratar estos temas con novatos —dijo Albert aguantando la risa.

—Nena, somos lo que vosotros llamáis caballeros del temple.

Parpadeó. —¿Te estás quedando conmigo? ¿Pero a ti qué te pasa? ¿Tengo pinta de idiota?

—¿Sabes lo que son los templarios? —preguntó Albert de lo más divertido.

—Pues sí, son caballeros que ayudaban a los peregrinos a llegar a tierra santa, a Jerusalén. Eran protectores de la fe cristiana.

Grantleigh asintió. —Muy bien, ¿y sabes lo que ocurrió con nuestra orden?

—Fueron perseguidos, creo.

—Se dijo que algunos templarios a pesar de haber hecho voto de pobreza llegaron a amasar fortunas, y en realidad fue así. Llegaron a tener tanto poder que les temían y el papa ordenó su exterminio. Y consiguieron matarles a casi todos con ayuda de algún que otro rey, pero esos que mataron ya no eran templarios, eran mercenarios que solo perseguían sus propios intereses —dijo con desprecio—. Los auténticos templarios ya estaban muy alejados de ellos cuando ordenaron sus muertes. La orden ya se había dividido en dos hacía muchos años. Los que sí seguían los designios del Señor, continuaron con su propósito en secreto, sin que nadie lo supiera, sin llamar la atención. Los nueve hombres que iniciaron la nueva orden siguieron con su misión y sus sucesores participaron en salvaguardar el cristianismo como siempre fue su misión. Nueve hombres que siguieron protegiendo la fe cristiana hasta la actualidad, nueve valientes que durante siglos han seguido con su obra a pesar de que han hecho lo imposible por matarles.

—Esos somos nosotros.

Separó los labios de la impresión. —¿Y esos hombres que había en mi casa eran?

—Hace doscientos años uno de los templarios traicionó a los demás. —Hizo una mueca. —Contó en el Vaticano que seguían activos y empezó su persecución. Les llamamos, los hijos de Judas.

—El hombre que traicionó a Cristo.

—Hombres que traicionan la palabra de nuestro Señor protegiendo a magnates que son mezquinos y que solo se guían por sus intereses sin importar las almas que se lleven por el camino.

Los templarios eran soldados y era evidente que esos dos no temían quitar del medio a quien se pusiera por delante. —¿Matáis en nombre de Dios?

—Como hace casi mil años protegemos la fe de los que sí creen, protegemos a los inocentes.

—Pues debéis tener un montón de trabajo.

—Y que lo digas.

—Así que esos os buscan para mataros.

—Encontraron a Grantleigh. Mi amigo sabía que lo estaban vigilando. Aparte de ti, claro. —Se puso como un tomate. —Así que teníamos que hacerles creer que mi amigo estaba muerto para que se olvidaran de él por un tiempo.

—Y salió fatal.

—Te utilizamos para que fueras nuestro testigo, pero esa sargento no ha dejado de tirar de todos los hilos que se encontraba.

—Cometisteis un error, ella no tiene la culpa. Por cierto, ¿de dónde sacasteis el cuerpo?

Grantleigh levantó una ceja. —¿Tú qué crees? Ese mamón no solo pasaba droga a niños al salir de la catequesis, sino que abusaba de su hermana pequeña.

—Pues ahora ya no me da ninguna pena.

—Eso pensaba.

Se le quedó mirando. —No llevas cruces. Ni siquiera una colgada del cuello.

Él mirando a su alrededor sonrió de medio lado. —No podemos tener marcas que nos puedan identificar. Nada de tatuajes.

—Sois fantasmas, gente sin identidad que de manera invisible mata a todo el que pueda perjudicar la fe cristiana.

—No a todos, nena. No daríamos abasto. Solo los que con sus acciones presentes pueden poner en peligro nuestra fe. Los pilares más básicos de nuestra fe.

—Dame un ejemplo.

—Hace un año, un autor llamado Johnny Winter escribió un libro donde decía que Jesús nunca existió. Ese libro era una panda de patrañas sin ninguna base científica, pero tenía tantos seguidores

en internet que hubiera sido un auténtico peligro para nuestra fe, para la fe de nuestros jóvenes que se dejan llevar por las redes sociales, eso sin mencionar cómo insultaba continuamente a nuestro Señor. Escribió ese libro para ganar dinero, era lo único que le importaba sin pensar en el daño que podía hacer a las almas de sus seguidores.

—Le matasteis.

—Adivina lo que dijo antes de morir, pidió ayuda a nuestro Dios para que le librara de nosotros. El mismo que en sus videos de YouTube escupía sobre la biblia, rogó por su ayuda —dijo con rabia.

—Sé de quien hablas, un día mi asistenta escandalizada me enseñó un video suyo. Me dijo que se había suicidado.

Él hizo una mueca. —Casi.

Albert rio.

—¿Nunca habéis tenido dudas? —preguntó asombrada—. ¿En los tiempos que vivimos vuestra fe es tan férrea?

—El hombre es curioso por naturaleza, es normal tener dudas, querer saber, pero quien duda solo tiene que mirar lo que le rodea. —Se acercó a ella. —Mira, nena, mira a tu alrededor. —Ella lo hizo. El mar, la enorme luna, era una noche preciosa. —¿Quién iba a crear algo tan hermoso sino?

Se le cortó el aliento y su corazón dio un vuelco porque sintió que era cierto.

—Todo lo que crea Dios es hermoso y somos los hombres los que ensuciamos su obra continuamente. A todas horas. Y nosotros hemos nacido para intentar evitarlo y ayudar a los fieles en lo que podamos.

Volvió la cara hacia él y miró sus ojos. —¿Quién te eligió?

—Soy hijo de uno de ellos.

—Como yo —dijo Albert—. Pero Grantleigh es descendiente de uno de los primeros, el único con sangre pura en sus venas.

—Eso son chorradas, amigo.

Asombrada le miró. —Eres el jefe.

—Se lo ha ganado, se ha jugado la piel más que nadie.

—Todos nos jugamos la piel.

Pensando en ello dijo —¿Y los demás?

—En distintas misiones por todo el mundo. Últimamente hay problemas muy graves en Sudáfrica.

—Sí, lo he oído. Es terrible. La verdad es que el mundo se ha vuelto loco.

Los chicos se echaron a reír y les miró sin entender. —¿No creéis lo mismo?

—Nena, esto es así desde que el mundo es mundo. Las guerras, el hambre y la maldad existen y existirán siempre por la avaricia del hombre. Nosotros intentamos proteger a los nuestros, pero no siempre es posible.

—Pretendéis que los daños en las almas inocentes sean los menos posibles.

—Exacto.

—¿Habéis matado algún presidente de algún país?

—Preciosa, si hubiera sido así no pretenderás que te lo diga, ¿no?

—Pero algún papa sí que ha caído —dijo Albert haciendo reír a Grantleigh por lo bajo mientras ella les miraba con los ojos como platos.

—Se dice que son seguidores del Señor, pero su papado hizo más mal que bien. Y eso sí que pone en peligro la fe cristiana.

—Entiendo. ¿Y cómo os financiáis? Porque esta lancha no es barata.

—Desde el principio ha habido gente con muchos recursos que apoyan nuestra misión sin interferir en nuestro trabajo.

—Sobre todo porque no lo permitimos —dijo Albert divertido.

—En la actualidad tenemos una fundación y nos financiamos con las donaciones.

—¿Cómo se llama la fundación?

—Será mejor que no te lo diga. Es una información que le encantaría saber a los hijos de Judas.

—Entiendo. —Vio un barco a lo lejos y él miró hacia allí. —¿Es vuestro?

—Bienvenida al Creador.

La lancha redujo la velocidad para acercarse al barco, que en realidad era un yate de lujo que la dejó con la boca abierta porque debía tener sesenta metros de eslora. Una mujer apareció por estribor.

—Ella es Portia. Es un genio que nos consigue información, por eso sabía que estabas en la isla de tu padre.

La lancha se acercó a la parte de atrás y Grantleigh se levantó para tirar la bolsa de Rita al barco. Portia se acercó cogiendo la bolsa y alejándola de la plataforma cubierta de agua donde había una moto acuática de última generación. Rita se quitó las deportivas a toda prisa y pasó la pierna por la borda de la lancha para meter el pie en el agua hasta pisar la plataforma. Grantleigh para ayudarla la cogió del brazo hasta que pasó al otro lado.

—¿Todo bien? —preguntó Portia mientras Rita caminaba hacia ella subiendo los dos escalones que daban al barco.

—Pan comido. Dile a Jeffrey que se prepare para zarpar.

Sin saber qué hacer se quedó allí parada mientras Grantleigh descendía. Este cogió la soga que le tiró Albert y la amarró a una argolla del yate mientras Portia se alejaba y subía los escalones que llevaban a la cabina del capitán. Aunque suponía que no tendrían capitán porque no debían viajar con tripulación. Cogió su bolsa del suelo y Grantleigh llegó hasta ella para cogerla del brazo. —Nena, vas a tener que aprender a no quedarte a la vista de cualquiera. Ahora hay rifles que pueden matarte a dos kilómetros.

—Ah… —Entraron en un salón muy hermoso en tonos blancos y entraron por un pasillo hasta la habitación del fondo. —¿Esta es mi habitación?

—Sí.

La abrió y ella entró mirando a su alrededor. La cama era bastante grande para estar en un barco. —Acuéstate.

Desubicada empezó a ponerse nerviosa. —¿Y tú qué vas a hacer?

Él sonrió. —Tengo que hablar con mis hombres.

Dio un paso hacia él. —¿Puedo ir?

—Nena, no te va a pasar nada.

—Es que…

Entró cerrando la puerta y cogió su mano para sentarla sobre la cama. Se agachó ante ella. —Sé que estás asustada pero el barco tiene radares, armas y estamos cuatro personas que tenemos muy buena puntería.

Apretó su mano. —Yo no sé hacer nada de eso.

Sonrió. —Puede que algún día te enseñe.

Le miró impresionada. —¿Insinúas que me voy a quedar para siempre? —Soltó su mano. —Me mentiste, me dijiste que en cuanto mataras a su jefe…

—Nena, de buenas a primeras no podía decirte que te has convertido en el blanco de los hijos de Judas y que ya no renunciarán a ti porque pueden utilizarte para llegar a mí.

—¡Por eso me lo has contado todo, porque sabías que nunca podría volver a mi vida! ¡Y yo quiero volver a mi vida!

—Lo siento, pero eso ya no podrá ser. Ahora eres uno de los nuestros, te guste o no.

—¿Y si no me gusta? ¿Y si quiero irme?

—No podré impedírtelo, pero como acabas de comprobar en la casa de tu padre nunca estarás segura en ese mundo.

—Mi padre tiene dinero, puede…

—¿Ponerte protección? Si ni saben contra quien luchan. Os matarán a todos con tal de ocultar su identidad, ¿o crees que

permitirán que les denuncies? ¿Te recuerdo que tras ellos hay gente muy poderosa?

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Me has engañado. —Le arreó un tortazo. —¡Y no es la primera vez! —gritó en su cara.

Él la cogió por la nuca y la besó con unas ansias que le robaron el aliento y cuando se apartó de golpe Rita balbuceó —¿Pero vosotros no erais castos?

Grantleigh sonrió. —¿Qué? ¿De dónde te crees que salí yo? ¿Crees que me tuvieron por ciencia infusa? —Se acercó de nuevo a sus labios. —No somos castos no hemos hecho juramento de celibato. —Pasó su lengua por su grueso labio inferior. —Y te puedo asegurar que contigo he tenido pensamientos de lo más interesantes.

Medio mareada susurró —¿Pecaminosos?

—De lo más pecaminosos, preciosa. Dime que has traído ese camisón verde.

—Pues no, no he traído camisón.

Él suspiró apartándose. —Joder, y mañana tengo que irme.

—¿A dónde?

—Sé donde vive uno de los que financia a los hijos de Judas, voy a hacerle una visita de cortesía.

—Entiendo. ¿Y no puedo ir contigo?

—Portia cuidará de ti.

—¿Y quién cuidará de Portia?

La besó suavemente en los labios. —Duérmete, yo me encargaré de todo. —Se incorporó y fue hasta la puerta. Cuando la dejó sola suspiró dejándose caer en la cama. Aquello no podía estar pasando. Se pellizcó el brazo e hizo una mueca. —En menudo marrón te ha metido el macizo.

# Capítulo 3

Sintió que se movía el colchón y Rita se giró abrazando la almohada, pero al darse cuenta de que no olía a lavanda como toda la ropa que lavaba Elsa, frunció el ceño antes de abrir un ojo. Al ver el ojo de buey y sentir el vaivén del barco todo vino a su memoria. Escuchó el sonido del agua y se volvió de golpe para ver que la puerta del baño estaba entornada y que su Adonis estaba en pelota picada bajo la alcachofa lavándose el pelo. Flipada se sentó. Chica, tener pensamientos impuros con un hombre de Dios no estaba nada bien, pero leche, es que estaba como un tren y no podía evitarlo. Entonces le llegó el pensamiento de por qué se duchaba allí provocándola. Porque aquello era una provocación en toda regla, aunque era evidente que él tenía pensamientos impuros por los dos porque se lo había dejado muy claro la noche anterior, así que no era pecado echar un vistacito. La espuma caía por su pecho y se le revolucionó el corazón hasta dejarla sin aliento. Entonces la silla que tenía en frente le llamó la atención porque allí estaba su ropa y como un rayo miró la almohada de al lado para ver la forma de su cabeza. ¡Habían dormido juntos! ¡Y ella sin enterarse!

—Nena, ¿ya estás despierta?

Miró hacia la puerta y salía de la ducha. Cogió una toalla y se cubrió aquello que miraba hacia ella. Y no dejó de mirar hacia ella por mucho que le hubiera puesto algo encima. Asombrada levantó la vista hasta su rostro. —Sí, preciosa, está fuera de control, pero no tengo tiempo.

—¡Venga ya!

Él rio por lo bajo yendo hacia un armario y lo abrió para coger una camisa y unos pantalones negros de vestir. —Ya me gustaría quedarme. —Se agachó y le dio un beso en los labios que le supo a gloria.

—¿Dónde estamos?

—Cerca de Guarajá. Desembarcaremos y cogeremos un coche de alquiler hasta Sao Paulo.

Preocupada susurró —Si no vuelves, regresaré a casa.

Él apretó los labios. —Si no vuelvo, dile a tu padre que una isla privada no es la solución. Que contrate a un profesional, alguien que haya trabajado en la CIA y que te haga desaparecer. —Se agachó ante ella. —Desaparecer, nena. No llamar a tu padre cuando quieras, es la única manera de que estés segura.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Nunca volveré a mi vida, ¿no es cierto?

—Nunca más. Eres un cabo suelto y te creen mi cómplice, esto ya no tiene marcha atrás.

—¿Por qué yo?

Él sonrió irónico. —Nena, ese telescopio fue tu perdición.

—Tú has sido mi perdición.

Sonrió y la besó de nuevo antes de incorporarse para ir hasta un aparador de dónde sacó la ropa interior. Se quitó la toalla sin ningún pudor y empezó a vestirse.

—¿Y qué gano yo de esto? —preguntó ella comiéndoselo con los ojos sin darse cuenta. Menudo trasero tenía...

—Me ganas a mí.

Jadeó indignada. —¿Y te crees suficiente?

—Claro. —Divertido se puso la camisa mientras ella gruñía. —Preciosa, después de un mes observándome creía que era lo que querías.

Su corazón dio un vuelco y le miró fijamente. —¿Lo hiciste a propósito?

—No entiendo bien lo que quieres decir.

—¿Me tendiste una trampa para que perdiera mi vida y me metiera en la tuya?

—No, nena, no te hubiera hecho algo así. Creímos sinceramente que funcionaría y que si me creían muerto podría trabajar más libremente una buena temporada. Habían descubierto mi paradero y pensaba aprovecharlo.

—¿Y ahora?

—Ahora seguimos como antes. Ocultándonos los unos de los otros. —Regresó al armario para coger unos zapatos. —Pero si lo que me preguntas es si me alegro de que ahora estés aquí, sí, me alegro, porque eso significa que estás viva. —Se sentó a su lado y se ató los cordones.

—Lo dices como si te gustara.

Volvió la cara hacia ella. —Sabes que me gustas.

—¡Pues para gustarte tanto bien que te has acostado con otras!

Sonrió divertido. —Era para que pensaran que no estaba prevenido, además estaba convencido de que no te iba a volver a ver. Pero al parecer nuestro Señor quiere otra cosa. —Le guiñó un ojo. —Por cierto, nos casamos cuando vuelva.

Su corazón pegó un brinco de aúpa. —¿Cómo has dicho?

—Nena, eres mi mujer, nuestras relaciones serán dentro del matrimonio.

—¡Con las otras no te casaste!

—Con ellas usé condón. Contigo no.

—¡No entiendo nada, si pasabas de mí! —Le mostró la mano. —¡Aquí no va a haber anillo hasta que confíe en ti, que te veo muy trolero! Por cierto, ¿no hay un mandamiento que dice no matarás y no mentirás o algo así?

—Preciosa, nosotros somos algo especiales.

—¡Cuando os conviene!

—Nuestras uniones definitivas son bajo el sacramento del matrimonio.

—¿Me estás diciendo que después de quitarme mi vida, no puedo catarte hasta que me pongas un anillo en el dedo?

—Sí. —Entró en el baño y se peinó su cabello negro. Se pasó la mano por la barbilla. —Nena, tengo que dejarme barba.

—¿Por el matrimonio? —preguntó horrorizada.

Él rio por lo bajo. —No, porque durante unos días tengo que pasar desapercibido.

Suspiró del alivio. —Ah, que hablas de algo temporal.

—Igual te gusta.

—Te aseguro que no hay una sola mujer en la faz de la tierra que le guste besar pelo. —Entonces se puso como un tomate y la miró maliciosa. —¡Y no estaba pensando en eso de ahí abajo!

—Sí que lo has pensado.

—Bueno, puede, pero en la cara nada de pelo.

—Entonces nada de barba, me pondré gafas de sol. —Fue hasta la mesilla y cogió la pistola. Se la puso a la espalda en una funda que ella ni había visto.

—¿Qué voy a hacer aquí? Me voy a aburrir como una ostra.

—Portia te dará trabajo.

—¿De qué?

—Preciosa, eres una mujer de negocios, ¿quién mejor que tú para comprobar ciertas cuentas a ver si hay algo raro? Eso a Portia no se le da muy bien.

—¿Cuántas personas colaboran con vosotros?

—Unas cien en todo el mundo.

—Deben ser muy devotos.

—Portia no está aquí por su fe, está con nosotros por su hermano. Ya le conocerás, Colton es el segundo al mando, ahora está en Roma. Hay un cardenal que ha metido la mano en unas

donaciones, hay que quitarle del medio antes de que se entere alguien y perjudique a la fe cristiana. Ese tipo de noticias nos hacen mucho daño y algunos pierden la fe cuando deberían darse cuenta de que es una sola persona en un gran rebaño. —Se puso la chaqueta y se acercó a ella. —Tengo que irme, nena, seguiremos hablando cuando vuelva.

—¿Un mes?

—Si puedo volveré antes. —La cogió por la nuca y la besó suavemente en los labios. Se apartó para mirarla a los ojos. —Si necesitas algo, pídeselo a Portia. Ten cuidado.

—Ten cuidado tú.

Él sonrió antes de besarla de nuevo e ir hasta la puerta sin mirar atrás. Inexplicablemente sintió un desasosiego que no sabía cómo calmar. Un maldito mes allí metida, se iba a volver loca.

Cuando llegó al salón estaba vacío, pero en una mesa había un desayuno digno de un rey. Al mirar por las ventanas vio que estaban rumbo a algún sitio porque estaban en alta mar. Hambrienta se sentó y empezó a desayunar con ganas la deliciosa tortilla. Cogió una tostada y la untó con mantequilla. Portia apareció en el salón a su espalda y se sentó a su lado. —Gracias por prepararme el desayuno.

—Lo ha hecho Jeffrey.

—Oh… —Miró a su alrededor.

—Está en el puesto de mando.

—Se lo agradeceré después.

—No creo que le veas mucho, no le gustan los desconocidos.

—Ah…

Portia se sirvió un café de la jarra y suspiró. —Bueno, al parecer tengo que darte trabajo.

—Por favor, porque sino me voy a volver loca.

—Otra se tumbaría a tomar el sol.

—Puedo hacer dos cosas a la vez.

Portia sonrió apartándose un mechón de su cabello negro tras la oreja. —Muy bien, he conseguido encontrar unas cuentas de una empresa fantasma que utilizan los hijos de Judas para sus chanchullos. Tu misión es encontrar de dónde viene ese dinero o posibles transferencias a miembros de la organización. Esas cuentas podrán darnos pistas para tirar del hilo y encontrar a sus miembros, antes de que alguna de esas ratas haga daño a los nuestros e impidan que cumplan su misión.

—Hecho.

Portia asintió.

—¿No crees que vuestra misión está abocada al fracaso?

—Entiendo lo que quieres decir, las personas cada vez tienen más dificultades para seguir creyendo, pero forma parte de nuestro trabajo continuar con nuestra misión cueste lo que cueste. Con que solo uno quiera seguir creyendo, seguiremos ayudándole a continuar su camino hacia Dios.

—Parece que cada año que pasa está menos de moda ser cristiano.

—Pero cada vez que uno de esos que se dejan llevar por la sociedad tiene un problema habla con Dios. Y habla con él sinceramente, como un hijo que necesita consuelo, amor y ayuda. ¿Eres cristiana?

—Creo en Dios, aunque no en la iglesia. Creo que hay algo que es superior a nosotros, siempre lo he creído.

—¿Por qué lo has creído?

Pensó en ello. —Cuando tenía cinco años me caí a la piscina, nadie me vio, no sabía nadar y podría haber muerto, pero un perro se tiró a por mí, me agarró por la espalda del vestido y me llevó hasta los escalones. Arriesgó su vida por mí.

—Los perros siempre harán lo que sea por salvar a sus dueños.

—Pero es que no era nuestro perro, no le conocíamos de nada y jamás le habíamos visto en la isla. Y después de que mis padres le dieran de comer desapareció, no se le volvió a ver.

Portia separó los labios de la impresión. —Ven conmigo.

Se levantó sin dudar y la siguió hasta un despacho. Portia rodeó una mesa atestada de papeles y se sentó tras el ordenador. —Durante siglos se han ido recopilando milagros alrededor de todo el mundo.

Rodeó la mesa. —¿De veras?

—Y hay varios que hablan de un perro.

Tecleó en el ordenador a toda prisa y en la pantalla apareció un dibujo de su perro. Era el mismo, es como si lo estuviera viendo ante ella, era de cabello rubio con manchas blancas y sus patas también eran blancas, como lo eran sus orejas. —Es ese…

Portia separó los labios de la impresión. —¿De veras?

—El mismo, te lo juro.

—Salva niños. Siempre, todas las veces que ha aparecido ha salvado niños. A uno lo sacó de un incendio en los años sesenta, ¿sabes en quién se convirtió?

—No.

—En el Cardenal Reynolds, uno de los cardenales con más buenas acciones y que más ha luchado por el cristianismo en los últimos cincuenta años.

—Un cardenal.

—Y no es solo él, muchos de esos niños después fueron personas relevantes en nuestra sociedad y no solo dentro del cristianismo, una de esas niñas descubrió una fórmula importantísima para salvar de la hambruna a miles de niños en África. Otro de ellos es un genio en física. Incluso tenemos a una niña que fue monja hace cien años y dirigió un orfanato salvando a miles de niños y dándoles un futuro.

La miró sin entender. —¿Y el perro me salva a mí?

Portia entrecerró los ojos. —Tu misión aún está por llegar. Te salvaron por algo, Rita.

Impresionada miró hacia la pantalla. No había duda, era el mismo perro. —Dame esas cifras, ayudaré en lo que pueda.

Una semana después estaba ante el portátil sentada en la mesa del salón y cerró los ojos por lo que acababa de ver en un canal de noticias. Su padre suplicaba por su liberación. Alguien apretó su hombro y volvió su rostro hacia Portia. —Están sufriendo —dijo con los ojos llenos de lágrimas—. Si les llamara…

—¿Para decir qué? —Se sentó a su lado. —No puedes hablar de tu futuro o de nuestra organización.

—Lo entiendo, pero…

—No hay opción, Rita.

—En las noticias dicen que creen que ha sido un asesinato por encargo, que los hombres que encontraron muertos debían ser profesionales, pero que no se explican quien los ha matado. Mi padre tendrá la esperanza de que siga viva, que me haya salvado la persona que les mató. Déjame hablar con él, que dejen la búsqueda.

—Si dejan la búsqueda, los hijos de Judas sabrán que tu familia sabe que estás viva y entonces les pondrás en peligro porque querrán averiguar desde dónde te has puesto en contacto con ellos. ¿En serio quieres eso?

—Mi padre seguirá disimulando, es solo para que los míos sepan que estoy bien. Mi padre hará lo que sea por mi seguridad y si hay que seguir disimulando ante todos que no saben nada, lo harán.

—¿Y cuál es el límite, Rita? ¿Tus hermanos? ¿Sus esposas? ¿Tus sobrinos si es que los tienes? ¿Crees que si lo sabe tanta gente a nadie se le escapará nada? No. —Se levantó. —Lo siento, pero entre nosotros hay unos límites que no debes cruzar nunca por tu propio bien.

La cogió de la mano deteniéndola. —Ellos no se merecen sufrir por esto y lo sabes.

Portia apretó los labios antes de soltar su mano. —Sigue revisando las cifras, hasta ahora no has conseguido nada y necesitamos una pista. Su organización cada vez crece más y nosotros solo tenemos nueve templarios. Sus vidas están en peligro continuamente.

Cuando se quedó sola miró la pantalla donde la imagen de su padre estaba congelada. Se mordió el labio inferior y miró sobre su hombro para echar un vistazo a la puerta. A toda prisa abrió las cifras y las puso en segundo plano para tenerlas a mano. Hizo una cuenta de correo electrónico nueva y cuando le pidió el número de teléfono juró por lo bajo porque no tenía ninguno para refrendar la cuenta.

—Sabes que ese portátil está clonado y que puedo ver todo lo que haces, ¿no es cierto? —preguntó Portia sobresaltándola.

Se puso como un tomate y se levantó enfrentándola. —Tú eres informática, puedes ayudarme.

—¿Cómo quieres que te lo diga? —preguntó cabreada—. ¡Si descubren tu paradero nos pondrás en peligro a todos, incluidos tus padres!

—Entonces es que no eres tan buena informática como crees.

—¿Piensas que tengo cinco años y que me dejo provocar por cualquiera?

Un hombre entró por la puerta de la terraza y Rita se le quedó mirando, la mitad de su rostro estaba totalmente quemada, pero lo que le llamó la atención fueron sus ojos azules, tan claros que parecían irreales. El tipo se señaló el rostro. —¿Ves esto?

—Sí —dijo sintiéndolo mucho por él.

—Esto me lo hicieron porque querían saber dónde estaba mi padre, me tomaron por muerto y salvé la vida de milagro. Tenía siete años.

Ella dio un paso hacia atrás impresionada.

—Cada mañana cuando me miro al espejo, recuerdo el día en que murió mi madre, pero también recuerdo que puede ser el último día en el que pueda hacer algo por ayudar a los míos. Un error y todo lo que amas puede desaparecer.

—Pues otra razón para ponerme en contacto con ellos porque pueden utilizarles para hacerme salir a la luz. —Miró a Portia. —¡Necesito ponerme en contacto con mi familia para advertirles de que están en peligro!

Su amiga miró a Jeffrey y dijo —Puede tener razón, pueden pensar que si atrapan a su padre o a alguno de sus hermanos la harán salir de su escondite.

Jeffrey apretó los labios. —Cuando te llame esta noche habla con Grantleigh de esto, pero sé muy bien lo que dirá. Si hubiera querido hacer algo, ya lo hubiera hecho.

Se volvió para largarse dejándola con la palabra en la boca. Rita y Portia se miraron. —¿Y ya está? ¿Él lo decide todo?

—Es nuestro jefe y aquí hay una jerarquía. Grantleigh decide por el bien de todos, porque nuestra misión es mucho más importante que unas cuantas personas y a veces hay que hacer sacrificios.

Sin aliento vio cómo se alejaba y sus ojos se llenaron de lágrimas de la frustración. Pues ella no se iba a dar por vencida.

# Capítulo 4

Esa noche Jeffrey cenó con ellos, pero no es que hablaran mucho.

—La cena está deliciosa —dijo mirando a ese hombre del que al parecer dependía su vida.

—Gracias —dijo antes de seguir masticando.

Miró a Portia que cortaba su carne asada como si fuera lo más interesante del mundo. —Sois la alegría de la fiesta —dijo divertida.

—No tenemos muchas cosas que festejar. —Jeffrey bebió de su agua antes de seguir comiendo.

—¿No tienes cosas por las que ser felices?

—Hay demasiadas personas por las que preocuparnos —dijo Portia secamente.

Incrédula miró a uno y luego al otro apoyando la espalda en el respaldo de la silla. —¿Por qué hacéis esto?

Ambos la miraron. —Ya te lo hemos dicho, tenemos la misión…

—¡Portia, solo tenemos una vida! ¡Y tenemos el deber de vivirla lo mejor posible! ¡Qué estáis haciendo con vuestra vida!

Portia se tensó. —Al parecer a la princesa le parece que nuestra vida es horrible.

—¡Pues sí! ¡Habéis sacrificado todo por esto y es evidente que os amarga la existencia! ¡Dejadlo y ya está! ¡Una identidad nueva y a vivir!

Jeffrey sonrió y de repente se echó a reír. Le miró con asombro. —¿De qué te ríes?

—¿Una identidad nueva y a vivir? —La miró a los ojos perdiendo la sonrisa poco a poco. —Entérate bien, guapa, nunca podrás llevar una vida normal si quieres sobrevivir. Por mi parte nunca dejaría solas a las personas que aún conservan su fe si tengo fuerzas para continuar y te aseguro que tengo fuerzas de sobra porque esos cabrones me dan el impulso que necesito cada día para seguir adelante.

El teléfono que Portia tenía a su lado sonó y se levantó a toda prisa con él en la mano. —Dime.

—¿Es Grantleigh? Quiero hablar con él.

Portia escuchó algo al teléfono y se lo tendió. —Tiene poco tiempo, sé breve.

Se levantó para cogerlo y se lo puso al oído. —¿Cómo estás?

—Bien, nena, no te preocupes todo va bien.

—¿Has visto lo de mi padre?

Él suspiró. —Sí.

—Tengo que hablar con él, tengo que advertirle.

Se quedó en silencio unos segundos antes de decir —Pon el manos libres.

Ella lo hizo y dejó el teléfono sobre la mesa. —Escuchadme bien.

—Estamos aquí, jefe —dijo Jeffrey.

—Bajo ninguna circunstancia dejéis que se ponga en contacto con ellos —dijo antes de colgar.

Sin poder creérselo elevó la vista hacia Jeffrey, que se levantó cogiendo su plato para ir hacia la cocina. —Ya está decidido —dijo antes de irse.

Portia cogió su móvil y su plato antes de desaparecer. Los ojos de Rita se llenaron de lágrimas de la impotencia y gritó tirando al suelo todo lo que había sobre la mesa. Sollozó y salió del salón

hacia la terraza. Miró el mar y nunca se sintió más sola que en ese momento. Las lágrimas corrieron por sus mejillas. No, ella no viviría así. En un primer momento quería ayudarles, pero no a costa de su familia. Y si tenía que perder la vida para ayudar a los suyos, lo haría y solo había una manera.

Trece días después Jeffrey entró en el salón y ella concentrada en las cifras apuntó algo. —Mañana tendremos que ir a puerto.

—Ajá… —dijo distraída antes de apuntar otra cifra.

—¿Necesitas algo? Portia irá a comprar.

—Oh… —Levantó la vista hacia los papeles que tenía allí y cogió una hoja tendiéndosela. Jeffrey la cogió y parpadeó al ver la larga lista. —¿Si necesitabas todo esto por qué no dijiste nada?

—Estábamos en alta mar —dijo apuntando algo de la pantalla del ordenador antes de chillar sobresaltando a Jeffrey.

Portia llegó corriendo con una pistola en la mano. —¿Qué? ¿Qué pasa? —Miró hacia las ventanas. —¿Esos hijos de puta nos han encontrado?

—No —contestó Jeffrey sin perderla de vista—. Al parecer algo la ha alegrado.

Portia suspiró. —¿De veras?

—Parece que no tienes mucha fe en mi trabajo, maja.

—Pues si te digo la verdad no mucha.

—Mira qué bien, entonces igual no debería enseñarte esto. —Volvió el ordenador y Portia se acercó a la pantalla. —Diez mil dólares todos los meses en los últimos siete años, siete mil desde hace seis meses y once mil que han ido subiendo en los últimos veinte años hasta llegar a cincuenta mil dólares al mes.

—No fastidies… —Portia dejó la pistola sobre la mesa y se sentó a su lado. —Dame la primera cuenta de la primera relación de

transferencias.

Jeffrey se acercó mientras le daba el número. Su amiga tecleó a toda prisa. —Es una cuenta en las Maldivas. —Siguió tecleando y de repente miró asombrada a Jeffrey. —Es la cuenta de Laurence.

—¿Es alguien importante en la organización? —preguntó ella.

—Es uno de los gordos. Sabemos su nombre porque interrogamos a uno de sus hombres antes de morir y nos dijo que era su jefe. Hay tres células y cada una tiene su jefe, la que te atacó a ti era la de uno que llamamos Dos y la otra le llamamos Tres porque siguen sin identificar. Y acabas de descubrir la cuenta bancaria de Laurence. —Miró la pantalla. —No puede ser, ¿usa el mismo nombre para esta cuenta?

—Eso es extraño, ¿no? Podría usar una empresa fantasma o algo así para cobrar el dinero.

—Mira de quién es la cuenta de ese que gana tanto al mes y que lleva tanto tiempo en la organización —dijo Jeffrey.

—Dame el número.

Se lo leyó despacio para no equivocarse de número y Portia pulsó teclas a toda prisa. —Esta es una cuenta en Panamá. —Apretó los labios. —Está a nombre de una empresa llamada Primun. —Entró en internet para buscarla. —No debe tener actividad, no tiene ni página web.

—¿Hay alguien que cobre más que ese? —preguntó Jeffrey leyendo la información.

—Todavía no lo he encontrado, pero aquí hay muchos pagos legítimos, en este tipo de empresa de transportes suele haber mucho intercambio de dinero con distintas empresas. Además, son veinte años de cuentas. Por cierto, ¿cómo las encontraste?

—Seguimos a uno de los suyos hasta un almacén y casualmente allí había aparcado un camión de Logistic Train. Tuvimos curiosidad y mi programa espía consiguió entrar en uno de los ordenadores de la empresa. Allí tenían una carpeta con su resumen de cuentas.

Ella levantó una ceja dejando caer las hojas que tenía en la mano sobre la mesa.

—¿Qué? —preguntó Portia.

—¿En serio?

—¿Qué ocurre? —preguntó Jeffrey.

—Es evidente que no tenéis ni idea de cómo se trabaja en una empresa. ¡Ya podías habérmelo dicho antes en lugar de tener tanto secretismo, he perdido semanas con esto!

—¿Qué pasa? —Portia no tenía ni idea de lo que hablaba.

—¡Que es una trampa! ¡Nadie dejaría sus cuentas en un ordenador y mucho más si tiene algo que ocultar, Portia! ¡Y mucho menos unas cuentas de tantos años atrás cuando fiscalmente no interesan! ¡Os han puesto un cebo y habéis caído en la trampa!

—¿Insinúas que sabían que les seguíamos y que íbamos a entrar en los ordenadores de la empresa?

—¡Sí! ¡Por eso esa cuenta tiene el nombre de Laurence, porque saben que conocéis el nombre y os llamaría la atención!

Portia y Jeffrey se miraron. —¿Estás segura de esto? —preguntó él.

—Sí, totalmente. Nadie dejaría una información tan sensible en uno de los ordenadores para que la viera cualquiera. Esta información la podría tener alguien que gestione los impuestos, pero ella entró en un ordenador al azar, esta información debía estar en todos los ordenadores o era el único conectado para que ella pudiera entrar. —Rio incrédula. —Desde luego si yo fuera el presidente de esa empresa, jamás hubiera dejado a la vista de cualquier administrativo los pagos que les hago a mis compinches.

—Una trampa —dijo Portia—. Ya me parecía que había sido muy fácil.

—Creíamos que había sido un golpe de suerte.

Rita fue hasta la nevera y sacó una botella de agua pensando en ello. Cuando tragó ellos ya discutían qué hacer y Rita entrecerró los ojos. —Eso, ¿qué hacer…?

—¿Qué? —preguntó Portia.

—¿Qué haríais ahora con esa información si no hubiéramos descubierto que era una trampa?

Ellos se miraron. —Ir hasta las direcciones que aparecen en esas cuentas que reciben el dinero y comprobar si son las direcciones donde viven los hijos de Judas.

—Te apuesto lo que quieras a que solo encontrarás una sola dirección real y apuesto por la de Primun, porque vosotros creeríais que es el hombre más importante de la organización por lo que gana y es el cebo que necesitáis para caer de cabeza en la trampa. Estoy segura de que el resto de las cuentas solo serán empresas falsas que no llevarán a ningún sitio, es lo que yo haría. Y cuando los chicos llegaran a la dirección de Primun a echar un vistacito les recibiría a tiros. Pero…

—¿Pero? —preguntó Portia impaciente.

Sonrió. —Podemos aprovecharlo.

—Pero nos estarán esperando.

—No, esperan a los templarios, no a dos mujeres que venden robots de cocina.

Portia separó los labios. —Entiendo por dónde vas.

—Los templarios son hombres, al vernos a nosotras se confiarán.

—¿Y qué quieres descubrir con eso? —preguntó Jeffrey—. ¿O vais a enfrentaros a ellos a tiros?

—Solo vamos a echar un vistacito para ayudar a los chicos. Ni iremos armadas.

—¡Os matarán! —gritó Jeffrey—. ¡Ni hablar!

—¿Por qué iban a matarnos? No querrán llamar la atención hasta que aparezca Grantleigh. ¿Dónde has quedado en recogerle?

Jeffrey apretó los labios. —Cerca de Caracas.

Sonrió de oreja a oreja. —A unos mil kilómetros de Panamá, es perfecto. ¿Cuándo llegaríamos?

—¿Estás loca? No voy a llevarte allí. No quiero que Grantleigh me raje el cuello por no saber protegerte.

—No me va a pasar nada. Iremos, echaremos un vistacito y regresaremos al barco. Nadie se dará cuenta de nada.

—Ni de coña.

—Es la mejor manera de saber lo que hay allí, cuántos hombres les esperan y si Grantleigh puede enfrentarse a ellos.

Portia asintió. —Ella tiene razón.

—¿Estás loca? No te pongas de su parte. Haremos vigilancia y…

Rita levantó una ceja. —¿Vigilancia? ¿Como la que siguió ese tipo a la empresa de transportes?

—Oye, somos profesionales.

—¡Pues al parecer necesitáis ayuda! —Cogió las hojas. —¡Nueve hombres no pueden con este tipo de recursos ilimitados por mucho que vosotros echéis una mano! ¡Les están ganando la partida y necesitan ayuda!

Portia asintió. —Jeffrey, sabes que tiene razón, estamos perdiendo claramente. En unos años acabarán con todos nosotros y nadie ayudará a los seguidores de Dios.

Él se pasó la mano por la nuca. —¿Y si os reconocen?

Rita sonrió porque ya le habían convencido. —Tranquilo, que no me reconocería ni mi padre.

Se bajó del destartalado coche ante la casa unifamiliar que resultó de la investigación de Primun. Viendo el barrio, era evidente que querían que se confiaran en que era la vivienda de uno de los miembros de los hijos de Judas, un sitio tranquilo, familiar, que cualquiera elegiría para vivir con su mujer y sus hijos. Sobre todo si ganaba pasta porque aquel era un sitio muy caro, solo había que ver

las casas. Sonrió con ironía. ¿Querían tenderles una trampa? Se iban a llevar una sorpresa.

Asegurándose que su peluca morena estuviera bien colocada y no la delatara, se miró a la luna trasera antes de abrir el portaequipajes para coger la gran caja intentando no ensuciar su impecable camisa blanca del traje gris que llevaba. Portia también vestida con un traje con falda azul cogió la otra caja de cartón y enfilaron el caminito que llevaba a la puerta del chalet. —Dos a las tres, están dentro del garaje, tiene la puerta abierta —dijo Portia antes de llegar a la puerta y tocar el timbre—. Sonríe o no venderemos nada.

Bufó antes de forzar una sonrisa. —¿Así está bien?

—A ver si te espabilas, este mes conseguiremos una mierda de comisión.

—Oye, yo no tengo la culpa de que hayan cambiado el modelo y que ya no tenga la pantalla táctil. A la gente les pirran esas chorradas. —Frunció el ceño. —No debe haber nadie.

—Claro que sí, he quedado a esta hora para la demostración y estaba muy interesada. —Volvió a pulsar el botón de manera insistente. —¿Estará en el jardín? Vamos a mirar.

La puerta se abrió de repente y ambas sonrieron al hombre de vaqueros y camiseta negra que les había abierto. —Robotlind a su puerta —dijo Rita—. ¿La señora Escudero? Venimos a hacerle la demostración.

—Se han equivocado —dijo en español.

Ambas parpadearon. —Marjorie que este no habla inglés.

—Me dijeron que sí —dijo Portia forzando una sonrisa.

—Sí hablo inglés, pero se han equivocado —dijo en su idioma.

Ambas suspiraron del alivio. —Es que somos una empresa americana, ¿sabe? Y aún estamos enseñando a las vendedoras de aquí, por eso nosotras solo atendemos en inglés. Bueno, no pasa nada. —Rita entró en la casa con la caja. —Le haremos la demostración a usted, que se nota que le gusta comer bien.

—Pero…

—Oh, qué amable por atendernos. —Portia la siguió. —¿Dónde está la cocina? Que le voy a hacer un granizado de frambuesa que se va a chupar los dedos. Con este calor le vendrá estupendamente.

—No, si yo…

Un hombre muy serio vestido de negro se interpuso ante ellas. —Oh, ¿es su hermano? Mucho gusto. Menos mal que hemos traído bastantes frambuesas, le va a encantar. —Rita le puso la caja en brazos. —Si nos lleva a la cocina…

—Anne es por aquí.

—Oh… —Siguió a su amiga. —Qué bonita… —Acarició el mármol blanco. —Qué buen gusto tiene su esposa.

—No estoy casado —dijo el de la caja.

—Oh, entiendo son pareja. Qué alegría, ¿y piensan en adoptar?

—Anne a lo mejor ya tienen hijos.

Esos dos se miraron horrorizados y Portia rio. —Pero no has visto que no son…

—No sería nada malo. Vosotros dejaros llevar, que se nota que os tenéis ganas, aprovechad, que la vida es breve. —Empezó a sacar el robot de la caja y soltó una risita. —Os voy a hacer algo que se llama gazpacho. —Dio una palmada loca de contenta. —Es para morirse de gusto.

Escucharon un golpe en el piso de arriba. —Uy, ¿que hay más? ¿Para cuántos hago?

Los hombres se miraron. —Somos seis.

—Anne vamos a tener que hacer algo más o se quedarán con hambre.

Sus ojos brillaron. —Lasaña, tengo carne picada.

Su amiga abrió la nevera donde abundaban las cervezas. —Mira, hay tomates.

—Qué bien, pues manos a la obra. Atentos, que este chisme os va a dejar con la boca abierta. —Y más le valía porque había estado toda la noche aprendiéndose las instrucciones.

Media hora después cuatro miraban como hacía pasta de galletas mientras la lasaña ya preparada estaba en el horno y se tomaban el sorbete de frambuesa. —Esto les va a encantar a vuestras esposas.

—¿Enviáis a los Estados Unidos?

—Claro, la empresa es de allí y damos facilidades de pago a plazos, ¿sabéis? Vuestras mujeres se pondrán locas de contentas, os lo digo yo. Oh, Marjorie me he dejado el block de notas en el coche para apuntar sus direcciones. —Sonrió a los chicos. —Y no quiero que os preocupéis por nada a vuestras esposas les haremos otra demostración y entenderán la máquina tan bien como nosotras.

—No, yo quiero que sea sorpresa para nuestro aniversario —dijo uno de ellos.

—No, no… —dijo dejándole con la palabra en la boca—. Si le regalas esto en su aniversario pensará que solo la valoras por el trabajo que hace en la casa. Puedes regalárselo otro día de sorpresa.

—Tiene razón, idiota, en el aniversario tienes que hacer algo romántico.

—Es que ya no se me ocurre nada.

—Pues nosotras te daremos ideas. Un fin de semana en un spa. —Suspiró de gusto. —Algo que haréis juntos y la relajará.

—Una cena en una azotea donde se vea la ciudad de noche —dijo Portia poniendo la masa en un molde que había encontrado.

—Qué romántico —dijo Rita encantada—. Y si hay un violinista…

—Jake, vete a por un papel que voy a apuntar mi dirección, a Mary le va a encantar y le va a ahorrar mucho tiempo.

—Las va a descargar de mucho trabajo, os lo aseguro —dijo Portia con una sonrisa de oreja a oreja—. Bueno, esto ya está. Solo tenéis que sacar la lasaña en veinte minutos y después metéis la pasta de galletas a la misma temperatura media hora. Pero vigilad, porque no conocemos este horno y no sé si será demasiado. Que no se quemen.

El que les llevó el block asintió muy serio como si esa fuera su siguiente misión.

Unos minutos después uno de ellos les ayudó a llevar las cosas al coche y se despidieron de los demás con la mano. Portia se sentó tras el volante y metió la llave. —Vamos, vamos…

Rita se subió al coche como si nada y su amiga arrancó el motor. Cuando se alejaron lo suficiente Portia dijo —¿Lo tienes?

—Claro que lo tengo. —Se quitó el colgante mostrando la cámara. —Llámale.

Portia se puso el teléfono al oído llamando a Jeffrey. —¿Lo has visto todo? ¿La cámara del coche también? —Sonrió. —Ha sido tan fácil que aún no me lo creo. Realizarán el pago y les enviaremos los robots para que no sospechen. —Perdió la sonrisa poco a poco. —¿Cómo que ha llamado? Mierda.

—¿Qué pasa? —preguntó Rita.

—Vamos para allá cagando leches.

—¿Qué ocurre?

—Grantleigh llegará mañana a Caracas. Como no le recojamos a tiempo, nos va a echar una bronca que no olvidaremos en la vida.

—Pues tienes que parar.

—¿Para qué?

—Necesito ir al baño, allí no me atrevía por si sospechaban que estaba cotilleando.

—Pero date prisa, ¿vale? Tenemos que llegar al barco cuanto antes. —Se metió en una gasolinera y paró ante un surtidor. —Date

prisa, echaré gasolina, aún nos quedan unos cuantos kilómetros antes de llegar al puerto.

—Vuelvo enseguida.

Salió del coche y Portia también se bajó. Esta cogió la manguera y miró hacia los baños mientras ella entraba. Cuando terminó, cerró el depósito y fue a pagar, pero cuando salió se detuvo en seco porque el coche estaba vacío. Frunció el ceño y fue hasta el baño. Abrió la puerta. —¿Rita? —Empujó la primera puerta y vio que estaba vacío. Abrió la siguiente y juró por lo bajo antes de salir corriendo. Fue hasta el coche poniéndose el teléfono al oído. —¡Jeffrey, se me ha escapado! ¡Voy a ver si la intercepto antes de que llegue a la embajada! ¡Pero si no la encuentro habrá que llamar a Grantleigh para que la busque, habrá que ir a Nueva York!

# Capítulo 5

Era ya de noche cuando Rita se bajó del avión que le había enviado su padre. Nathaniel la esperaba en la pista ante su limusina. Corrió hacia él y le abrazó con fuerza. —Estás aquí… —dijo su padre como si todavía no se lo creyera.

—Papá, tengo mucho que contarte, vámonos de inmediato.

Él mismo abrió la puerta de atrás de la limusina y cuando Rita iba a entrar se detuvo en seco al ver allí sentado a Grantleigh, que por la mirada que tenía estaba de lo más cabreado. —Pasa, nena, ahora estás muy expuesta.

Su padre la empujó ligeramente por la parte baja de la espalda y apretando los labios Rita entró sentándose frente a él, y este levantó una ceja. —¿No me das un beso? Es lo que suele hacer una prometida cuando ve a su novio después de casi un mes.

—Tenía que venir.

Se adelantó mientras su padre se sentaba junto a ella. —Si dije que no, era por muchas y buenas razones.

—Me importan una mierda tus razones, para mí ellos son lo primero.

—Si eran lo primero para ti no tendrías que haber venido.

—Si me tienen a mí no les necesitarán a ellos.

Grantleigh separó los labios de la impresión. —Ni se te ocurra pensar en algo así, ¿me oyes?

Miró a su padre. —¿Qué te ha contado?

—Todo.

Levantó una ceja volviéndose hacia Grantleigh. —Le he explicado a tu padre que soy un agente del FBI que estaba en una misión y tú te viste envuelta cuando mi equipo simuló mi muerte. Que sabía que estabas en peligro y fui a la isla con mi equipo para sacarte de allí. Y que debías estar en protección de testigos, pero te escapaste.

Apretó los labios. —Papá, no quería que pensaras que estaba muerta o yo qué sé.

Su padre cogió su mano. —Tienes que hacer lo que este hombre te diga —dijo sorprendiéndola porque Nathaniel Biderman no era de dejar sus cosas en manos ajenas. —Lo único que me importa es tu seguridad.

Se emocionó por lo preocupado que estaba. —Papá, ¿y si van a por vosotros para llegar a mí?

—Eso no tiene que preocuparte, toda la familia tiene ya la mejor seguridad que se puede pagar.

Ella había visto cómo atacaban y eso no serviría de nada. —No sabes cómo son. Estamos hablando de una organización criminal.

—He contratado a un ex seal que está especializado en proteger a gente en este tipo de situaciones. Todo irá bien. —La limusina se detuvo y ella al mirar por la ventanilla vio que estaban aún en el aeropuerto ante otro avión. —Ahora dame un abrazo y súbete a ese avión, hija. No vuelvas a ponerte en contacto con nosotros, no vuelvas a poner tu vida en peligro. Es duro renunciar a ti, pero sé que es lo mejor.

Un hombre abrió la puerta. —Rápido, rápido, vía libre.

Sin saber qué hacer rogó a su padre con la mirada y este la abrazó mientras Grantleigh salía del coche. —Vamos, nena.

Su padre le susurró al oído —¿Confías en él? Si no confías en él, dímelo ahora.

Podía mentir, podía decir que no y se quedaría con sus padres, pero algo en su interior le hizo decir —Sí, papá, le confiaría mi vida.

Su padre suspiró del alivio. —Pues olvídate de lo que dejas atrás, cielo. Vive y sé feliz. Nosotros estaremos bien.

Sollozó aferrándose a él. —Diles a todos que les quiero.

—Lo saben. —La besó en la sien y ella desgarrándose por dentro se apartó para salir del coche a toda prisa.

Grantleigh la cogió del brazo caminando con grandes zancadas hacia la escalerilla del avión. —Joder, nena…

Subió los escalones como una exhalación y allí estaban Portia y Jeffrey. —¡Estás loca! —gritó Grantleigh antes de decirle a su hombre—. Nos vamos, rápido. Albert habla con el piloto.

—Sí, enseguida despegamos —dijo cerrando la puerta.

Rita con curiosidad miró hacia atrás porque no sabía si el piloto era uno de los suyos y Grantleigh la fulminó con la mirada. —¡Siéntate!

—¡A mí no me grites! —Fue hasta el asiento más lejano y se sentó. Vio como la limusina se alejaba y cerró los ojos con fuerza mientras las lágrimas caían por sus mejillas. Ni había podido ver a su madre ni a sus hermanos. Grantleigh se sentó a su lado suspirando. —Déjame en paz.

—Sé que no es fácil, preciosa, pero es lo mejor.

—¡Están en peligro, no me digas que es lo mejor!

—Me he asegurado de que escogiera al hombre adecuado. En unos meses, si hay suerte, esos hijos de puta se habrán olvidado de ti y podrán llevar una vida normal.

Asombrada le miró. —¿Cómo que se habrán olvidado de mí?

Apretó los labios como si lo que fuera a decir no le gustara nada. —Para eso no tienen que saber nada de ti en una buena temporada, encontrarán a otro de los nuestros, o alguno que esté relacionado con nosotros e irán a por él.

Se le cortó el aliento. —Así que debo esperar a que haya otra víctima y podré llevar una vida sin mi identidad, sin mi familia y sin mi trabajo.

—Desgraciadamente es así. —Apretó los labios. —En un par de meses cuando todo se calme un poco, puedo buscarte una buena casa en un lugar donde pases desapercibida.

Había dejado a un lado la boda, era obvio que se sentía traicionado y había dejado la boda atrás. Y enterase de ello le dolió en el corazón, no podía negarlo. Y no entendía por qué cuando realmente no se conocían. —Entiendo.

Grantleigh se levantó aún molesto y fue hasta Portia para sentarse a su lado. Una buena manera de demostrarle que había cambiado de opinión. Sintiéndose muy sola miró hacia la ventanilla, en ese momento el avión se elevaba dejando Nueva York atrás.

Se despertó en una cama y se sobresaltó sentándose de golpe. Grantleigh salió por una puerta que tenía en frente con una toalla en las caderas y se la quitó para ponerse unos bóxers. Sonrojada protestó —¿Quieres dejar de hacer eso?

La miró levantando una ceja y cogió unos vaqueros. —¿El qué?

Bufó antes de decir —Déjalo.

Grantleigh cogió un polo azul de una maleta abierta y se lo puso. —Es mejor que te levantes, estamos a punto de llegar.

Se arrastró hacia delante y bajó las piernas al suelo. —¿Llegar a dónde?

—Te quedarás con Portia en una casa que tenemos en Milán.

—¿Pero cómo voy a entrar en Italia? No tengo…

—¿Pasaporte?

Cogió algo de la maleta y lo tiró sobre su cama. —Ahora te llamas Lisbeth Roberts. Intenta no meter la pata si te llaman por ese nombre.

Abrió el pasaporte y apretó los labios porque hasta tenía la misma foto de su pasaporte anterior. —¿Y tú qué vas a hacer?

—Es evidente que te da igual, así que no voy a decírtelo. —Entró en el baño y se pasó un peine por su espeso cabello negro. —Intenta no poner a Portia en peligro de nuevo, ¿quieres? Lo que hicisteis en Panamá fue una gilipollez. Por cierto, el hermano de Portia está que trina, intentaré calmarle antes de que te lo encuentres, aunque dudo mucho que lo consiga.

—¿Os sirvieron las direcciones que os conseguimos? —preguntó con ironía.

Él tiró el peine sobre el lavabo para decir fríamente —¿Eres dura de oído?

—Sí, al parecer tengo un problema de oído, porque no he oído que hayas vuelto a llamarme novia. —Se levantó y buscó a su alrededor los zapatos. —Nos casaremos, los hijos dentro del matrimonio…

—Oye, fuiste tú la que te largaste —dijo saliendo del baño—. Y no te culpo, joder. Si alguien entiende lo que sientes ese soy yo y no pienso presionarte para llevar una vida que es evidente que no quieres. Así que olvida todo lo que dije, olvida que existo y aguanta unos meses. —Abrió la puerta de la habitación. —Antes de que te des cuenta nos habrás perdido de vista para siempre.

Sintió un nudo en la garganta y ese dolor que tenía en el pecho desde que había tenido que dejar a su familia se multiplicó por mil. ¿Qué demonios le estaba pasando? Intentando reprimir las lágrimas entró en el baño y cerró la puerta lentamente.

Diez minutos después salió de la habitación y la azafata que estaba sirviendo café la miró. —¿Desayuno completo?

—Por favor. —Se sentó en el primer sitio que encontró, lejos de todos. Portia que estaba de pie hablando con Jeffrey, la miró y frunció el ceño. Rita agachó la mirada porque sabía que su amiga había confiado en ella y la había defraudado. Es más, la había puesto en peligro. El sol que entraba por la ventanilla se reflejó en

su cara y molesta decidió cambiarse de asiento al otro lado del pasillo.

—Sí —dijo Portia—. Lo investigaré después. —Se volvió hacia Grantleigh que tomaba café mirando su móvil. —¿Cómo ha ido?

—Cuatro menos.

Portia sonrió. —Perfecto.

Rita se dio cuenta que la azafata, a punto de salir de la zona de catering con una bandeja en la mano, se detenía antes de mostrarse del todo en el pasillo. Rita miró a los chicos, pero ellos estaban a la derecha del avión y no la veían. Disimuló que no se había dado cuenta mirando por la ventanilla.

—Enviaré a Esben a Sevilla, empieza la Semana Santa. Lo que nos ha dicho ese de San Louis es para mosquearse.

Portia se agachó hasta su jefe y dijo algo en voz baja que nadie llegó a oír. La azafata sonriendo salió al pasillo mostrándose del todo y caminó entre los asientos para acercarse a ella. —Oh, gracias —dijo Rita con una sonrisa en los labios—. Menudo desayuno.

—Lo mejor de lo mejor.

—Hasta hay cubiertos de verdad. —Levantó el cuchillo. —Pensaba que esto estaba prohibido.

—Oh, nosotros hacemos la vista gorda, ¿sabe?

—Ya. —Cogió el pan y empezó a untarlo con la mermelada. —¿Llevas mucho trabajando aquí?

—Tres meses. Al parecer mi antecesora se jubiló.

—Ya… Y conocerás a mucha gente, a muchos hombres con dinero —dijo divertida—. ¿Algún famoso?

Rio por lo bajo. —Qué va, siempre atiendo a los mismos.

Eso la tensó. —¿A los mismos? —preguntó sin pensar.

—Sí, al señor Cardigan y a los hombres de su compañía —dijo mirando a Grantleigh.

—¿Me estás diciendo que este es su avión privado?

—Sí, ¿no lo sabía?

—Pues no, soy nueva en esto. —Dio un mordisco a la tostada. —¿Y tú?

Perdió la sonrisa poco a poco. —No la entiendo.

—Claro que me entiendes.

Grantleigh se tensó por su tono y miró hacia ellas. —¿Nena?

—Estaba escuchando vuestra conversación.

La azafata palideció. —No, yo no…

—¡No mientas, te he visto! ¡Lo que pasa es que no te fijaste en que me cambié de asiento y no te diste cuenta de que estaba aquí! ¡Se detuvo antes de salir de ese cuarto que tiene ahí detrás y se quedó escuchando!

Grantleigh se levantó mirándola fijamente. —¿No me digas?

La mujer dio un paso atrás. —No he hecho nada, lo juro.

—Portia, ¿de dónde la sacaste?

—Me la recomendó el piloto. Dijo que era discreta y eficiente, la investigación no dio resultados aparte de unas multas de aparcamiento y una detención por robar una barra de labios cuando tenía quince años.

Grantleigh inclinó la cabeza a un lado mirándola fijamente de una manera que ponía los pelos de punta.

—Esta mujer está mintiendo, ¡no estaba espiando!

Él sonrió. —¿Estás llamando mentirosa a mi mujer?

Se sonrojó. —No, claro que no, pero… Será mejor que vuelva a mi trabajo.

—¿Quién te paga?

Perdió aún más el color de la cara. —Usted, mi nómina…

—¿A quién das la información? ¿Cómo nos han encontrado? ¿Cómo sabían que teníamos este avión?

Negó con la cabeza. —Le juro que yo no he hecho nada.

—Miente… —dijo Portia —. Lo siento.

—Lo sentiría cualquiera —dijo Albert poniéndose tras su jefe —. Apesta a mentira.

Grantleigh dio un paso hacia ella. —Mira, podemos hacer esto de dos maneras, por las buenas o por las malas, pero me vas a decir la verdad.

De repente ella sacó una pistola de su espalda apuntando a Rita a la cara y sonrió maliciosa. —No, vamos a hacer esto a mi manera o tu mujer estará muerta antes de que te des cuenta.

—Tú eres la chivata —dijo Rita con desprecio—. Por eso encontraron a Grantleigh en Nueva York. —Rio sorprendiéndola. —La cara que debiste poner al verle subir al avión para ir a buscarme a Santo Domingo.

—¡No tiene gracia! —gritó moviendo el arma demostrando que estaba de los nervios.

—¿Qué pasó? ¿No te dio tiempo a avisarles de que mi hombre estaba vivo y se encontraron con la muerte? Tranquila, que ahora deben estar a la derecha del maligno, como lo estarás tú en un ratito.

—Pues te llevaré conmigo —dijo con rabia.

—Suelta el arma —dijo Jeffrey.

—¿Para qué? ¡Estaré muerta igual! ¡En unos minutos aterrizaremos y me largaré de aquí con ella!

—Eso es lo que no entiendo, ¿si te tenían a ti para cantarlo todo por qué perseguirme a mí? Contigo conseguían mucha más información de la que yo pudiera darles.

—Por el interés que Grantleigh tenía en ti. Cuando averiguamos donde se alojaba, descubrimos que llevaba allí tres semanas. Jamás se quedó tanto tiempo en un sitio y sabíamos que tú tenías que ver. ¿Por qué eras tan importante para él? Teníamos que averiguarlo.

Sin aliento le miró y Grantleigh apretó los labios demostrando que ocultaba algo. —Cielo, ¿lo que dice es cierto?

—Nena, ¿crees que eso es importante en este momento? —Miró a la mujer a los ojos. —Diez millones de dólares si la dejas en paz.

—Eso me acaba de demostrar lo valiosa que es para vosotros. ¿Por qué? —gritó perdiendo los nervios.

—Sí, ¿por qué? —Rita no entendía nada. —No tengo nada de especial.

Se hizo el silencio y Rita les miró uno por uno. —Oh, por Dios, ¿alguien quiere decir algo?

Grantleigh dio un paso hacia ella y Rita aprovechó para coger el cuchillo de la bandeja sin que ella lo viera.

—¡No te muevas! —gritó esa loca apuntando a Grantleigh.

Le clavó el cuchillo en el costado y ella gritó disparando a uno de los asientos.

Jeffrey disparó a esa mujer entre los ojos y con cara de sorpresa cayó desplomada en el pasillo del avión.

—Joder… —dijo Grantleigh furioso antes de fulminar a Portia con la mirada—. ¡La seguridad del equipo es responsabilidad tuya!

—Lo siento, parecía inofensiva.

Rita se levantó. —¿Alguien va a contarme la verdad, troleros de mierda?

—Nena…

Le señaló con el dedo. —Me observabas tú a mí, ¿no es cierto?

—No, no fue así, fue una casualidad, joder.

—¿Una casualidad?

Portia apretó los labios. —¿Recuerdas la historia del perro?

Frunció el ceño. —¿Del perro de la piscina?

—Sí.

—Eso solo nos lo confirmó.

—¿Qué?

—Nena, el primer día que te vi tras la ventana, detrás de ti había un halo.

—¿Un qué?

—Un halo —dijo Portia haciendo un círculo alrededor de su cabeza—. Un halo celestial.

Parpadeó. —¿Habéis fumado algo?

—Nena, eso significa tu conexión con lo divino. Hacía más de cien años que no teníamos conocimiento de…

—¡Ni se te ocurra decirlo! —gritó horrorizada llevándose la mano al pecho antes de mirar hacia arriba, pero allí no había nada. Estaban mal de la cabeza. A toda prisa salió al pasillo y saltó el cuerpo de esa loca—. Bueno, Italia es genial. ¿Sabéis qué? Mejor separamos nuestros caminos ya, porque esto se está poniendo de lo más raro.

—Nena, eres una santa.

Le miró como si quisiera sacarle los ojos. —¡Ni se te ocurra repetirlo, eso es sacrilegio! Además, ¿cómo voy a ser santa si ni voy a misa?

—Eso da igual, algunos eran paganos. —Grantleigh suspiró como si estuviera agotado y se sentó en el brazo del asiento que tenía al lado. —Lo vi, vi tu halo.

—Habrías bebido. ¿Fue uno de esos días que te ligabas a tías y te las llevabas a casa? ¿A que habíais tomado una copa antes?

—No fue la única vez. Cuando estás a oscuras y a punto de dormirte te sale.

—La leche, pues voy a llamar a la iglesia para que me santifique. —Miró por la ventanilla. —¿Cuándo se para este chisme?

—No puedes huir de esto. Tienes una misión que cumplir.

Se le cortó el aliento. —¿Qué has dicho?

—Y nuestra misión es protegerte hasta entonces.

Asombrada miró a los demás que parecían pensar lo mismo. —Portia, vamos, no puedes pensar que eso es real.

—Si te digo la verdad al principio dudaba, pero después de lo del perro y lo que sucedió en Panamá ya me lo creo todo.

—¿Lo que sucedió en Panamá?

—Te pusimos un chip de localización y no dimos contigo.

—¿Perdón?

—Fue como si fuera muy importante que vieras a tu padre y el de arriba lo permitió.

Atónita miró a Grantleigh. —¿Un chip? ¿Me has puesto un chip como a los perros?

—Nena, no te lo tomes así, fue por tu seguridad.

—¡Tú estás fatal de la cabeza!

—Si te sirve de consuelo a veces no sirve de nada, es como si hubiera interferencias —dijo Jeffrey.

—Pues no me sirve nada de consuelo, Jeffrey, ¿qué quieres que te diga? ¡Igual es que ahora mismo estoy cabreadísima! —gritó a los cuatro vientos—. ¡Ya me estáis sacando esa cosa! ¿Y cómo me lo habéis metido si no me he enterado de nada?

—Se inyecta, nena, apenas sientes nada después, solo te sale un pequeño morado.

Separó los labios de la impresión. —¡El morado del brazo, eso fue hace más de mes y medio!

—Te lo pusimos en cuanto nos dimos cuenta de lo que estaba pasando. Por si te secuestraban.

—¿Te das cuenta de lo tranquila que vivía antes de conocerte? —gritó a los cuatro vientos.

Él hizo una mueca. —Lo entiendo, pero cuando me di cuenta ya me habían descubierto y no podía hacer nada más que fingir mi muerte y llevarte conmigo, pero llegué a Santo Domingo demasiado tarde.

—¿Te das cuenta de que desde que nos conocemos he estado en riesgo más veces que en toda mi vida?

—Bueno, lo de Panamá…

Fulminó a Jeffrey con la mirada y este se calló en el acto.

Levantó un dedo. —¿Me disculpáis un minuto? —Se volvió de golpe y saltó a la bruja para meterse en la habitación a toda prisa cerrando la puerta con pestillo. Se llevó las manos a la cabeza. —A ver como sales de esta porque están chiflados, pero chiflados de manicomio con paredes acolchadas. —Gimió porque la única oportunidad que había tenido de escapar la había desperdiciado diciéndole a su padre que confiaba en Grantleigh. Maldita sea.

—¿Nena?

—¡Déjame sola! —Entonces lo pensó mejor y abrió la puerta. —Te voy a demostrar que estás equivocado.

—¿Cómo?

—Venga, quédate en pelotas y me haces el amor. Si tenemos sexo te darás cuenta de que no soy una santa.

Él reprimió la risa, pero sus amigos no.

—¿De qué se ríen?

—Nena, eso no tiene nada que ver, estoy seguro de que hay santos en la historia que tuvieron sexo.

—¡No sin casar!

—Preciosa antes de ser santos algunos no eran santos en absoluto. De hecho, San Mateo fue recaudador de impuestos y Santa María de Egipto era prostituta, con eso te lo digo todo.

Gruñó antes de cerrarle la puerta en las narices y gritar de la frustración. Grantleigh miró a sus amigos que se encogieron de hombros y suspiró. —Pero si quieres te hago el amor, estoy aquí para servirte.

Al otro lado de la puerta dejó caer la mandíbula del asombro y abrió de golpe. —¿Servirme? Oye, tú no querrías casarte para no perderme de vista, ¿no?

—No, claro que no, para eso estaba el chip. Nena, de hecho, hace una hora hablamos sobre que eso quedaba en el pasado, ¿recuerdas?

Chasqueó la lengua antes de cerrar de un portazo y él gruñó. —¿Necesitas unos minutos para asimilarlo?

—¡Necesito una vida nueva!

—A eso vamos, nena. A eso vamos. —Se volvió hacia su equipo y miró a la muerta. —Sacar a esta basura de aquí.

# Capítulo 6

Tardó dos horas en calmarse, pero no volvieron a molestarla. Cuando estuvo preparada abrió la puerta y respiró hondo antes de salir. Grantleigh se levantó guardándose el teléfono en el pantalón. —Vamos nena, te llevaremos a tu nueva casa.

Se acercó en silencio. —¿Me avisarás cuando lo veas? Ya sabes, eso que viste.

—¿Has estado dos horas ante el espejo?

—Casi

Él reprimió la risa. —Te avisaré. —La cogió del brazo y el piloto abrió la puerta del avión. —Espera preciosa, saldré primero.

Grantleigh empezó a bajar las escaleras.

—¿Si no fuera santa te habrías quedado en Nueva York?

—Nena, ¿puedes ser más discreta?

—¿Crees que aunque lo gritara alguien me creería? —Levantó los brazos y gritó —¡Soy una santa! ¡A que estáis alucinando!

Él puso los ojos en blanco antes de cogerla del brazo y tirar de ella hacia el coche mientras sus amigos se reían.

Se metió en el vehículo y él lo hizo a su lado. —Bueno, ¿y ahora qué? ¿Tengo que hacer un milagro o algo así?

—¿Y yo qué sé? Solo sé que eres importante para nosotros y nada más.

Se cruzó de brazos. —Perfecto.

—Deja de poner esa cara.

—¿Y qué cara quieres que ponga? —Le miró con rencor. —Solo te acercaste a mí por tus creencias. Si no tuviera eso en la cabeza, te hubiera dado igual que me hubieran matado o no.

—En eso estás equivocada, nena.

—¡Y una mierda!

—Pregúntate por qué te estaba mirando, pregúntate por qué me mirabas tú, joder.

Separó los labios de la impresión. —¿Qué quieres decir?

—Da igual, pero si no reconoces que me mirabas porque estabas más que interesada en mí, te estás mintiendo a ti misma —dijo molesto mirando al frente—. Vamos Jeffrey, ya hemos estado aquí mucho tiempo.

Salieron del aeropuerto y ella preguntó en voz baja —¿De veras querías casarte conmigo?

La miró a los ojos y le dio un vuelco al corazón porque parecía que la deseaba más que a nada, pero no respondió a su pregunta simplemente cogió su mano emocionándola.

—Tengo miedo —susurró.

—Estoy aquí, preciosa. Y te aseguro que haré lo que sea para que estés bien. —Levantó su mano y se la besó con ansias antes de cerrar los ojos como si disfrutara de su contacto, pero abrió los ojos y la bajó tensándose para decir a los suyos —Jeffrey, hay un coche negro tras nosotros.

—Lo sé, jefe, pero no es el mismo que hace unos minutos, todo va bien.

Rita miró al frente y se mordió el labio inferior sin soltar su mano y en ese momento supo que si tenía una conexión con la divinidad o como fuera que lo llamaran era por él, porque ese era su destino.

El coche salió de la ciudad. Era de noche, el reloj de la pantalla de navegación indicaba que allí eran casi las cinco de la mañana, pero por el jet lag ella no estaba nada cansada. Después de varios minutos en los que todos se mantuvieron en silencio, estiró el cuello para ver a través de la ventanilla que salían de la carretera para meterse por un camino rural. Apenas pasaron cinco minutos y se detuvieron ante una verja enorme que parecía antigua. También se veía un muro muy alto que no dejaba ver lo que había dentro. —¿De quién es la casa?

—Es nuestra, es la sede central. Hasta que la descubran y tengamos que irnos a otro sitio.

—En los últimos cincuenta años hemos tenido suerte. Afortunadamente esa zorra nunca había venido con nosotros hasta aquí y no se ha podido chivar de nada de interés —dijo Portia.

—Nunca estaréis seguros —dijo para sí mientras las puertas se abrían.

—No debes temer.

Apretó su mano sin responder y el coche pasó por un camino franqueado por cipreses hasta una casa de tres plantas pintada de color teja con un estilo mediterráneo. Era realmente hermosa rodeada de buganvillas en flor. Jeffrey detuvo el coche ante la entrada y se bajó a toda prisa para abrir su puerta. Soltó su mano para bajar y fue hacia los escalones. Grantleigh se reunió con ella y subieron hasta la entrada. La puerta se abrió y un anciano de unos noventa años les sonrió. —Bienvenidos.

—Rita, él es Herman Parkingson. Nuestro consejero, maestro de ceremonias y amigo, pero sobre todo la persona más sabia de nuestro mundo.

—Exagera. —Alargó la mano mirándola y separó los labios de la impresión. —Dios mío… —De repente se agachó intentando arrodillar una pierna. —Mi divinidad, es un honor…

—Pero no haga eso —dijo avergonzada cogiéndole del brazo para que se incorporara—. Por favor, no vuelva a hacer eso.

—Al parecer tienes algo que contarnos, amigo. Entremos.

—Sí, sí… —Les indicó con la mano que pasaran y Rita vio a una mujer rubia de unos cincuenta años que bajaba por la impresionante escalera con una bata de terciopelo granate. —Llegáis tarde.

—Lo siento tía, imprevistos.

—¿Es tu tía?

—Anne de Lusignan te presento a Rita Mary Biderman.

Su tía la miró fijamente con sus claros ojos azules. —Mucho gusto. ¿Por qué la has traído aquí, Hugo?

Asombrada le miró. —¿Hugo?

—Nena, siempre uso mi otra identidad. Solo ella me llama así.

—Al parecer tienes muchas más cosas que explicarme.

—Como a mí —dijo su tía yendo hacia el salón.

Grantleigh apretó los labios mientras Rita levantaba una ceja. Él tiró de su mano suavemente para llevarla hacia allí donde el anciano ya se había sentado en un sillón de piel marrón.

—¿Quieres beber algo? —le preguntó Grantleigh antes de ayudarla a sentarse en el sofá.

—Sí, gracias.

—¿Qué es esto, Hugo? Trayéndola aquí nos pones a todos en peligro —dijo su tía de lo más cabreada.

Vaya, al parecer ahora tenía la peste, a ver si se aclaraban.

—Aquí estará segura —dijo el anciano antes de fulminar a esa mujer con la mirada—. Y muestra más respeto, no sabes de quién hablas.

Asombrada volvió la vista hacia Herman. —¿De quién hablo? ¡Hablo de la mujer que ha puesto en peligro a mi sobrino! ¡Desde que ha aparecido ha estado más veces en peligro que en toda su vida!

Su corazón dio un vuelco. —¿Qué?

—Nena, exagera.

—No exagero ni un ápice. —Se volvió hacia ella. —Más vale que tu misión sea importante.

—Eso lo decide nuestro Señor, tía, no tú.

Anne apretó los labios. —Debe ser que ya estoy harta de que mi familia siempre esté en peligro.

—¡Silencio! —gritó Grantleigh haciendo que todos se callaran. —¿Qué quieres beber?

—¿Un coñac? Triple.

Él sonrió yendo hacia el mueble bar mientras los chicos se ponían tras ella sin abrir la boca. Rita miró hacia atrás y Portia le hizo un gesto para que no le diera importancia a la situación, pero ella tenía la impresión de que aquella reunión definiría su futuro. Cuando Grantleigh se acercó cogió la gran copa de balón y ella bebió un sorbo antes de forzar una sonrisa mirando a Herman que sonrió a su vez.

—Muy bien —dijo Anne sentándose en otra butaca—. ¿Qué hay en ella tan importante?

—¿Aparte de su conexión con la divinidad? —preguntó Grantleigh divertido.

Herman suspiró. —Cuando me hablaste de ella no me esperaba esto.

—¿No se esperaba el qué? —preguntó empezando a ponerse muy nerviosa.

—No me esperaba que fueras tú.

—Herman, ¿puedes ir al grano, por favor? —dijo Anne muy molesta.

El anciano sonrió con ironía. —Ahora entiendo por qué has estado tan nerviosa estas últimas semanas. Yo no la reconocí en las fotos, pero tú sí.

Le fulminó con la mirada. —No sé de qué me hablas.

—¿Cómo no ibas a reconocerla? Es nuestra reina y fuiste la encargada de proteger su imagen.

Rita separó los labios de la impresión. —¿Perdón?

—En mil doscientos ochenta y uno, Margarita de Lusignan se casó con Juan de Montfort, ella era la hija del rey de Chipre y se la considera la primera mujer templaria.

—¿Había mujeres templarias?

—No, eran caballeros, pero ella formó a los nuevos templarios porque uno de ellos fue su primer y único hijo. Un hijo que todo el mundo pensó que estaba muerto. Incluso su padre. Ella inspirada por nuestro Señor, vio en él la fuerza que se necesitaba para dirigir a los templarios y llevó el apellido de su madre criado en la clandestinidad.

—Sabía lo que iba a pasar. Sabía que matarían a los templarios.

—Criada en las más altas esferas, su hermano llegó a ser rey de Jerusalén, sabía que la orden del temple original no tenía futuro. Generaron muchas envidias que serían difíciles de superar y alguien tenía que seguir su misión, la misión por la que fueron creados. Los caballeros templarios debían defender el verdadero cristianismo de todos, incluso de esa organización corrupta en la que se convirtió la iglesia de la Edad Media, que se apoyaba en los gobiernos de medio mundo. Margarita enviudó pasado un tiempo y después de que su cuñado intentara arrebatarle el poder se convirtió en la gobernadora de Tiro. Una mujer muy sabia que supo mantener su gobierno con su inteligencia hasta que terminó su misión y cedió el gobierno volviendo a Chipre donde…

—La esperaba su hijo.

—Ya era casi un hombre y Margarita supo guiarle hasta convertirle en todo un caballero que junto sus compañeros iniciaron su misión.

—¿De dónde salieron los demás?

—Hugo los fue encontrando a lo largo de su vida y digo que los fue encontrando porque llegaron a él de una u otra manera. De hecho, Telesforo, su mejor amigo, era el hijo de un labrador que vivía cerca del convento donde se crio y la primera vez que se encontraron se liaron a puñetazos. —El viejo sonrió. —Hugo podía haber hecho que le mataran, pero se unió a él en su misión y Hugo perdió la vida muchos años después intentando salvar a su amigo. Desgraciadamente no lo consiguió y murieron los dos.

Rita apretó los labios mirando a Grantleigh antes de beberse la copa de golpe.

Herman se adelantó. —No sé cuál será tu misión ahora que has vuelto, pero no dudo que será la más importante desde que nos creaste.

—¿Por qué piensas que soy yo?

Herman se levantó y fue hasta un cuadro. —Solo se conserva una imagen suya. —Abrió el cuadro y allí había una caja fuerte. —Un pequeño retablo que se le envió a su prometido para que confirmara el matrimonio.

Grantleigh entrecerró los ojos. —Creía que estaba en el Vaticano.

—No sé por qué pensaste eso, siempre estuvo entre nosotros, pero no hablamos de ella casi nunca y puede que no hubiera salido el tema. —Giró la rueda metiendo la combinación y abrió la puerta de acero. Metió la mano y sacó un pedazo de madera enmarcado en una especie de metacrilato. —Aquí se conserva perfectamente sin que el aire o la luz lo pueda dañar. —Se acercó a ella y se lo mostró mientras Grantleigh y sus amigos estiraban el cuello para verla.

El corazón de Rita dio un vuelco al ver a una mujer tan parecida a ella que era imposible. Llevaba su largo cabello pelirrojo con una raya al medio y dos largas trenzas caían por sus hombros. Sobre su frente tenía una pequeña corona de oro y miraba de costado, pero se podían ver sus ojos verdes.

—Una belleza, así se la consideraba a pesar de su cabello que en la época era estigmatizado. Pero de eso tiene culpa Lilith.

—¿Lilith?

—Según algunas versiones populares fue la primera esposa de Adán.

Asombrada miró a Grantleigh. —¿Y Eva?

—Dicen que vino después, no sé, nena, hay alguna contradicción. En el Génesis no se la menciona, aunque hay algunas discrepancias con la Torá. En el sexto día creó a un hombre y a una mujer a su imagen y semejanza, pero más adelante se dice que no es bueno que el hombre esté solo, así que le abrió el costado y de su costilla...

—Creó a Eva. Lilith huyó del paraíso —dijo ella impresionada.

—Se dice que fue hacia el mar rojo y que allí se unió a entes oscuros. ¿Adivina de qué color tenía el cabello?

—Pelirrojo.

—Así que de ahí se crearon historias de que las personas con ese color de cabello estaban asociadas al mal. Brujas y demonios. Imagínate lo que fue para Margarita tener ese color de cabello y ella no lo ocultaba.

Miró el retablo y vio que en su cuello tenía una cruz, pero no era una cruz como las que había visto a miles, esa tenía los extremos más anchos. —La cruz del temple.

—Era una mujer muy devota, de hecho, terminó sus días siendo monja.

Miró con horror a Grantleigh que juró por lo bajo. —Nena, no vas a repetir su vida, no te preocupes, de alguna manera eres su descendiente, nada más.

—Es ella —dijo Herman mostrando que tenía carácter—. ¡Lo he sentido!

—Déjate de tonterías, viejo —dijo Anne mirándola fijamente —. ¿Qué puede hacer esta mujer por nosotros? Si ni siquiera es cristiana.

—Sí que lo soy, aunque para ser como vosotros me falta bastante, la verdad.

—Es evidente que tiene una misión, todos los santificados la tienen —dijo Portia.

—Ella nos va a dar algo importante, lo sé —dijo Herman antes de sonreírle—. ¿Puedo guardarla ya?

Le echó un último vistazo y asintió. —Sí, gracias por enseñármela.

—Ha sido un placer.

Grantleigh obviamente preocupado se pasó la mano por el cabello. —Vamos, nena, tienes que descansar.

—Sí —dijo casi temblando—. Creo que me vendrá bien, esto ha sido de lo más impactante.

—Te acostumbrarás, mi reina —dijo Herman con una sonrisa en los labios.

Cogió la mano de Grantleigh y dijo por lo bajo —Que deje de llamarme así.

—Hablaré con él, no lo dirá más.

—¿Jefe?

Grantleigh se volvió hacia Jeffrey. —Id a descansar, la guardia se encargará de la seguridad.

Fueron hacia la escalera. —¿La guardia?

—Son nuestra seguridad cuando estamos en alguna de nuestras residencias.

Miró a su alrededor mientras subía los escalones y al llegar al rellano del primer piso tiró de ella para que siguieran subiendo. —¿Aun más?

—Es por seguridad.

Claro, tenían que subir dos pisos para encontrarles y antes la guardia podría detenerlos. Al mirar sobre su hombro vio que Portia y Jeffrey se quedaban en el primer piso.

—¿Vivis aquí todos?

—Es raro que estemos todos juntos, eso no suele pasar.

Al llegar al segundo piso se fijó en la cruz casi granate bordada en un estandarte que estaba colgado en la pared. Se detuvo sin aliento. —Dios mío, es cierto, todo es cierto.

Se puso tras ella. —Es el símbolo de nuestra lucha. —La abrazó por la espalda. —No te preocupes, nena, haré lo que sea por protegerte. Y en cuanto realices tu misión…

—No, no me prometas nada. Tengo el presentimiento de que es mejor no hacer planes de futuro.

Él apretó los labios. —Yo tampoco suelo hacerlos. —Se apartó y cogiendo su mano caminó hacia el final del pasillo. Abrió la puerta para mostrar una habitación enorme y una cama con cuatro postes y un dosel de terciopelo verde oscuro. —No te horrorices —dijo él divertido.

—Algo exagerado para mí —dijo intimidada.

Él cerró la puerta mientras Rita miraba los muebles tallados. —Es como dormir en un museo.

—Tu padre tendrá antigüedades.

—Sí, pero mi madre las combina con piezas modernas. —Fue hasta la cama y se sentó. Él sonrió acercándose. —¿Dónde duermes tú?

—Esta es mi habitación, preciosa.

—Ah…

—Creo que es mejor que te vigile de cerca. —Se sentó a su lado.

Se miró las manos. —Te vas a ir.

—Tengo que trabajar.

—Te miraba porque sentía la necesidad de hacerlo —dijo en voz baja.

—A mí me pasaba lo mismo, te aseguro que el halo no tenía nada que ver.

Levantó la vista hasta sus ojos y él vio que los suyos estaban llenos de lágrimas. —Dime que esto va a salir bien.

Grantleigh la abrazó. —Sé que estás asustada, pero haré lo que sea para que funcione.

Se sintió tan bien entre sus brazos que quiso quedarse allí para siempre. —Lo santos son mártires, muchos se mueren.

—Los que no son santos también se mueren, nena —dijo divertido.

—Muy gracioso. No sé qué quiere el Señor de mí.

—Lo descubrirás y cumplirás tu misión.

Se apartó para mirar sus ojos. —Te enfadaste conmigo.

—No puedo explicarlo, pero nunca pensé que me dejarías para volver a Nueva York.

—Me has estado mintiendo todo el tiempo.

Él asintió. —Estoy tan acostumbrado a mentir… Pero es que no te podía decir la verdad, nena, entonces sí que hubieras salido corriendo.

—No lo hagas más.

—Te lo juro.

Se abrazó a su cuello. —Solo te tengo a ti, si no puedo confiar en lo que me dices me volveré loca.

La pegó a él como si quisiera protegerla de todo. —Te lo juro por mi vida, no te mentiré de nuevo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y el teléfono de Grantleigh empezó a sonar. —Joder… Nena, tengo que contestar, puede ser importante.

—Sí, claro. —Se apartó y él se levantó sacando el móvil del bolsillo trasero del pantalón. —¿Qué pasa, David? —Se pasó la mano por la nuca demostrando que estaba agotado. —¿Entonces qué le has sacado? —Frunció el ceño. —Vete a Sevilla con Esben y llévate a Mateo.

Ella sorbió por la nariz y se levantó para quitarse la chaqueta y la camisa que llevaba desde hacía dos días. No se lo podía creer, se había puesto esa ropa para ir a Panamá y ahora estaba en Milán.

Se giró la falda para abrirse el botón y cuando él se volvió para verla medio desnuda carraspeó. —Sí, te enviaré el avión mañana a primera hora. —Colgó de inmediato y se pasó la mano por la nuca de nuevo. —Nena…

—Quiero ducharme —dijo llevándose las manos a la espalda y desabrochándose el sujetador antes de dejarlo caer sobre la ropa.

—El baño está ahí. —Señaló una puerta tras ella.

Se volvió y descalza caminó sobre el parquet para abrir la puerta. El baño era de mármol gris y se notaba que había sufrido una reforma porque la ducha era enorme. Se quitó las braguitas y se metió en su interior. Abrió el grifo de la ducha y ni se dio cuenta de que estaba fría porque aún seguía dándole vueltas a lo que había pasado. Una misión… ¿Qué misión? Si ella no había hecho nada relevante en su vida. Unos brazos la rodearon y la pegaron al pecho de Grantleigh. —Deja de pensar en ello. —Besó su cuello.

Suspiró de gusto. —¿Y en qué puedo pensar?

—Piensa en mí, preciosa. Ahora solo piensa en mí.

Se volvió y atrapó sus labios. Grantleigh la cogió por la cintura pegándola contra su sexo mientras se besaban como posesos y Rita al sentir su miembro gimió apartando su boca. —¿Lo hacemos sin casarnos?

—Te aseguro que yo ya me doy por casado. Además, no veo pecado en esto. —Se agachó para cogerla por los muslos y la elevó de golpe pegándola contra la pared. Jamás se sintió más deseada y cuando besó su cuello gimió cerrando los ojos, pero no pudo evitar decir —¿Con ellas también?

Él levantó la cabeza. —¿Qué?

Le miró a los ojos. —Te acostaste con esas mujeres. ¿Si yo era tan especial para ti por qué te acostaste con ellas?

Reprimió una sonrisa y eso a ella no le hizo ninguna gracia, así que carraspeó. —Ya te dije que disimulaba para que ellos pensaran que estaba confiado.

Entrecerró los ojos. —¿Cuánto disimulabas?

—Nena, te aseguro que disimulaba del todo, en cuanto nos metíamos en la habitación trabajábamos.

Se le cortó el aliento. —Venga ya.

—Una de ellas era Portia y es como mi hermana.

—¿Qué?

—Trabajan para nosotros.

—¿De veras?

—¿Quieres que hablemos con Portia?

Sonrió y él gruñó antes de dejarla en el suelo. —Muy bien, nena.

Sin poder evitarlo Rita miró su miembro erecto y se maldijo por tener esa bocaza. Él salió de la ducha y se puso la toalla alrededor de las caderas.

Preocupada preguntó —¿Estás enfadado?

—No, preciosa. Pero ella estará durmiendo, así que lo hablaremos mañana —dijo antes de salir del baño.

Inquieta se duchó a toda prisa y cuando salió del baño con una toalla rodeando su cuerpo él estaba tumbado en la cama encima de la colcha y muy serio miraba el techo. Se acercó al otro lado de la cama y se tumbó a su lado. —Lo siento.

—No tienes que disculparte por nada, ha sido culpa mía por precipitarme. Es normal que estés llena de dudas, te he mentido desde el principio.

—Pues dime la verdad.

Él tomó aire antes de mirarla. —Estaba en Nueva York por otra misión. Tenía que matar a un hijo de Judas que se había infiltrado en la iglesia, pretendía asesinar a un sacerdote que está haciendo mucho por la comunidad. Sus feligreses aumentan cada día y eso no pueden consentirlo.

—Dios mío…

—Me costó un poco encontrarle a pesar de la información de Portia sobre su paradero. Tardé dos días en dar con él y la noche

antes de irme te vi. Acababas de llegar a casa, las luces estaban encendidas y se te veía perfectamente, parecías agotada y te pasaste trabajando media noche. Ni te diste cuenta de que estaba allí hasta que te levantaste de la mesa del salón para irte a la cama. Yo me aparte de la ventana, pero me viste. Esa noche llamé a Colton y le dije que tenía que quedarme, que me parecía que tenía algo entre manos que era importante.

—Lo sentiste.

—Sentí que tenía que quedarme y deseaba verte. La supuesta misión se alargó y entonces una noche vi tu halo. —Apretó los labios mirando el techo. —Te aseguro que no me alegré nada.

Se le cortó el aliento. —No querías que estuviera relacionada con tu mundo.

—No, quería hablar contigo, acercarme a ti, pero tenía otros planes, pensaba ser Grantleigh Cardigan, un ejecutivo que viajaba mucho y pedirte una cita.

—Y cambiaste de opinión.

—Te habías convertido en una misión, pero tú ya me mirabas por el telescopio y tu interés aumentaba. No podía relacionarme contigo de esa manera, debíamos tener una relación profesional.

Empezó a entender. —Las mujeres no eran solo para demostrarles a ellos que estabas confiado, eran para mostrarme que tenías una vida en la que yo no tenía cabida.

—Era una manera de dejarte claro que ni me había fijado en ti.

—Muy bonito.

Él sonrió. —Necesitaba poner un límite y que me encontraran me lo dejó muy claro. Debía ponerte a salvo. Ya había cometido un error, me había quedado demasiado tiempo, la muerte de esa escoria de la que me había encargado había llamado bastante la atención entre los nuestros. La ciudad debía estar llena de esos hijos de puta.

—Así que fingiste tu muerte.

—Saben que soy el jefe, si me matan es una manera de desestabilizar a los míos. Temí que si te secuestraba pusiera en riesgo tu vida, que nos tendieran una emboscada cuando escapáramos, así que fingí mi muerte. Ya tendría tiempo de acercarme a ti de nuevo.

—¿Qué salió mal?

—La policía siempre dudó de mi muerte.

—Por las heridas de tu rostro.

—Sin identidad, sin rostro… No era tonta en absoluto. Tenía muy pocas pistas, pero consiguió sacarles partido, eso sin mencionar que tú mentiste y ella se dio cuenta.

—¿Me estás echando la culpa?

—No, nena, todo fue culpa nuestra. Descubrieron por el tatuaje y el ADN del cadáver que era otra persona. Aunque Portia había quitado su identidad de la base de datos de la policía, no pensamos en que era canadiense y allí también tenía antecedentes. Las imágenes de unas cámaras de seguridad les dieron mi rostro de manera parcial y era evidente que no éramos la misma persona. Tu mentira te puso en peligro.

—Los hijos de Judas sabían que te protegía y tenías que salvarme.

—Te pedí que vinieras conmigo. —Hizo una mueca. —Aunque entendí que no te fiaras de mí.

—Cielo, es que toda la situación era surrealista.

Él rio por lo bajo. —Y eso que no sabías la verdad.

Suspiró mirando al techo. —Así que no te acostaste con ellas.

—Jamás se me pasaría por la cabeza, nena. Son colaboradoras y algunas hasta son exmonjas.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Qué has dicho?

—De hecho…

Ella se llevó la mano al pecho. —¿No me digas que eres virgen?

Se echó a reír. —¿Qué?

—Ay, no sé, de ti me lo espero todo. ¿No debéis conservar el celibato?

—¿Quieres matarme? ¡Bastante sacrifico ya en mi vida!

Hizo una mueca.

—¡Además, como les diga a los chicos que no pueden tocar a una mujer, me quedo solo!

Se echó a reír a carcajadas.

—Nena, no tiene gracia.

—Perdona, pero es que… —Rio apretándose el vientre. —Has puesto una cara.

—Sí, ríete…

Cuando consiguió calmarse se puso sobre él. —¿Y cuándo fue la última vez?

Él hizo una mueca. —Fue antes de verte a través de la ventana, ¿no te basta?

—Sí, me basta.

Grantleigh carraspeó. —Nena, si no te quitas de encima no respondo.

Soltó una risita. —¿No me digas? Creo que ya no tengo que hablar con Portia. —Besó su barbilla y la respiración de Grantleigh se aceleró pasando las manos por sus glúteos que habían quedado al aire porque se le había subido la toalla. —Y también me doy por casada —dijo con la voz enronquecida de deseo—. Porque Dios lo ve todo y seguro que quiere esta unión.

—Estoy de acuerdo, nena —dijo antes de agarrarla por la nuca para atraerla a su boca—. Sino haría algo para impedirlo. —La besó con ansias y la volvió tumbándola en la cama. Mareada de placer ni sintió que apartaba parte de la toalla para mostrar sus pechos y amasó uno haciendo que todo su ser se estremeciera de arriba a abajo. Grantleigh apartó sus labios y estos acariciaron su cuello bajando poco a poco hasta llegar a sus pechos. —No sabes

cómo he deseado hacer esto. —Cogió un seno y lo apretó suavemente para elevar su pezón. Él subió la vista hacia ella y sacó la lengua pasándolo por su pezón endurecido. Qué delicia… Grantleigh lo chupó con ganas y ella gritó sin esperarse el placer que la traspasó. Arqueó su espalda sin darse cuenta y él sonrió antes de metérselo en la boca de nuevo y acariciar su pezón con la lengua volviéndola loca mientras que con la otra mano acariciaba su otro pecho. Era tan increíble que se retorció bajo su cuerpo y Grantleigh la besó entre los pechos deslizando sus labios por la piel de su vientre hasta llegar a su ombligo. —Tienes la piel más deliciosa del mundo. —Su lengua siguió bajando y en la mente de Rita se encendió una alarma, pero le gustaba tanto lo que le hacía que pensó que al diablo con todo, le quería a él. Cuando Grantleigh separó sus piernas aún más dijo sobre su sexo —Joder, nena, tu olor me la pone tan dura… —Besó su sonrosada piel haciéndola chillar de la sorpresa y cuando lamió su clítoris, la recorrió tal placer que se arqueó con fuerza apretando las almohadas entre sus manos. —Deliciosa. —Pasó la lengua por sus húmedos pliegues y Rita casi salta de la cama, pero la agarró por la pelvis para que no se moviera mientras besaba, lamía y la torturaba hasta la locura. El placer era tan intenso que sintió que la partiría en dos y cuando creyó que no podía más, el placer creció hasta dejarla sin aliento. Ya no podía ni pensar solo quería sobrevivir, ni se dio cuenta de que él apartaba sus labios y se colocaba de rodillas entre sus piernas. La agarró por los muslos tirando de su cuerpo hacia él. De repente su miembro entró en ella de una sola estocada y sorprendidos ambos se miraron a los ojos. —¿Eres virgen? —preguntó él como si le hubiera dado la sorpresa de su vida.

Se sonrojó. —Pues no.

—¿Cómo que no? —preguntó alucinado.

—Lo era, pero ya… no.

—Joder, nena. —Sacó su miembro lentamente mirando hacia abajo y vio la sangre que humedecía su miembro. Elevó la vista hacia ella y mirándola posesivo entró en su ser de nuevo haciéndola gemir de placer. —¿Te duele?

—Qué maravilla —dijo cerrando los ojos sin poder evitarlo.

Él gruñó cogiéndola por las caderas y entrando en ella del todo. Su placer se multiplicó por mil y cuando la embistió de nuevo se puso a temblar con fuerza. —¿Te vas a correr, nena? Acabo de empezar. —Empujó las caderas con tal ímpetu que la catapultó al paraíso y ella gritó liberando aquella tensión tan embriagadora, pero Grantleigh siguió moviéndose, así que aquel éxtasis se extendió en el tiempo mientras él no dejaba de llenarla con tal ímpetu que apretó su miembro con fuerza provocando en él el orgasmo más intenso que había tenido jamás. Grantleigh se dejó caer a su lado con la respiración agitada y Rita sintió otro estremecimiento.

—Increíble —dijo él cuando recuperó el aliento. Como ella no contestó, levantó la cabeza para mirarla y vio que se estremecía de nuevo—. ¿Nena?

Abrió los ojos y mostró sus lágrimas. Preocupado se sentó. —¿Te he hecho daño?

Se abrazó a él y lloró sobre su hombro. —Preciosa, ¿qué ocurre? No pensé que sufrieras, parecía que lo disfrutabas…

—Jamás he disfrutado tanto en mi vida. —Besó su cuello mientras él suspiraba del alivio. —Gracias.

Grantleigh sonrió. —No tienes que darme las gracias, preciosa. —Ella besó su cuello y él frunció el ceño. —Nena, ¿no deberíamos dormir? —Sus labios bajaron por sus pectorales y miró hacia abajo. —Preciosa, ¿seguro? Deberías descansar, estarás dolori… —Cuando acarició su miembro con la mano casi pegó un bote sobre la cama. —
Hostia. Muy bien, si insistes —dijo con voz ronca. Él cerró los ojos dejándose caer en las almohadas—. Nena, tienes los labios más increíbles del mundo.

# Capítulo 7

Se giró abrazando la almohada con una sonrisa de oreja a oreja y Grantleigh sonrió agachándose para darle un beso en sus labios hinchados. —Preciosa, tengo que irme.

Gimió antes de abrir un ojo. —¿Cómo has dicho?

—Tengo que ir a España.

—¿Por qué?

—Para impedir un atentado en la Semana Santa.

—Dios mío, eso es…

—Tranquila, estaré de vuelta antes de que te des cuenta.

Sabía que era su trabajo, su misión, pero no podía evitar sentirse aterrada porque no volviera. —Ten cuidado, por favor.

Él sonrió y le dio un suave beso en los labios. —Portia y Jeffrey se quedan contigo. —Se enderezó. —Por cierto, ignora la actitud de mi tía todo lo que puedas, ¿quieres? Ha perdido mucho en la vida y está un poco…

—¿Amargada?

—Intenta comprenderla.

Asintió haciéndole sonreír. —Llámame.

—De acuerdo.

—No, de acuerdo no, llámame todos los días.

Él sonrió. —Lo haré.

Sintiendo un nudo en la garganta se sentó en la cama para verle salir y cuando cerró la puerta ella susurró —Por favor Señor, protégele. Solo intenta ayudar.

Bajó a desayunar sintiéndose un poco dolorida, pero más feliz que en toda su vida. Al llegar al hall escuchó ruidos a su derecha y miró en el salón, pero no había nadie. Caminó hacia una puerta que estaba abierta y allí había varias personas alrededor de una mesa. A la mayoría no las conocía. En cuanto se dieron cuenta de que estaba allí tres personas se levantaron a toda prisa inclinando la cabeza, lo que la sonrojó.

—Oh, por favor, ¿no veis que la avergonzáis? —dijo Portia con la boca llena.

—No queríamos —dijo un hombre de la edad de Grantleigh.

—Rita, este es Zacarías, mi hermano.

Él gruñó mirando a su hermana como si quisiera pegarle cuatro gritos —Me llaman Colton.

—Sí, ya —dijo Portia reprimiendo la risa.

Rita se acercó dándole la mano. —Mucho gusto.

—El gusto es mío.

Una mujer de unos treinta años con el rostro lleno de pecas sonrió. —Soy Madeleine.

—¿Y cuál es tu función?

—Soy doctora.

—Una doctora —dijo impresionada—. ¿Y eso? —Miró a Colton.

—Atiende a Herman y nos ayuda si estamos en problemas.

—Entiendo. —Sonrió a la mujer. —Encantada.

—Y él es Will —dijo Portia señalando al joven que apenas debía tener dieciocho años—. Es nuestro ratero.

—¿Perdón?

El chico rio por lo bajo. —A veces hay que entrar en ciertos sitios o robar ciertas cosas para llegar a la información y yo me encargo.

—Impresionante.

—Lo que es impresionante es conocerla a usted.

Se puso como un tomate y Portia chasqueó la lengua. —¿No te he dicho que no la avergüences?

—Perdón.

—Por favor, siéntate —dijo Colton amablemente.

Se sentó al lado de Portia y una mujer de unos cincuenta años con una bata gris de asistenta se acercó a ella.

—Oh, disculpe… —Se volvió a levantar. —Soy Rita.

La mujer sonrió. —Mucho gusto, soy Antonella —dijo con un pronunciado acento italiano.

—Piacere di conoscerla. È di qui?

—Sì, sono nato in questa casa.

—¿Hablas italiano? —preguntó Herman desde la cabecera de la mesa.

—Lo aprendí en el instituto. Practicaba con la secretaria de mi padre. —Sonrió a Antonella.

—Le servo la colazione? Qualche frutta?

—Una fetta di pane tostato e un café saranno sufficienti. Grazie Antonella.

—Un piacere.

Se alejó y ella volvió a sentarse.

—¿Y qué más sorpresas nos tienes preparadas? —preguntó con ironía la tía de Grantleigh antes de beber de su café.

—Espero que ninguna desagradable.

—Eso lo dudo mucho.

Portia le dio un toque con el pie por debajo de la mesa y cuando la miró a los ojos le dijo con la mirada que no entrara al trapo.

—He pensado que te gustaría visitar nuestra biblioteca —dijo Herman—. Hay volúmenes muy interesantes sobre nuestra historia.

—Querrás decir sobre la historia de los templarios que conocía todo el mundo, porque sobre nosotros no es que se hayan escrito muchos libros —dijo la tía de su marido con ironía.

Herman miró a Anne muy serio y esta agachó la cabeza antes de beber de su té. —Bueno, yo me voy que tengo mil cosas que hacer —dijo dejando la taza y levantándose mostrando un caro vestido marrón, se notaba que era de calidad.

Nadie dijo ni pío y en cuanto salió del comedor Antonella llegó con un desayuno digno de reyes. Le puso delante una tortilla con beicon, dos tostadas y un yogurt con arándanos. Sonrió. —No era necesario.

—Hay que desayunar muy bien. Es importante. —Pasó tras ella y se santiguó doblando una rodilla en señal de respeto.

Ella que la vio en la tetera de plata se quedó de piedra. Atónita miró a Portia y esta le hizo un gesto sin darle importancia. —Es muy devota.

—Deberás acostumbrarte, niña —dijo Herman levantándose de su asiento—. Ahora eres una de nosotros, pero todos y cada uno te debemos respeto. Dios te ha dado lo que no le ha dado a nadie, parte de su divinidad. Eres una elegida y todos nos debemos a ti. Te espero en la biblioteca, pero no tengas prisa, desayuna con calma.

—Gracias. —Cogió el café y le dio un buen sorbo. Dios, qué fuerte.

Todos rieron por la cara que puso. —Cuesta acostumbrarse —dijo Will.

—Uno de estos y no dormiré en una semana.

Portia le sirvió un zumo.

—Gracias.

—No dejes que te agobien con eso de la divinidad —dijo ella —. Tú a tu ritmo y cuando llegue el momento pasará antes de que te des cuenta.

—¿Dónde está Jeffrey?

Se acercó a ella y susurró —Está revisando el sistema de seguridad. Es algo desconfiado y hace bien. Y por cierto, no tengas en cuenta los modales de Anne, ha pasado por mucho.

—¿A qué te refieres?

—Perder a casi toda tu familia por esto no es plato de gusto para nadie, pero si encima has nacido en esta casa y te has sentido impotente porque sabes lo que ocurrirá tarde o temprano con las personas que quieres… Es difícil de asumir.

—Hace seis meses perdió a su sobrino y esto ha podido con ella —dijo Colton.

—¿Sobrino? —preguntó sorprendida.

—El hermano pequeño de Grantleigh, era el noveno —dijo Madeleine.

Se quedó sin aliento porque Grantleigh prácticamente acababa de perder a su hermano. —¿Cómo que el noveno?

—Se les reemplazan cuando caen —dijo Portia—. Ahora el noveno es Josh.

Colton apretó los labios antes de beber lo que le quedaba de su café.

—¿Hay muchas bajas? —preguntó asustada.

—No habíamos perdido a nadie desde que Grantleigh tomó el mando. —Colton dejó la servilleta sobre la mesa. —Portia…

—Sí, ya voy.

—Será mejor que yo también me ponga a trabajar —dijo Will sonriéndole—. Me parece que vas a encajar muy bien aquí.

Sonrió. —Eso espero.

Él le guiñó el ojo antes de alejarse y cuando las tres se quedaron solas preguntó —¿Cómo sucedió?

—Le tendieron una trampa —dijo Madeleine—. Le dieron un chivatazo y en lugar de esperar que Grantleigh diera el visto bueno, decidió ir solo. —Apretó los labios. —Fue horrible. Le torturaron hasta matarle y le colgaron boca abajo como a nuestro Señor.

Separó los labios de la impresión. —¿Qué quieres decir? ¿Como si estuviera en la cruz?

Madeleine asintió.

—Dios mío.

—Pero de él no sacaron una mierda —dijo Portia con rabia—. Él era un templario, antes se mordería la lengua y se la tragaría que decir una sola palabra que nos pusiera en peligro, que pusiera en peligro a Grantleigh… —Miró su plato sin tocar. —Come, como te pongas enferma, entres en depresión o quieras largarte, el jefe me mata. Así que come, no te escapes y si te sientes triste, aquí nuestra amiga te dará una pastillita para llevarlo mejor.

No pudo evitar sonreír. —¿No me digas? Menudo panorama me estáis pintando.

Madeleine hizo una mueca. —Bienvenida a nuestro mundo. Un mundo de sacrificio, pero todo merece la pena.

—¿Realmente la merece?

—Entiendo que tengas que estar alucinada con todo lo que está pasando, pero cuando gracias a nuestro trabajo alguien descubre a Dios todo ese sufrimiento se ha visto compensado. Puede que sea duro, pero Jonah ahora está a la derecha del padre como su soldado y cualquier misión que le haya encomendado la cumplirá con diligencia. —Se levantó. —Tengo que colocar las medicinas que me llegaron ayer. Os veo en la comida.

—Hasta luego —dijo ella cogiendo el tenedor.

—No te agobies… —Portia bebió de su zumo. —Con todo lo que te ha relajado el jefe esta noche, estas cosas tendrían que importarte una mierda.

—Pues te aseguro que me ponen los pelos de punta —dijo por lo bajo.

Su amiga suspiró. —Al principio a mí también me pasaba lo mismo.

—¿Cómo llegaste aquí?

—Mi padre fue templario, pero yo no lo supe hasta que tuve doce años.

La miró asombrada.

—Sí, intentó llevar dos vidas y le salió fatal. Mataron a mi madre, mi padre nos salvó de milagro.

—Lo siento mucho.

Hizo una mueca. —Nos trajeron aquí y el padre de Grantleigh vio que Colton tenía madera para ser uno de los elegidos. A mí me enviaron a un internado con otra identidad, pero me guiaron sobre lo que debía estudiar. Los templarios se apoyan en familiares o amigos incondicionales, la familia directa es difícil que te traicione, así que casi todos los colaboradores son de nuestra sangre. Madeleine por ejemplo, es sobrina de uno de los anteriores. Martin, murió en la misma emboscada en la que murió el padre del jefe. Les pusieron una bomba en el coche cuando estaban en una misión en Berlín.

Cerró los ojos y apoyó los codos sobre la mesa pasándose las manos por la cara. —Esto es una pesadilla.

—¿Quieres un consejo? No tengas hijos o te convertirás en otra Anne. —Sus ojos mostraron pena. —Y verás morir al amor de tu vida.

Sorprendida susurró —¿Tú y Jonah…?

Portia negó con la cabeza levantándose. —Nunca se hubiera fijado en mí. Soy la hermana de Colton y le tenía mucho respeto.

—Pero tú le amabas.

Sonrió con tristeza. —¿Le amaba? No lo sé, apenas le veía porque yo trabajo con Grantleigh. Cada templario tiene su propio equipo y solo le veía aquí de tanto en tanto. Igual solo era un capricho, no sé.

Estaba intentando minimizar el dolor que sentía, debía hacerse la dura para sobrevivir en ese mundo. —Lo siento mucho.

—Bah, nunca hubiera llegado a nada. —Se levantó. —Tengo que…

—Tranquila, puedes irte, no retrases tu trabajo por mí.

Portia sonrió. —Me alegra que estés de nuevo con nosotros. El jefe ha vuelto a sonreír gracias a ti.

Se le puso un nudo en la garganta. —¿De veras?

—Tengo la sensación de que eres lo que necesitamos. —Pasó tras ella y palmeó su hombro antes de salir del comedor. Pensativa empezó a comer el desayuno. Aquel silencio la agobió muchísimo. Entre ese horrible modo de vida, el aislamiento de su familia que ni sabía cómo estaba y el futuro prometedor que tenía por delante, sentía un nudo en la boca del estómago que le impedía comer. Dejó el tenedor sobre el plato y Antonella que llegó a recoger la mesa se la quedó mirando, pero ella ni se dio cuenta mirando el vaso de su zumo con la mirada perdida. Antonella suspiró y se acercó para sentarse a su lado. —No tema, signorina.

La miró. —¿Cómo no voy a temer?

—Nuestro Señor la acompaña, jamás estará sola.

—¿Y por qué permitió que mataran a Jonah de esa manera tan horrible? Sacrificó su vida por él y no le protegió.

—A veces la furia es el único arma que nos queda.

La miró sin entender. Antonella miró hacia la puerta. —Se habían relajado y nunca hay que bajar la guardia.

—¿Insinúas que Grantleigh no es buen jefe?

—Es el mejor, el mejor que yo he conocido, pero quiso protegernos demasiado y a veces hay que sacrificar a los peones para obtener resultados. La furia que surgió por la muerte de su hermano tuvo más resultados en dos meses que los dos años anteriores.

Separó los labios de la impresión. —Entiendo.

—Todo tiene un fin. —Se levantó y siguió recogiendo.

—¿Tú has matado a alguien?

Sonrió con tristeza. —Nosotros no luchamos, protegemos, cuidamos, pero son los caballeros y sus ayudantes quienes se

juegan la vida. Afortunadamente nunca han entrado en esta casa y nunca he tenido que enfrentarme a nadie, pero lo haría y daría mi vida por salvar a cualquiera de ellos porque Dios querría que lo hiciera.

—Eres muy valiente.

Sonrió. —Usted haría lo mismo, estoy segura.

Su corazón dio un vuelco y supo que sí, sí que lo haría.

—Ahora desayune, debe alimentarse para la importante tarea que tiene por delante.

Se alejó y ella cogió de nuevo el tenedor. —¿Qué tarea?

Después de que Antonella le dijera donde estaba, entró en la biblioteca donde Herman sacaba un libro de la estantería. —Vaya, ¿quiere que lea todo esto?

Rio por lo bajo. —Así estarás entretenida, me gustaría que supieras algunas cosas del pasado. Para que no se repita, ya sabes.

Asintió mirando los libros que había dejado sobre una mesa y apartó una de las sillas para sentarse y coger el primero. —Historia de los templarios, Cristianismo Medieval, la verdadera historia del Temple. —Él se sentó a su lado. —¿Qué sabían estos hombres de los templarios?

—Estudiaron documentos, mapas, incluso analizaron canciones medievales. Esa es la historia de los templarios que muchos vieron desde fuera. Yo te enseñaré como somos desde dentro en la actualidad.

Asintió y abrió el primer libro. —Antonella dice que todo tiene un fin, así que si tengo que leerlos es por algo.

Herman sonrió. —Lo vas entendiendo, niña. Lo vas entendiendo.

Con el libro en la mano pasó la hoja saliendo de la biblioteca y fue hasta la escalera sin darse cuenta de que se cruzaba con Anne, que se la quedó mirando con la boca abierta. Su halo brillaba de una manera tan intensa que era como para mirarla. Portia que estaba en lo alto de la escalera con el portátil en la mano lo dejó caer de la impresión. —La leche…

Rita la miró. —Oh, ¿se te ha caído? —Corrió escaleras arriba y se lo cogió. —No parece que se haya roto.

—Sí, seguro que está bien —dijo mirando por encima de su cabeza como si no se lo pudiera creer.

—¿Portia? —Miró tras ella. —¿Qué pasa?

—No, nada —dijo exageradamente.

—¿Seguro?

—Sí, seguro. ¿Vamos a comer?

—No tengo hambre, me voy a la habitación estoy algo cansada.

—Será el jet lag.

Sonrió. —Sí, debe ser eso. —Fue hasta el final del pasillo mientras su amiga la miraba, pero ella ya estaba concentrada en el libro de nuevo sin darse cuenta de lo que tenía en la cabeza.

Asombrada miró hacia Anne. —¿Has visto eso?

Se santiguó varias veces antes de echarse a reír. —Es una santa. —Cerró los ojos como si fuera la noticia más maravillosa que había oído nunca. —Había llegado a dudar de mi fe.

Portia sonrió. —Y nadie puede culparte.

Emocionada abrió los ojos. —Estaré en la capilla.

—Reza por mí a ver si encuentro algo.

—Sí, sí… —Con fuerzas renovadas vio cómo se alejaba y Portia miró hacia la puerta de la habitación de Grantleigh. —No sé cuál será tu misión, pero ya has hecho un milagro.

# Capítulo 8

Cuando terminó el libro, lo cerró y suspiró dejándolo a su lado. Había sido interesante leer su historia y cómo habían acabado con los antiguos templarios por envidias y rencores. Habían cometido errores, pero era evidente que habían llegado a tener demasiado poder y la iglesia como algunos estados tenían que quitárselos del medio. Los antecesores de Grantleigh habían hecho bien al mantenerse ocultos para seguir con su misión. Estaba deseando leer otro libro a ver si mantenía ese punto de vista. Sus ojos se fueron cerrando y sonó el teléfono de su habitación sobresaltándola. Estaba en la otra mesilla y se estiró para cogerlo. —¿Sí?

—¿Cómo estás, nena?

Sonrió. —Te has acordado…

—Es difícil que me olvide de ti cuando no puedo dejar de pensar en la suerte que tengo.

Se tumbó en la cama. —Para suerte la mía. ¿Qué tal por Sevilla?

—Complicado, pero hace muy buen tiempo. ¿Y tú cómo estás?

—Cansada, no sé cómo podéis viajar tanto.

—Yo ya estoy acostumbrado y duermo donde puedo.

Suspiró y se mantuvo callada. Escuchó como cerraba una puerta. —¿Qué pasa, nena?

—No sé en qué puedo ayudaros —dijo preocupada.

—Eso llegará, no tienes que buscarlo. Y puede que ni te des cuenta cuando ocurra, simplemente pasará.

—¿Tardarás mucho en venir?

—Como mucho una semana que es cuando terminan las procesiones y después me quedaré contigo un tiempo.

—¿De veras? —preguntó emocionada.

—Sí, hasta que te sientas segura, preciosa.

Una lágrima recorrió su mejilla y se la limpió frustrada. —Nunca estaremos seguros, eso ya me ha quedado claro. —Distraída se miró la mano y se le detuvo el corazón al ver la sangre.

—Intentaré que te sientas segura —dijo él preocupado.

Soltó el teléfono y se levantó a toda prisa casi saltando de la cama para correr hasta el espejo del tocador. Tenía toda la mejilla manchada de sangre y sus ojos estaban enrojecidos.

—¿Nena?

Con el corazón latiéndole a mil se quedó mirándose al espejo y cerró los ojos. Una gota de sangre cayó desde su lagrimal.

—Rita, ¿qué pasa?

Se puso a temblar con fuerza y sus piernas se doblaron. Se sujetó en el tocador antes de caer y de rodillas se abrazó mientras la ansiedad la recorría haciendo que su llanto aumentara.

La puerta de la habitación se abrió de golpe y Portia entró con el teléfono en la mano. Ella levantó su rostro. —¡Ayúdame! —Todo empezó a dar vueltas a su alrededor y se desmayó ante sus pies mientras Portia no dejaba de gritar pidiendo ayuda.

—Tranquila, se pondrá bien —dijo una voz femenina en susurros.

Un olor penetrante llegó hasta ella y Rita abrió los ojos de golpe con cara de susto. Madeleine le sonrió. —Ya estás de vuelta, menudo ataque de ansiedad, ¿eh?

Saliendo de su sopor se llevó la mano a la mejilla. —¿Qué me ha pasado? —Miró a Jeffrey, que muy serio estaba a los pies de la cama con los brazos cruzados y una cara de que aquello no le gustaba nada, eso la mosqueó muchísimo. —¿Qué es esto? —gritó poniéndose de los nervios otra vez.

—Ha sido un milagro —dijo Herman entrando en la habitación —. Uno muy real. Ha sido una muestra. —Se acercó a su cama y se sentó a su lado. —Una muestra más de lo importante que eres para nosotros. —Cogió su mano. —No debes asustarte.

—No me saldrán llagas o algo así, ¿no?

—No voy a mentirte, no lo sé.

Portia entró en la habitación llevando el portátil. —Se han dado casos de vírgenes que lloraban sangre, pero algunos se han demostrado que fueron falsos y en los otros hay dudas. En los varones también hay casos como el padre Pío. Él sufrió estigmas casi toda su vida.

—¿Estigmas?

—Las heridas de Cristo.

Palideció. —¿Qué?

Colton apretó los labios. —Deberíamos hablar con el Vaticano, en la actualidad estamos en buenas relaciones con ellos y podrían...

—¡Ni de coña! —dijo ella sobresaltándole—. ¿Y cómo es posible que estéis en buenas relaciones con ellos? ¡Hicieron que os volvieran a perseguir!

Colton levantó una ceja.

—Entiendo, cada vez hay menos creyentes y vuestro trabajo ahora les viene de perlas.

—Si la gente se enterara de lo que te ocurre, su fe, la fe de los cristianos aumentaría.

Asombrada miró a los demás y vio en sus rostros que opinaban que tenía razón. —No podéis pensar eso en serio.

—Parece frívolo, pero es cierto que sería una publicidad buenísima para nosotros —dijo Herman.

—¿Ahora me voy a convertir en un anuncio? —preguntó asombrada—. Además, no sé si va a volver a pasar.

—Eso es cierto, puede quedar como una loca —dijo Portia—. Además, para hacer publicidad no nos necesitaba a nosotros. —Todos se volvieron hacia ella. —¿No os lo habéis preguntado? ¿Por qué necesita a un ejército a su lado? ¿Por qué se ha encontrado con los templarios? Si esto le hubiera pasado en Nueva York hubiera ido al médico y después de hacerle mil pruebas, de que su padre el ricachón hubiera consultado esto con un montón de expertos, su caso hubiera acabado en manos de algún cardenal que hubiera llamado a su jefe. Pero la encontramos nosotros, ¿qué probabilidades había?

Se miraron los unos a los otros y Jeffrey asintió. —Creo que tienes razón. Creo que su aparición tiene que ver con los templarios directamente.

Anne entró en la habitación con una dulce sonrisa en los labios. —¿Cómo te encuentras?

Asombrada parpadeó. —Pues no sé qué decirte, la verdad.

Sonrió aún más. —Siento haber sido tan grosera a tu llegada, pero no me creía nada.

—¿Y ahora has cambiado de opinión?

—Claro.

—¿Ves? Muchos creerán —dijo Herman.

—¡Oye, majo, no pienso dejar que explotéis esto como si fuera un reclamo publicitario!

—No creo que Hugo esté de acuerdo tampoco.

Exasperada miró a Anne. —¡No le llames Hugo!

—Se llama así.

—¡Se llama Grantleigh, Hugo es el nombre que poneis desde hace siglos a un montón de templarios y él es especial!

Todos se la quedaron mirando.

—¿Qué?

—¿Por qué piensas que es especial? —preguntó Jeffrey.

—Porque lo es.

—¿Qué le diferencia de los demás aparte de ser el jefe? Además, tú casi no conoces a ningún templario, ¿por qué has dicho que es especial?

Tenía que reconocer que Jeffrey estaba en lo cierto. —Pues… No lo sé. Será que para mí es especial.

—Una santa y el jefe de los templarios —dijo Anne—. ¿Cómo creéis que serán sus hijos?

Herman sonrió malicioso. —Todo unos guerreros con la divinidad y la fuerza necesaria para luchar contra sus enemigos.

Uy, uy, que aquello cada vez pintaba peor… —¡No vais a utilizar a mis hijos! —gritó sobresaltándoles a todos y quitándoles la sonrisa de la cara.

—Alguien tiene que hacer nuestro trabajo cuando ya no estemos —dijo Portia.

Entrecerró los ojos. —¡No pienso dejar que mis hijos vivan así!

—¿Así cómo? —preguntó Herman como si hubiera dicho un sacrilegio.

—Mira, mira… ¡No te hagas el tonto, que ya estoy bastante de los nervios!

Portia dio un paso al frente. —¿Qué te creías que iba a pasar si estabas con Grantleigh? ¿Que viviríais en un paraíso eterno, maja? ¡Esta es la vida real, no un cuento de Disney!

Apretó los labios. —No pienso dejar que maten a mis hijos —dijo entre dientes—. ¡Ahora todos fuera de mi habitación!

Herman suspiró y dijo —Madeleine, ¿no crees que debe descansar un poco?

La doctora sacó una jeringuilla de su maletín. —Ya verás, esto te va a sentar muy bien.

—¡Ni de coña! —Se puso de pie en la cama. —¡No me vais a drogar para que trague con todo lo que decís!

Anne no salía de su asombro. —¿Pero qué os creéis que estáis haciendo? —gritó furiosa deteniéndolos a todos—. ¿Cómo os atrevéis a contradecirla?

Herman se sonrojó. —Solo pretendía que se relajara, es evidente que está de los nervios.

—Fuera de la habitación —siseó Anne—. ¡Todos!

Madeleine salió a toda prisa al igual que los demás. Herman la miró incómodo. —No pretendía contradecirte.

Ella no contestó y él preocupado salió lentamente de la habitación. Anne le sonrió. —Todos estamos algo sorprendidos y emocionados por lo que te ocurre. —Se acercó a ella. —Gracias a ti hemos renovado nuestra fe, te aseguro que lo necesitábamos, lo necesitábamos muchísimo.

Se le cortó el aliento. —Igual es eso.

—¿Qué?

—Igual solo necesitabais una señal de que no estáis solos y yo soy esa señal. Hala, ¿ya os habéis enterado? —Anne asintió haciéndola sonreír radiante. Del alivio se dejó caer sobre las almohadas. —Pues mi misión no ha sido para tanto.

Mirándola como si hubiera perdido un tornillo forzó una sonrisa. —Claro que no, ¿a qué ha sido fácil?

—Chupado.

—¿Por qué no duermes una siestecita?

—Sí, porque estoy cansada. Este viaje me ha dado un poco de estrés, una siestecita es lo que necesito.

—Descansa, te llamaré en un par de horas.

—Genial, gracias. —De repente se sentó. —¡Dejé a Grantleigh al teléfono!

Anne se acercó. —No pasa nada, todo está bien.

—¿Seguro? —Dejó que la tumbara de nuevo.

—Hablarás con él después.

—Pero pensará que me ha pasado algo.

—No te preocupes, Portia ya ha hablado con él y sabe que estás bien.

—¿Seguro?

Sonrió. —Sí, seguro.

Mirándola a los ojos susurró —Me alegro de que ahora seamos amigas.

Anne acarició sus rizos. —Yo también me alegro, estaba harta de estar furiosa con el mundo.

Sus ojos se cerraron. —Mi madre me acariciaba el cabello así cuando era niña. —Durmiéndose susurró —La echo de menos.

Anne apretó los labios antes de susurrar —Yo también echo de menos a los míos, niña. Mucho de menos.

Se volvió y su mano cayó sobre algo duro. Abrió los ojos y al ver a Grantleigh tumbado a su lado preguntó —¿Aún estoy soñando?

Él sonrió. —No, nena.

—No, no… —Gimió. —¿Has vuelto a casa por mí?

La abrazó pegándola a él. —No pasa nada. Los demás se encargan, ya habíamos encontrado la bomba.

—¿Y dónde estaba?

—Bajo un paso de Semana Santa.

—¿Un paso?

—Llevan a la virgen sobre una plataforma para sacarla en procesión. Muchos hombres van debajo para trasladarla, estaba bajo un falso techo.

—Es horrible.

—Puede que no los pillemos, pero lo hemos evitado, en otra ocasión les cogeremos.

—Lo siento, cielo. —Se quedaron en silencio varios minutos. —Supongo que te lo han contado.

—Sí. Joder, nena, y aunque Madeleine me ha dicho que todo va bien, necesito que me lo digas tú.

—Estoy bien. —Acarició su pecho y levantó la cabeza. —¿Por qué estás aún vestido?

Él sonrió. —Tú también te has acostado vestida. Además, es casi la hora de la cena.

—¿Y quién necesita alimentarse tan a menudo? —preguntó levantando su camiseta.

Grantleigh se echó a reír. —Después de la cena tenemos una reunión de trabajo.

Su mano se detuvo en seco y elevó la vista hasta él. —Perdón, majo, ¿qué has dicho?

Él acarició uno de sus rizos. —Además, no tengo condones.

Bufó sentándose. —Te lo han dicho. Te han contado esa teoría sobre que nuestros hijos serán los soldados de Dios del futuro, ¿no? —preguntó mosqueada.

—También me han contado lo que piensas al respecto, por eso he pensado en los condones. —Le mostró que tenía una alianza antes de coger su mano. —Todavía estás a tiempo, preciosa, pero si te pongo este anillo no habrá vuelta atrás, siempre estaremos juntos.

Emocionada susurró —Eso ya no lo cambiaría nadie, te quiero en mi vida.

Él sonrió y le puso la alianza en el dedo. Rita sonriendo mientras lloraba de la emoción se miró la mano. —Ahora sí que me siento casada—. Se acercó a él y le dio un suave beso que le supo a gloria. —¿Y el tuyo?

Grantleigh apretó los labios. —No me lo puedo poner, ya lo sabes. Nada…

—Que pueda interferir en vuestra misión y una alianza va diciendo a gritos que estás casado.

—Lo siento, pero también es una manera de protegerte.

—No importa. —Se abrazó a él. —Quiero tener hijos.

—¿Pero?

Esperaba que lo que le iba a decir no le ofendiera. —Pero no quiero que acaben como tú.

—Eso sería imposible de evitar, nacerían en este mundo.

—Lo sé, pero no pudimos elegir y quiero que ellos sí puedan.

—No tenemos que pensar en eso ahora. Compraré condones…

—¡No!

Grantleigh sonrió divertido. —Nena, ¿quieres tenerlos ya?

—Tenemos que matar a todos esos mamones con sangre de Judas y largarnos de aquí con nuestros churumbeles cagando leches.

—Siempre aparecen más.

Gruñó. —Es como una lucha del bien contra el mal.

—Bueno, nosotros a veces también hacemos cosas que están mal para evitar más mal aún.

—¡Pero está justificado, como esos polis que se infiltran en las bandas y a veces hasta se drogan para que les crean de los suyos! ¡Y luego zas, dos tiros entre ceja y ceja, eso los que no acaban en el trullo!

—Yo no podría haberlo dicho mejor. —Metió la mano bajo su camiseta. —Nena si yo trabajara para él… FBI por ejemplo, ¿estarías tan en desacuerdo en que nuestros hijos trabajaran en lo mismo?

Entrecerró los ojos. —No es lo mismo.

—La comparación la has puesto tú.

—Los del FBI tienen familias.

—Nosotros estamos formando una.

—Los niños no tienen que ocultar la identidad de su padre.

—A veces…

—¡Vale, lo he pillado!

—Nuestra familia será distinta a otras, pero será una familia. Y te aseguro que hemos aprendido mucho de cómo se comportan esos cabrones, ahora estamos mucho más protegidos de lo que estábamos antes.

—A tu hermano…

—Mi hermano cometió un error que le costó la vida. Te aseguro que ninguno de los templarios de la actualidad cometerá el mismo error. —Lo dijo con tanta frialdad que tuvo la sensación de que dirigiendo a sus hombres tenía mano de hierro.

—No dejarán de buscarte.

—No, ni a mí ni a ninguno de los míos, lo que pasó en el avión es buena prueba de ello. Nunca podremos confiarnos.

—Y los niños nunca tendrán amigos, ni irán al colegio.

—Su educación será distinta a la que tuviste tú, pero Portia fue a la universidad. En cuanto sepan lo que pueden y no pueden hacer, podrán salir al mundo exterior. Además, alguno de mis hombres tiene hijos.

—Pero no están aquí. —Él elevó una ceja. —Entiendo, son como esas familias de la CIA, ¿no?

—Algo así.

—Tienen dos identidades.

—A veces funciona.

—Genial. Me da que eso no nos pasará a nosotros.

—Nena, soy el jefe, que pueda ocultarme a mis propios hijos será bastante difícil. Tengo que vivir en la central.

—Mierda —dijo por lo bajo—. Así que estamos en el mismo punto. Si tenemos hijos deberán vivir aquí y acabarán como tú.

—O como tú —dijo divertido.

Jadeó. —No fastidies. —Entrecerró los ojos. —No lo había pensado…

—Nena, no le des más vueltas, dejémonos llevar.

—No, no serán santos, eso no se hereda. —Se llevó la mano al pecho. —Eso si tengo hijos, que igual soy una de esas santas mártires que mueren por sus creencias.

—Nena, no jodas, ¿hablamos de otra cosa?

Le miró a los ojos y soltó una risita. —¿Crees en serio que voy a dejar que esos me maten? Cielo, ahora que te he pillado no te librarás de mí.

Él sonrió tumbándola en la cama y la besó suavemente en los labios. —Más te vale que no me dejes, preciosa, porque eso me cabrearía muchísimo.

# Capítulo 9

Bajaron a cenar y la sorprendió un poco que fuera Grantleigh quien se sentara a la cabecera, Herman se sentó a su derecha y ella al otro lado. Estaba claro que si Grantleigh estaba en casa él mandaba, pero no tenía muy claro quién mandaba cuando él no estaba, porque Anne esa tarde había demostrado que podía con todos… Eso era algo que tendría que preguntarle cuando estuvieran a solas.

—¿Así que todo fue bien en Sevilla? —preguntó Herman.

—¿Podemos hablar de otra cosa que no sea trabajo? —sugirió ella.

Todos carraspearon. —Claro que sí —dijo el hermano de Portia, que al parecer había regresado con su marido.

—¿Habéis visto la última de Chris Hemsworth?

La miraron como si hablara en chino.

—Ya sabéis, Thor.

—Oh… —dijo Will—. Soy un ferviente seguidor de la saga Marvel.

—No es de la saga, es de un atraco o algo así.

—Pues no, no la he visto.

—Igual si no vieras tantas películas, majo, encontrarías más información que pudiera ayudarme —dijo Portia entre dientes.

—Vamos… —Rita rio. —Hay más vida tras esas paredes, ¿lo sabéis?

—Eso dicen —dijo Portia antes de que Antonella entrara en el comedor con una fuente de pasta.

Gimió de gusto. —Huele de maravilla. Cariño, quiero tener Netflix.

Los ojos de Will brillaron. —¿De veras? ¿Me darás la clave?

—Claro.

—¿Qué es Netflix? —preguntó el anciano.

—Series, películas… Entretenimiento.

—Aquí hay mucho entretenimiento, hay biblioteca.

Portia rio por lo bajo. —Una auténtica juerga.

—Hablando de juergas, ¿cuándo os habéis corrido la última? —Miró a Jeffrey. —En público, no hablo de un par de cervezas dando la lengua, hablo de una juerga en condiciones estilo Resacón en las Vegas.

Se miraron los unos a los otros.

—Habéis visto esa película, ¿no?

—¿Es nueva? —preguntó Madeleine.

—¡No! —Miró a Will. —¿De veras no la has visto?

Se sonrojó. —Empecé a verla, pero Herman me sorprendió cuando salió el chino en pelotas del maletero.

Imaginando la cara del viejo, se echó a reír a carcajadas.

—Nena, ¿tan divertida es?

—Sí, de hecho se han producido varias, aunque para mí la mejor es la primera.

—Yo soy más de cine clásico —dijo Jeffrey—. Por cierto, el otro día repusieron Gilda.

Sonrió. —A mi madre le encanta la Hayworth.

—Una mujer preciosa —dijo Herman—. Mucho más hermosa que en la pantalla y era encantadora.

Asombrada le miró. —¿La conociste?

El anciano sonrió. —Estaba en una gala del cine y yo estaba trabajando.

Se llevó la mano al pecho. —Dime que no conociste a John Wayne.

—Nena, ¿por qué no cenas? —Le sirvió unos espaguetis.

—¿Quién más estaba en la gala esa? Venga, no te guardes nada.

—Pues sí que estaba John Wayne, Kirk Douglas, Gary Cooper, Lauren Bacall…

—¡Oh, Dios mío! —gritó excitadísima—. ¿Y hablaste con ellos?

—Con algunos, Marylin Monroe era mucho más inteligente de lo que pensaba la gente y Ava Garner… Oh, por ella habría dejado los hábitos. —Rio por lo bajo. —Es broma.

—Ava Garner… Impresionante. ¿Y qué fuiste a hacer allí?

—Seguía a un hijo de Judas. Lo maté en el almacén del hotel donde se daba la fiesta, se hacía pasar por camarero.

—¿Y cómo diste con él?

—Por casualidad, salía del hotel donde me hospedaba y le vi al otro lado de la calle. Ya habíamos coincidido en otra ocasión, ese cerdo casi me mata, así que le identifiqué enseguida. Afortunadamente no me vio cuando le seguí y me llevó hasta su madriguera. No me costó averiguar sus pasos y me enteré de que iba a trabajar de camarero en la fiesta. Sabía que estaría distraído buscando a su objetivo.

—¿Y quién era su objetivo?

—Un senador de los Estados Unidos.

Separó los labios de la impresión.

—Nena, ¿no decías que no habláramos de trabajo?

—Eso es historia.

—Cena.

Cogió el tenedor. —Cuéntame Herman, ¿cuándo te retiraste?

—Yo no me retiraré nunca, niña.

Con la boca llena miró hacia Grantleigh que reprimió una sonrisa.

—Esto se lleva en la sangre —dijo con orgullo.

—Pues yo espero jubilarme algún día —dijo Will.

—¿Cariño?

Grantleigh dejó la copa de vino ante su plato. —Sí, preciosa, yo también espero jubilarme.

—¿Con cuarenta?

—No te pases…

Sonrió y se metió unos espaguetis en la boca.

Colton rio por lo bajo. —Quizás algún día.

—Dime Colton, ¿tú estás casado?

—No he tenido esa suerte, con esta profesión cuesta conocer a alguien a largo plazo. Los tres templarios que están casados conocieron a sus esposas en este mundo.

—Entiendo. —Entrecerró los ojos. —Pues yo conozco a alguien que puede que te guste.

—¿Y qué hago, la secuestro? —preguntó divertido.

Lo pensó bien mientras masticaba. Elsa era una mujer con mucho carácter y estaba sola en el mundo. De hecho, ella había sido su única familia desde que había muerto su padre dos años atrás, la debía echar mucho de menos. Y allí era necesaria. Además, si no se llevaba bien con Colton había otros hombres que podían llegar a congeniar con ella. —Sí —respondió dejando a Grantleigh con la boca abierta—. Podrías secuestrarla, aunque no creo que lo necesites porque con decirle que la estoy esperando se subirá al primer avión. —Y como si nada siguió comiendo.

Colton carraspeó. —¿Y cómo es?

—Preciosa, con un corazón de oro y la persona más fiel que conozco.

El hermano de Portia entrecerró los ojos como si se lo estuviera pensando.

—Es una pena que no tenga mi móvil, podría enseñarte una foto.

Portia se levantó a toda prisa y salió corriendo. —¿A dónde va?

—A por el ordenador, nena, te clonamos el móvil hace mucho tiempo. Seguro que tiene las fotos en la base de datos.

—¿Me clonasteis el teléfono?

—Necesitábamos saber quién eras. Fue una sorpresa encontrarte y teníamos que averiguar todo lo posible sobre ti.

—Ah… Pues me mosquea. —Cogió su copa de vino. Estaba delicioso.

Portia llegó corriendo y le puso el ordenador delante. Mientras ella comía negaba con la cabeza mientras ella pasaba las fotos. Se emocionó al ver las fotos de la última cena con su familia. —¿Puedes imprimírmelas?

Portia sonrió. —Claro que sí.

Entonces apareció ella con Elsa en su anterior cumpleaños. —Es ella.

Su nueva amiga hizo una mueca mirando a aquella rubia de ojos azules. —Tenía que habérmelo imaginado, os llevabais muy bien, nos dimos cuenta de inmediato de la confianza que teníais la una con la otra.

Giró el ordenador hacia su hermano que aunque intentaba aparentar que le daba igual estaba de lo más impaciente. Colton carraspeó. —Es hermosa.

—Por dentro y por fuera, majo.

—Nena, ¿no quieres esta vida y te traes a tu amiga?

Se sonrojó antes de fulminar a Grantleigh con la mirada. —¿Qué has dicho?

—Solo era un comentario.

—¡Ella querría estar conmigo!

—¿Cómo se llama? —preguntó Colton cada vez más interesado.

—Elsa Garner —contestó Portia—. Era su asistenta y su mejor amiga. De hecho, iba a su casa hasta los fines de semana.

—Pobrecita, ahora debe estar buscando trabajo y no lo ha tenido fácil en la vida.

—Oye, ¿y no conocerás a alguien para mí? —preguntó Madeleine.

—No, lo siento, del sexo masculino tengo menos opciones porque mis hermanos no vivirían aquí ni muertos. No os ofendáis.

—Vaya…

—¿Y para mí?

Miró hacia Jeffrey sintiéndose fatal por no haber pensado en él para Elsa. —Cuando mi amiga llegue, ya decidirá. —Le guiñó un ojo.

—Eh… —protestó Colton.

—Oye, no os conoce, igual contigo no congenia y lo hace con él. ¿O te piensas que después de renunciar a su vida se va a quedar para vestir santos?

Portia asintió. —Es lo justo. Incluso puede que se enamore de otro de los templarios.

—Eso es —dijo ella—. Primero que venga y luego ya veremos.

—Nena, ¿estás segura?

Pensó en ello seriamente. Conociendo a su amiga debía estar muy triste sin ella, prácticamente era la única persona con la que se relacionaba porque el resto del tiempo se lo pasaba en su piso pintando. —Oh, cariño hay que comprarle óleos y esas cosas, es artista.

—¿De veras? —preguntó Jeffrey más interesado aún.

—¡Venga ya! —dijo Colton mosqueado.

—¿Qué pasa?

—Jeffrey también tiene esa afición —contestó su marido reprimiendo la risa.

—¿Qué pasa, temes un poco de competencia? —preguntó Jeffrey divertido. Era evidente que entre los suyos se soltaba más y eso le gustaba.

—¿Competencia? Claro que no.

—Pues nos vamos. —Se levantó y miró a su jefe.

—Nena, última oportunidad. El avión está en el hangar.

Miró a Colton y a Jeffrey antes de asentir. —Decidle que le pido que venga en mi busca, si no os cree decidle que hace dos años le regalé unas braguitas rosas de Victoria Secret. —Se echó a reír. —Con lo vergonzosa que es, la cara que va a poner cuando se lo digáis.

—¿Alguna cosa más? —preguntó Colton.

—Yo ya sé todo lo que necesitamos —dijo Jeffrey yendo decidido hacia la puerta.

Asombrada miró a Portia y esta hizo una mueca. —Me di cuenta de que le gustaba en los seguimientos que le hicimos cuando apareciste en nuestras vidas.

—Joder, como esto no funcione se va a liar —dijo Grantleigh por lo bajo.

Ella cogió su mano. —Va a salir bien, lo presiento.

—Pues si mi nueva sobrina está tan convencida es que va a salir bien. —Anne sonrió.

—¿Ahora sois amigas? —Grantleigh apartó su plato.

—Tu mujer ha sido toda una revelación.

Después de la deliciosa tarta que Antonella les sirvió de postre, estaba tan llena que se sentó en el sofá mientras Grantleigh y Herman hablaban de trabajo con una copa de coñac en el sofá de enfrente. Portia se puso a hojear un libro y como los demás se

habían retirado a sus habitaciones, Anne se sentó a su lado. De pronto le tendió unos papeles. —Mira esto.

—¿Qué es? —En cada folio había un montón de fotos de hombres distintos. —¿Mejor dicho quiénes son?

—Hijos de Judas.

—No fastidies. —Pasó una hoja y otra y otra. —Pero si son un montón.

—Y esos son los que estamos seguros que pertenecen a la organización porque fueron captados por alguna cámara de vigilancia cuando huían del lugar del crimen. Mira a ver si conoces a alguien, ¿quieres? A veces tenemos suerte.

—Tía no le enseñes eso ahora.

—No pasa nada, cielo. No me importa. —Miró las fotos muy atentamente. Algunas parecían antiguas y se dio cuenta por el estilo de la ropa. —Esta foto tiene al menos veinte años.

—Es la foto más reciente que tenemos de cada sujeto —contestó Herman.

Ella pasó la hoja y se echó a reír. —Venga ya…

Grantleigh se tensó. —¿Qué pasa, nena?

—¿Es una broma? —Volvió la hoja y se echó a reír. —Muy bueno, Portia.

—No sé de qué hablas.

Perdió la sonrisa poco a poco. —¿No lo has hecho tú?

—¿El qué? —Miró la foto. —¿Conoces a ese tipo?

Miró la foto de nuevo y dijo para sí —Tiene que ser él…

Grantleigh se acercó a ella a toda prisa. —Nena, ¿le conoces? Esto es importantísimo. Este tipo fue quien mató a la madre de Jeffrey.

Separó los labios de la impresión. —Se llama Donald Williamson, es mi padrino y el mejor amigo de mi padre. Hace tres años que no le veo porque se ha mudado a México, a una gran finca

que tiene allí. Vendió su empresa y ahora vive la vida como él dice. Ha invitado a mis padres a su casa varias veces.

Grantleigh atónito miró a su tía que también estaba impresionada. —Hugo, al fin le encontramos.

—¿Sabes dónde está esa finca?

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Pero no puede haber matado a nadie. Es muy agradable y siempre he creído que es buena persona.

—Nena, ese hombre es el jefe de los hijos de Judas. Le llamamos Belial.

—No, no puede ser.

—¿Sabes la dirección?

—Sé la ciudad donde está, se llama Punta Mita. Tienen una mansión preciosa que da a una playa impresionante, así la describió mi padre.

—Hijo de puta —dijo Herman entre dientes poniéndose en pie.

—Tiene cinco hijos. —Angustiada dejó caer el folio. —Fui al colegio con su hija Alejandra.

—Está claro que el Señor te eligió por muchas razones —dijo Herman antes de mirar a Grantleigh—. ¿Qué vas a hacer?

—¿Qué voy a hacer? Ir allí y matar a ese cabrón.

Se levantó muy nerviosa. —¿Estás seguro de que el hombre de la foto…?

—¡Sí, estoy seguro! —gritó perdiendo los nervios.

Cerró la boca en el acto. ¿Es que acaso no entendía como se sentía con todo aquello? Su enfado la dejó helada. Pálida dio un paso atrás y él apretó los puños como si intentara contenerse. —Nena…

Salió corriendo y subió los escalones como una exhalación.

—Joder… —Grantleigh se pasó la mano por la nuca. —Perfecto, lo estás haciendo de puta madre.

—Chico, lo entenderá. Es un asesino despiadado y debemos librarnos de él cuanto antes.

Se volvió hacia su tía. —Mucha casualidad, ¿no crees?

—Estaba pensando exactamente lo mismo. ¿La ahijada de nuestro enemigo? Es como si nos hubiera tocado la lotería.

—¿Creéis que es una trampa? —preguntó el anciano.

—No. —Grantleigh se pasó la mano por la nuca. —Como has dicho, creo que el Señor nos ha echado una mano y ella es la clave para un nuevo futuro.

Anne se levantó del sofá. —¿Entonces qué pasa, hijo?

—Que tendremos que investigar a su padre, porque dudo que el señor Biderman no supiera nada de los temas tan turbios en los que estaba metido su amigo del alma, si tenían una amistad tan fuerte como para nombrar padrino a ese cabrón.

Abrió la puerta y no estaba en la habitación sino en la terraza mirando la piscina iluminada. Él se acercó. —Nena, no quería gritarte, todo esto me ha sorprendido, lo siento.

—No solo lo he perdido todo, sino que voy a ser responsable de la muerte de mi padrino.

—Es un asesino despiadado que ha matado o mandado matar a muchos de los nuestros.

—Por favor, júrame que esa foto no está equivocada.

—Fue sacada por la cámara que estaba en la casa de Jeffrey, no hay duda de que fue él porque estaba solo. Fue directamente a torturar y matar a una mujer que hizo lo posible por proteger a sus hijos. Merece la muerte y es lo que va a tener.

Asintió apretando la balaustrada con ambas manos. —Una vez me regaló una muñeca de porcelana, ¿sabes? Era tan hermosa con su vestido de terciopelo granate que no quería tocarla. Se pasó en mi estantería muchos años, hasta que me fui a la universidad.

Cuando regresé en navidades habían cambiado toda mi habitación y la habían decorado de nuevo. Por lo único que pregunté fue por esa muñeca, me disgustó muchísimo no verla. —Se quedó en silencio unos minutos. —Siempre se ha portado muy bien conmigo.

Él la abrazó por la espalda. —¿Qué pasó con la muñeca?

—Está en el desván de mis padres, aún metida en esa caja. Cuando acabé la universidad y decoré mi piso, ni me acordé de esas cosas.

—¿Ves, nena? Todo pasa. —La besó en la sien. —No quiero que te roben más lágrimas.

—Tengo miedo.

—¿Por qué preciosa?

—Por mi padre.

Él se tensó y Rita se apartó un poco para mirarle. —Sospechas de él, ¿no es cierto?

—Se le investigará.

—Júrame que no le tocarás.

—No puedo jurarte eso.

—¡Grantleigh, es mi padre!

—¿Qué sabes, nena?

—Nada, te lo juro. He trabajado en la empresa desde que salí de la universidad y no he visto nada raro. Y entre nosotros jamás he visto u oído algo que pueda llevarme a pensar que pueda estar implicado.

—Entonces no tienes de qué preocuparte. —La besó suavemente en los labios.

—¿Te vas a ir otra vez?

—No, nena. Voy a llamar a los chicos, si es quien creemos que es, su casa estará fortificada. Además, esperaremos a que llegue Colton.

Ella entró en la habitación y se quitó la camiseta.

Grantleigh apretó los labios y después de entrar cerró las puertas de cristal. —No te cabrees.

—No estoy cabreada, estoy disgustada. ¿Sabes cómo me sentiré como te equivoques?

—¿Ese hombre de la foto es tu padrino?

—Sí —respondió a regañadientes.

—Pues no hay más que hablar.

—Perfecto, esto es perfecto. —Abrió el pantalón y entró en el vestidor donde había la poca ropa que Portia le había dado. Cogió una camiseta blanca de Grantleigh y cuando salió de allí lo hizo con ella puesta.

Su marido gruñó. —Lo he pillado, nena.

—Perfecto, porque a mí no me tocas más hasta que me asegures que vas a dejar en paz a mi familia. —Se metió en la cama dándole la espalda.

Él juró por lo bajo. —Empezamos nuestro matrimonio increíblemente bien.

—No sé de qué te extrañas cuando desde que te conozco he visto tu muerte, me han intentado matar y me has secuestrado… No, este matrimonio no tenía buena pinta cuando todo ha ido mal desde que nos conocimos.

—Pues ya no hay vuelta atrás.

Ella se mantuvo en silencio mientras él se desvestía.

—¿Nena? No olvides que estamos casados, preciosa.

—No lo olvido —susurró.

Él suspiró tumbándose en la cama. —En este momento te juraría por mi vida que dejaría a un lado a tu padre si estuviera implicado, pero no puedo hacerlo, preciosa. Tengo un deber con los míos, un deber con Dios y pienso llegar hasta el final porque con dejar a una sola de esas serpientes viva, peligraría cualquiera de nosotros. Eso te incluye a ti, nena, y eso no pienso consentirlo. —La abrazó pegándola a él. —Sé que estás asustada, que todo esto ha

ocurrido tan rápido que no te da tiempo a adaptarte cuando ya pasa lo siguiente, pero llegará un momento en el que…

—¿Que maten a mi padrino me dé igual?

Él carraspeó. —Olvídalo.

Pensó en ello. —Hasta ahora lo mejor de todo esto era poder estar contigo. Intentaba apartar de mi mente que he dejado atrás a mi familia, que no sé qué les ocurre, que seguramente mi madre se pasa llorando la mitad del día porque no sabe si estoy viva o muerta y que he acabado viviendo en un mundo que es un aislamiento continuo. Intento aceptar que seguramente solo me relacionaré con vuestra gente el resto de mi vida, que puede que te pierda en cualquier momento y que me quedaré sola porque seguramente no tendremos hijos.

—Nena, para que eso pasara tendría que haberme puesto condón.

Suspiró. —Otra cosa que aceptar.

—Rita mírame.

Se volvió y se miraron a los ojos. Él acarició su sien apartando uno de sus rizos. —El sacrificio que hacemos tiene un fin.

—Lo sé.

—Y desde que estamos juntos tengo un miedo atroz a perderte.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿De veras?

—Sí, por eso voy a matar a tu padrino.

Puso los ojos en blanco y él sonrió abrazándola más. —Y mataré a cualquiera que sea una amenaza. No creo que tu padre esté implicado, porque sino cuando estuve en Nueva York hubiera acabado conmigo, tuvo tiempo de sobra. Pero tengo la sensación de que fue utilizado de alguna manera.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, tu padre es empresario y los hijos de Judas se financian por diversos sistemas, ya lo sabes.

Entrecerró los ojos. —En eso puedo ayudar. —De repente sonrió. —Dudo que hayan quitado mi clave de la empresa. Puedo revisar las cuentas y las empresas que colaboran con nosotros.

—Estupendo, nena. —La besó suavemente en los labios antes de subir hasta sus párpados y besarlos también. —Pero ahora duerme.

—¿Estás de broma? —Se levantó antes de que pudiera evitarlo y fue hasta la puerta. La abrió y gritó —¡Portia! ¡Mueve el culo y trae el ordenador, tenemos trabajo! ¡Vamos a exculpar a mi padre!

# Capítulo 10

Se despertó en la cama y parpadeó porque no recordaba haber llegado allí. Estaba en la biblioteca. ¿O no? Lo último de lo que fue consciente es que las cifras ya le bailaban en la pantalla. Se sentó y miró a un lado. Grantleigh no estaba. Mosqueada por si se había ido corrió fuera de la habitación y gritó acercándose a la barandilla. —¡Grantleigh!

Un hombre guapísimo pasó tras ella mirándole las piernas que dejaba al aire la camiseta que llevaba puesta. Se sonrojó. —Buenos días…

—Tardes. —Sonrió de oreja a oreja. —¿Quién eres, bonita?

Genial, era un ligón de primera, solo había que verle. —Soy Rita, la esposa de Grantleigh, tu jefe. Y una santa, o eso dicen todos. ¿Ves mi halo? Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Oh… Soy David. —Dio un paso atrás agachando la cabeza. Carraspeó. —Mejor me voy, que seguro que el jefe me está esperando.

—¡Sí, llevo esperando una hora! —gritó Grantleigh desde el hall.

Ella se volvió sonriendo. —Cariño, estás aquí.

—Nena, ¿no deberías vestirte?

David pasó al lado de su jefe. —Qué suerte tienen algunos.

Grantleigh sonrió mirándola. —Sí que la tengo. Preciosa, te has saltado el desayuno.

—Seguro que Antonella me ha guardado algo. ¿Han llegado todos?

—Falta uno, Colton, que probablemente llegará mañana, pero ya podemos empezar con los preparativos.

—Pues esperar, que tengo algo que contaros.

Salió corriendo y Grantleigh miró a David que aún seguía ante la puerta de la biblioteca mirando hacia arriba. —¿Qué haces?

—¿Tiene hermanas?

—Entra de una vez.

Escucharon un portazo arriba y vieron correr a su mujer hacia las escaleras que bajó como una exhalación. Solo se había puesto un pantalón corto y con el pelo revuelto y esa cara de sueño estaba preciosa. Sonrió radiante. —Ya estoy aquí.

Grantleigh carraspeó. —Nena, ¿no quieres ir a ponerte algo más elegante para conocerles a todos?

—Estamos entre amigos y en casa, no seas tan rígido. —Entró en la biblioteca.

—Eso jefe, no seas tan rígido, en casa no hay que llevar etiqueta… Ni sujetador.

—Cierra el pico —dijo entre dientes entrando tras ella.

Cinco de sus hombres habían interrumpido sus conversaciones para mirarla y alguno como Josh tenía la boca abierta. —Tíos, ella es mi esposa, Rita.

Esta sonrió de oreja a oreja. —Encantada. —Levantó los deditos para saludarles.

—Nena… —Señaló a un rubio muy alto que estaba hablando con un hombre de aspecto hindú. —Él es Mario y Amit. —Pasó a los que estaban sentados en el sofá que claramente eran iguales y a uno ya lo conocía. —Los gemelos Leonard y Albert. —Señaló a un hombre que tenía rapada la cabeza y mostraba fuertes músculos. —Esben y ese que está con cara de idiota es Josh.

—Así que con Colton, David y tú ya estáis todos.

—Sí, así es.

—No parece una santa —dijo Josh mirándola de arriba abajo.

—Te aseguro que lo es. —Portia entró en la biblioteca con cara de sueño y el ordenador en la mano. —Y es un genio con las cifras. —Puso el ordenador en la mesa y la miró. —¿Se lo digo?

—Sí, sí —dijo emocionada cogiendo la mano de Grantleigh—. Esto te va a dejar de piedra.

Sonrió haciendo parpadear a algunos de sus hombres. —Estoy deseando oírlo.

—Supongo que ya estáis al tanto de lo que ha pasado.

—El jefe nos lo estaba explicando cuando le reclamaron a gritos, nunca me hubiera imaginado que una santa pudiera gritar tanto —dijo Josh—. Y tampoco me hubiera imaginado que una santa tuviera su aspecto, la vida aún puede sorprendernos.

—¿Este que es el listillo del grupo? —preguntó Rita por lo bajo.

—Ya lo vas pillando.

—Como yo aún no estaba —dijo David—, puedes empezar desde el principio —dijo caminando hacia uno de los sillones y sentándose.

—Bien, el hecho es el siguiente. Encontramos a la santa en Nueva York cuando Grantleigh estaba en una misión.

—Eh, no me llames la santa.

Chasqueó la lengua. —Oh, sí, perdona. La santa le espiaba por un telescopio.

Todos miraron hacia ella y se puso como un tomate. —Sáltate esa parte.

Portia sonrió con malicia. —Qué más quisieras. —Miró a los chicos. —Pero el jefe ya había descubierto que… ¿Adivinar? Sí, que era una santa. Cuando está relajada le sale un halo en la cabeza que es como un anuncio luminoso. Increíble que no se lo hubieran descubierto antes, la verdad.

—Sí que es increíble —dijo ella pensativa—. Os aseguro que me he relajado millones de veces antes de conoceros.

—No había pensado en eso, preciosa.

—Bueno, dejemos eso para más adelante —dijo Portia como si no tuviera importancia.

—No, no, eso es importante —dijo Esben—. ¿Y si le sale desde que vio a Grantleigh? Puede que ahí arriba decidieran que había que accionar algo en la santa para captar nuestra atención.

—¡Me llamo Rita!

—Eso sería muy lógico —dijo uno de los gemelos, no sabía cuál porque siendo iguales no los diferenciaba—. Una señal luminosa, Grantleigh tenía que fijarse en ella.

Confundida miró a su marido. —¿Entonces no soy una santa?

—Sí, nena, cuando lloraste sangre nos quedó más que claro.

—Hostia, eso es toda una señal —dijo David.

No sabía por qué, pero que no la consideraban santa la molestaba un poco. Igual era porque si no lo era no sabía qué rayos haría ella allí en el futuro. —Sí, sí que es toda una señal —dijo molesta—. ¿Continuamos?

—Bueno, pues al jefe se le ocurrió que simular su asesinato nos proporcionaría la oportunidad de llevárnosla y que los hijos de Judas creyéndole muerto no contaran con él para futuras misiones. Ella por supuesto al ver el asesinato se asustaría y diría que sí a todas las patrañas que le contáramos con tal de salvar el pescuezo.

Levantó una ceja mirando a su marido que carraspeó. —Pero eres más dura de pelar de lo que pensaba, preciosa.

—Lo soy.

—Como no quiso largarse con el jefe en su momento, tuvimos que rescatarla en la isla donde la envió su padre para que se mantuviera alejada de la prensa, porque él es un pez gordo y temía que la pusieran verde por voyeur.

—¡Eh, es normal mirar a un hombre tan guapo! ¿Pero a ti qué te pasa?

Portia reprimió la risa. —¿Puedo continuar?

Gruñó en respuesta haciendo reír por lo bajo a varios de los hombres.

—Bueno, abreviando, el padre de la santa tiene un amigo del alma que es este. —Puso su foto en el portátil y todos se tensaron.

—Ahora entiendo porque el Señor la ha enviado a nosotros —dijo David con cara de querer matar—. ¿Dónde está? ¿En Nueva York?

—No —dijo Grantleigh—. Está en México, su nombre real es Donald Williamson y es un rico empresario. Nos trasladaremos allí y haremos un operativo. Os quiero a todos en esto.

—¿Alguien ha pensado que puede ser una trampa? —preguntó el otro gemelo.

Grantleigh asintió. —Sí que lo hemos pensado, pero el padre de Rita es inocente.

—Sí, y puedo demostrarlo —dijo radiante—. ¿Portia?

—Gracias a la clave de Rita en la empresa de su padre, hemos accedido a las cuentas de la compañía y también hemos conseguido entrar en sus negocios particulares. Rita ya conocía las cuentas de la empresa, pero aun así repasó las cifras por si se le había pasado algo. Decidimos centrarnos en los negocios personales de su padre y los descubrimos todos por su declaración de la renta, este hombre lo declara todo, no hemos encontrado nada bajo manga. Y algunos de esos negocios sorprendieron a Rita porque no tenía ni idea de que estaba metido en ellos. Así llegamos a que tiene algunos tratos a medias con Williamson, seguramente porque el padre de Rita se sintió obligado debido a su amistad. Son minucias, como algunas lavanderías por la ciudad o un par de restaurantes de barrio que funcionan muy bien. Pero… Eso nos ha llevado a esto. —En la pantalla mostró una foto sacada por Google Maps. La foto de una de las lavanderías.

Grantleigh entrecerró los ojos. —Conozco ese sitio, está a una manzana de mi casa en Nueva York.

—Sí —dijo ella encantada de la vida—. Y adivina, lleva cerrada desde que yo me mudé al barrio. Aunque no pone que está cerrada, claro, el horario consta en la puerta, pero hay un cartel que dice vuelvo en cinco minutos y allí nunca aparece nadie. Pensaba que habían embargado el local o algo así, pero no.

—Blanquean el dinero.

—Y parte de ese dinero le llegaba puntualmente al padre de Rita como socio de la lavandería. Con la ayuda de nuestra santa, pude acceder al ordenador personal de su padre y descubrimos un contrato privado escaneado, en el que consta la sociedad a un cincuenta por ciento con Brothers Filding, una empresa fantasma que obviamente pertenece a Williamson y así consta en el registro mercantil.

—Tu padre pensaba que se asociaba con él para lo de las lavanderías —dijo Grantleigh.

—Sí, pero le engañaron de alguna manera para que fuera él quien constara como propietario de ellas ante hacienda y el registro mercantil.

—Pusieron al señor Biderman como propietario único ante la ley, aunque en su contrato privado no consta como dueño de pleno derecho.

—Williamson no consta en los papeles oficiales en ese negocio —dijo David.

—Exacto. El otro porcentaje de la empresa está a nombre de Brothers Filding, una sociedad fantasma con sede en Panamá.

—¿Habéis seguido el rastro del dinero?

Ambas sonrieron. —Y hemos llegado a una empresa en Dubái. Esta envía una sustanciosa cantidad de dinero periódicamente a la cuenta de la lavandería y de ahí la parte del señor Biderman, pero sin que el padre de Rita se entere, el resto del dinero se va a otras seis cuentas, todas a Suiza —dijo Portia—. Rita ha encontrado seis empresas de los hijos de Judas y de esas empresas hay varias ramificaciones que seguimos investigando.

Pero… Y esto os va a encantar, hemos descubierto de donde sale el dinero de Dubái.

—No jodas —dijo Josh—. ¿Cómo lo habéis descubierto?

—Porque Rita ha podido acceder a la cuenta. La cuenta central donde se recibe todo el dinero de la organización y luego se reparte entre distintas cuentas para blanquearlo.

Todos miraron hacia ella. —Pidieron la clave y metí el cumpleaños de mi padrino, y lo recordaba porque una vez mi padre le organizó la fiesta y yo me encargué de enviar las invitaciones. Además, es fácil, el once del once de mil novecientos sesenta y ocho. Lo del sesenta y ocho lo sé porque tiene la misma edad que mi padre.

—¡Metió la clave y bum! Allí teníamos a todos los que pasaban dinero a la organización. —Mostró una pantalla con datos bancarios. —Y el padre de Rita no da dinero, no le hemos encontrado, pero sí que hemos dado con doscientos seis tíos que dan pasta a dolor. La mayor donación, por decirlo así, es de veinte millones de dólares y no solo una vez, veinte millones al mes.

—Es alguien muy rico —dijo Grantleigh.

—Solo tenemos que seguir su rastro y tendremos a quienes mantienen a esos cabrones. —Portia estaba loca de contenta. —Y esto no es una trampa como lo de Panamá. Trampa que descubrió Rita, por cierto.

—No fue nada, chicos, no tenéis que darme las gracias por descubrir la organización con la inestimable ayuda de Portia.

—Cierto, amiga. Menos mal que nos tienen a nosotras.

Se echaron a reír y chocaron las palmas antes de mirar a los hombres que no parecían nada contentos. —Vaya, parece que no les ha hecho mucha gracia —dijo Rita entre dientes sin perder la sonrisa.

—Hombres, ya sabes cómo son —susurró.

Intentó disimular porque su marido tenía una cara de cabreo que no podía con ella. —Bueno, nosotras continuaremos con

nuestras investigaciones para daros los datos de los que ponen la pasta y vosotros os vais a México a localizar la casa, aunque en eso también podemos ayudar un poquito… —Miró de reojo a Portia que gimió poniendo la casa en la pantalla. —Es esta, la hemos encontrado con Google maps.

—Nena, ¿y cómo sabes que es esa?

Señaló la casa pintada de azul que daba a la playa. —Su esposa es aficionada al paddle, pero que muy aficionada. De hecho, gracias al deporte tiene un cuerpazo para su edad. Esa es la única casa que tiene pista propia. —Señaló la esquina. —¿La veis? Bueno, si no la veis os digo que está ahí, no hemos podido sacar una captura de pantalla mejor.

—Joder… —dijo uno de los gemelos. Rio sin ganas—. ¿No es la hostia? Llevamos años dejándonos la piel para encontrar a ese cabrón y nos lo pone en bandeja en unos días.

—Bueno, es santa, esa debe ser su función —dijo Josh.

—Ya, claro —dijo Grantleigh—. Sacar planos de la zona, posibles vías de escape y quiero imágenes aéreas de la casa.

—Me pongo con ello, jefe —dijo Portia encantada haciéndoles gruñir de nuevo—. ¡Eh! Yo no voy a pegar un solo tiro, así que vosotros finalizaréis la misión. ¡Sin vosotros nunca se terminaría el trabajo!

Varios sonrieron. —Eso es cierto.

—Nosotras somos el cerebro y vosotros la mano ejecutora —dijo Rita emocionada haciendo que todos la miraran—. Bueno, no podemos vivir los unos sin los otros, es lo que quería decir.

—Nena, ¿por qué no te vas a comer algo?

Jadeó. —¿Me estás echando?

—¡Es que estás hundiendo la moral de mis hombres!

—¡Qué va! ¡Son templarios, una leyenda!

Grantleigh dio un paso hacia ella. —Largo.

—Vale, cómo te pones. —Entonces chilló de la alegría. —No tendrás que matar a mi padre, ¿a que es una noticia buenísima?

Él sonrió. —Sí, nena, es una noticia buenísima.

Le dio un beso. —Voy a ver qué me ha preparado Antonella. Tengo que recuperar energías.

Cuando salió él perdió la sonrisa mirando a sus hombres. —Es la mejor oportunidad que tendremos nunca, no quiero un solo error.

Al salir de la biblioteca cruzó el hall y fue hacia el salón donde Will estaba con su ordenador. —Hola, ¿en qué trabajas?

Miró tras ella como si esperara que la siguiera alguien. —En nada, yo solo uso el ordenador para chatear con las churris online, ¿qué tal la reunión? —preguntó distraído.

Se detuvo antes de entrar en el comedor, no sabía si podía contarlo por ahí, así que dijo —Solo me han presentado a los demás.

—Ajá… Supongo que si me necesitan, me lo dirán.

—Claro —dijo escurriendo el bulto y entrando en el comedor donde la mesa ya estaba puesta para todos para comer. Pasó de allí a la cocina donde Antonella estaba tomándose un café.

—Oh, niña, tienes ahí unas tostadas con jamón ibérico.

—Gracias, gracias… —Cogió una y le dio un mordisco. Gimió de gusto.

—Te gusta, ¿eh? Los chicos han traído ese jamón de España, siempre traen cuando van.

—Oh, pero será para ellos —dijo algo incómoda mirando con pena la tostada.

—Tú eres de la familia, lo que traen es para todos, ya que nosotros casi no salimos.

Sonrió y se sentó a la mesa con su plato. Antonella le puso delante una taza de café con leche. —Me he fijado que para ti es un poco fuerte.

—Gracias, eres muy amable.

Se sentó a su lado. —¿Te encuentras mejor?

Se sonrojó, era evidente que en esa casa su vida era un libro abierto. —Sí, gracias.

—He pasado por lo mismo que tú, ¿sabes?

La miró sin entender mientras masticaba.

—A mi padre le mataron los templarios.

No pudo disimular su sorpresa y horror.

—Sí, fue horrible. Les traicionó por dinero, jamás se lo perdonaré. Por su culpa murieron tres de los nuestros en distintas misiones.

—Lo siento mucho, pero mi padre no es culpable, solo le están utilizando.

Sonrió. —Me alegro, es muy difícil pasar por algo así.

—¿Cómo pudiste superarlo? ¿Cómo pudiste perdonarles y cuidarles cada día?

—No fue difícil, la mala decisión la tomó mi padre y pagó las consecuencias. Me he criado aquí, he convivido con todos y a muchos les he visto crecer, son como mis niños. El padre de Grantleigh habló conmigo cuando ya le habían sorprendido traicionándoles y me explicó lo que pasaría. Lo entendí, llevan toda la vida ocultándose para salvar sus vidas y no pueden consentir que alguien les traicione. Por mucho que me dolió, tuve que reconocer que tenían razón, hay que atajar el mal.

—Yo no sé si lo llevaría tan bien, creo que el rencor haría mella en mí.

—Durante mucho tiempo no podía entender cómo mi padre había llegado a eso. Son nuestra familia, pero mi madre había muerto el año anterior y no era el de siempre.

—¿Cómo dieron con él? Si la casa es tan segura desde hace tanto tiempo…

—Mi padre era la mano derecha del padre de Grantleigh, siempre le acompañaba a sus viajes. Nunca dio esta dirección, supongo que por protegerme a mí, pero sí que les dio otras informaciones que les expusieron y que no tenían nada que ver con la localización del jefe para no levantar sospechas.

—Entiendo, era como Jeffrey que acompaña a Grantleigh.

—Su escudero —dijo con una sonrisa.

Sonrió a su vez. —Sí… Lo siento mucho, Antonella.

—Esto ya pasó hace años.

—¿Te vigilaron?

—¿Después de la muerte de mi padre?

—Sí.

—No, jamás dudaron de mí. Me apoyaron muchísimo, sobre todo la madre de Grantleigh, éramos muy amigas a pesar de que me llevaba unos años. Supongo que como aquí no hay muchas mujeres nos apoyamos la una en la otra.

—¿Qué fue de ella?

—Vive alejada de todo y de todos. Solo Grantleigh sabe su paradero.

Se le cortó el aliento. —Para que esté segura.

—Exacto.

—Debe ser muy duro.

—Es exactamente lo mismo que has hecho tú y tu familia. Ellos han renunciado a ti por tu seguridad. Es un acto de amor, el más puro que harán jamás.

Emocionada asintió. Intentando no mostrar su dolor mordió la tostada y después de tragar preguntó —¿No te has casado?

—Sí, estuve casada —dijo con pena—. Se llamaba Antoan y era uno de ellos.

Se le cortó el aliento. —¿Era templario?

—Sí, y de los buenos —dijo con orgullo—. Pero seis meses después de la muerte de mi padre, le mataron cuando estaba en una misión en París. Fue una emboscada.

—¿Una emboscada?

—Le sorprendieron trasladando armamento para una misión que llevaban preparando mucho tiempo. Se me revuelven las entrañas de pensar que mi padre tuvo algo que ver, que pudo exponerle por alguna información que hubiera dado en el pasado.

—Entiendo, es como el efecto mariposa, una acción puede provocar muchas otras.

—Exacto, yo no lo hubiera explicado mejor. —Pensativa se quedó mirando su vaso. —Muchas veces he pensado que puede que alguno de los nuestros que murieron en el pasado, podrían haber impedido su muerte de alguna manera. Pero eran pocos y...

—¿Eran pocos?

—En aquella época perdimos bastantes, en cinco años quedaron dos.

Se le cortó el aliento. —¿Y cómo salieron adelante?

—Grantleigh tomó el mando. Tenía diecisiete años. En quince años que lleva al mando, solo ha perdido a su hermano. Son el mejor grupo que haya habido nunca y jamás se ha acabado con más hijos de Judas que ahora.

Impresionada susurró —Creí que durante una época habían estado más tranquilos, pero que la muerte de Jonah había provocado…

—Durante un tiempo desde la muerte de su padre no atacamos tanto, es cierto que se relajaron, pero no por temor o porque no les importara su función, se prepararon porque el jefe se negaba a perder a nadie más de la manera en la que murió su padre. Se dio cuenta de muchas cosas a pesar de lo joven que era cuando asumió el mando.

—No te entiendo.

—Los hijos de Judas cada vez están mejor preparados y Grantley se dio cuenta de que ellos se estaban quedando atrás, así que se instruyeron. Todos son expertos en artes marciales, se contrató a varios ex seal para que les instruyeran como debe ser. Ellos ya tenían la formación que les habían dado aquí, pero Grantleigh quería que fueran los mejores, y vaya si lo son. Expertos en armas, idiomas, combate en el cuerpo a cuerpo y todos saben detonar bombas. La instrucción es continua, siempre hay alguno aprendiendo algo con alguno de nuestros asesinos a sueldo.

—¿Asesinos a sueldo?

—Después de salir de los seal, hay muchas opciones y esa es la mejor pagada.

—Entiendo.

—Nena…

Volvió la cabeza hacia Grantleigh que estaba en la puerta. —¿Has terminado? Queremos hacerte unas preguntas.

—Sí, claro. —Se metió el último pedazo de tostada en la boca. —Lista. —Se levantó. —Gracias por el desayuno, Antonella.

—Ha sido un placer.

Fue hasta Grantleigh y este le pasó la mano por los hombros. —¿Estás bien?

—Ha tenido una vida dura.

Él apretó los labios. —Sí, preciosa, la ha tenido. Pero no ha querido irse a ningún otro sitio, aunque se lo hemos propuesto. Dice que este es su hogar y lo defenderemos hasta la muerte porque ella sea feliz.

Fueron hasta la puerta de la biblioteca y susurró —Antes Will me ha preguntado qué tal la reunión.

Frunció el ceño. —¿De veras?

—Sí, no le he dicho nada y él contestó que ya le llamaríais si le necesitabais. ¿Por qué está aquí?

La cogió por el brazo y tiró de ella hasta una puerta que era un despacho. En cuanto entró cerró con llave.

—¿No te fías de él?

—Me fío de él, lo que no quiero es que tú desconfíes de todos y te sientas segura. Las personas que están aquí, han demostrado de sobra su compromiso con los templarios.

—Pues te ha extrañado que Will preguntara.

—Porque Will no suele meterse donde no le llaman, eso lo aprendió de pequeño.

—¿Dónde le encontraste?

—¿Cómo sabes que no es hijo de alguno de los nuestros?

—¿Un ratero entre vosotros? Dudo que os hubieran enseñado a robar.

Sonrió. —Muy lista. —Fue hasta el escritorio y se sentó en el borde. —Le encontré en un barrio de Singapur cuanto tenía doce años. Ya era un experto limpiando turistas y me salvó la vida.

—¿Cómo?

—Metió la mano en el bolsillo de uno de los hijos de Judas. Tenía la foto de Colton y también encontró el equivalente en dólares de Singapur a mil dólares americanos.

—Supongo que para él eso era una fortuna.

—Exactamente.

—¿Qué hizo?

—Buscar a Colton, sabía que iba a sacar más pasta. Hablando con sus conocidos le encontró en una hora. Una hora, nena. ¿Sabes todo el trabajo que nos ahorró buscando a esos cabrones?

—¿Y qué pasó después de que liquidarais el asunto?

—Le ofrecí trabajo. Y nos ha sido esencial, sobre todo en los bajos fondos. Will tiene un don, maleante que conoce, maleante que le considera un amigo y le cuenta todo lo que podemos necesitar.

—Entiendo, así que os es muy útil.

—Mucho.

—Pero te mantiene alerta, a mí no me engañas.

—No dudo que si se siente traicionado, dolido...

—Os traicione a vosotros.

—Por venganza sí, pero mientras todo vaya bien no hay nadie más de fiar que él.

Hizo una mueca. —Supongo que todos somos así.

—No, nena, hay personas que jamás se vengarían porque saben muy bien que después de la satisfacción inicial, eso solo lleva al remordimiento y la culpa.

Se acercó a él y le abrazó por la cintura. —Lo siento, no es que quiera dudar de tus hombres, tú sabes lo que tienes que hacer y les conoces muy bien.

—Entiendo que dudes de todos, que estés alerta, pero aquí estás segura. —La besó en la coronilla antes de suspirar. —Tenemos que volver.

—Sí, los chicos están esperando.

—¿Sabes que les has caído muy bien?

—Venga ya, no pueden ni verme, soy la santa que he venido a molestar.

Él rio. —Nena, te aseguro que a mí no me molestas en absoluto.

# Capítulo 11

Le hicieron mil preguntas sobre su vida antes de conocer a Grantleigh, sobre su familia, su trabajo, sus amigos… Leche, le hicieron un tercer grado digno de la Gestapo. Pero es que no se detuvieron ahí, después de hablar de su vida tuvo que hablar de la de Donald, cuántos hijos tenía, empresas que ella conociera, socios, hasta les interesó los regalos que le habían hecho a su padrino en sus cumpleaños y si le habían gustado.

—¿Un libro de qué? —preguntó Josh.

—Un libro de poemas de John Milton. Era una edición muy antigua con todos sus poemas, le encantó. Es muy aficionado a la poesía.

Los hombres se miraron como si no se lo pudieran creer.

—¿Qué pasa, que un asesino no puede apreciar el arte o la literatura? —Se le cortó el aliento. —Un libro de poemas…

—Nena, ¿qué pasa?

—Recuerdo que leyó uno de ellos. Uno que decía algo así: Aunque mi alma se ha inclinado para servir a mi creador…

Portia tecleó a toda prisa y continuó por ella —Y presentarle mis disculpas, ¿qué trabajo él mandaría ya que me negó la luz?

—¡Eso! Cuando llegó ahí sonrió irónico. Recuerdo que dijo una frase, Dios no necesita ni la obra del hombre ni sus dones, quienes mejor soporten su leve yugo le sirven, pero también le sirven quienes solo están de pie y esperan. Fue algo así.

—Esa última frase está al final del soneto —dijo Portia—. En medio va: su mandato es noble, miles se apresuran a su llamada y

recorren tierra y mar sin descanso.

—¿Habla de nosotros? —preguntó Josh.

—Pero también le sirven quienes solo están en pie y esperan. Ahí termina el soneto.

—¿Y ese libro se lo regaló tu padre? —preguntó uno de los gemelos.

—Bueno, seguro que en el libro hay mil poemas más que no tienen nada que ver con Dios, fue una casualidad.

Grantleigh caminó por la biblioteca pensativo y nerviosa dijo —Cariño, te aseguro que mi padre no ha leído un verso en su vida, ni sabía lo que había en ese libro.

—No estaba pensando en eso, estaba pensando en el trasfondo del poema.

—La decepción con Dios —dijo Josh.

—Exacto. Me negó la luz.

Ella asintió. —Perdió algo que le importaba mucho.

—Y su fe se debilitó.

Pensó en ello. —Recuerdo que una vez siendo muy pequeña jugaba en la terraza y los hombres estaban en el salón. Todos estaban muy tristes, pero no recuerdo por qué. Solo sé que Lois, la hija mayor de Donald no dejaba de llorar. —Recordó ese momento y dijo pensativa —Debe ser el primer recuerdo que tengo, ¿no es extraño?

—Estoy accediendo al registro civil —dijo Portia tecleando—. ¡Bingo! Su hijo mayor, Donald, murió por una leucemia con doce años.

Frunció el ceño. —No le recuerdo y no recuerdo que hablaran de él nunca en los años siguientes.

Los ojos de Portia brillaron. —¿Adivinar quien cayó en una depresión y tuvo que ser ingresado?

—Por eso no se hablaba de su hijo —dijo Amit—. Para no recordarle su duelo.

Ella agachó la vista y se miró las manos. —Me da pena.

—Es lógico que te dé pena, eres una santa —dijo Josh—, pero ese cabrón eligió la peor manera de vengarse de Dios, ¿no crees? Es un asesino y debe pagar.

—¿Pero cómo se metió en la organización hasta llegar a liderarla?

—Nena, ¿cómo se llega arriba en cualquier empresa? Trabajando para ellos como un cabrón.

Se le cortó el aliento. —Matando.

—Y consiguiéndoles dinero. Portia busca cualquier cosa que haya de ese hombre en la red, amigos, socios…

—Sí, jefe, lo conseguiré todo, no te preocupes.

—Esta noche volveremos a reunirnos para analizar la información y decidir la estrategia. Podéis ir a comer y descansar… —Miró su reloj de pulsera. —Tenéis unas seis horas antes de la reunión, para entonces Colton ya estará aquí.

La gente fue saliendo de la biblioteca y ella se acercó impaciente. —¿Ya te han llamado? ¿Traen a Elsa?

Él hizo una mueca. —Nena, sí que la traen, lo que no sé es si estará muy contenta.

Abrió el maletero. Su amiga mirándola con los ojos como platos estaba amordazada, con las manos y los pies atados. Se volvió hacia los chicos porque su amiga no dejaba de gritar una y otra vez. —¿En serio?

—No estaba muy dispuesta a venir. Lo de las bragas rojas la puso algo nerviosa —dijo Jeffrey—. Y creo que mi cara también.

—¡Eran rosas! ¡Rosas! —Se acercó a su amiga y le bajó la mordaza. —¿Estás bien?

—¡Pero qué coño es esto! —gritó a los cuatro vientos.

—¿Cabreada?

—¡Me he meado encima, hostia! ¡Este tenía un cuchillo!

Colton hizo una mueca. —Con algo tenía que amenazarla.

—Empezáis genial —dijo por lo bajo.

—Jefa, es que no nos lo puso fácil. En su edificio hasta la vieja del tercero estaba armada. Tuvimos que esquivar unas cuantas balas, te lo aseguro.

—¿Te ha llamado jefa? ¿Este psicópata te ha llamado jefa? ¿Pero tú de qué vas, de capo de la mafia? —Entrecerró los ojos. —Me tienes de lo más sorprendida, jamás pensé que fueras como tu padre.

Se tensó. —¿Por qué dices eso?

—¡Porque no es buena gente! —De repente Grantleigh apareció tras Rita. —Leche, el muerto.

—¿Me conoces?

—Ay, madre… ¡Rita, en qué me has metido!

—¿Por qué crees que no es buena gente? —preguntó Grantleigh.

—¿Qué?

—Que vayas al grano, Elsa.

La miró a los ojos. —El día en que te llevaron a casa después de ir al depósito, tu estabas en la habitación duchándote y tu padre se quedó en el salón. Me pidió un whisky y después de que se lo serví fui a la cocina. Iba a salir con un té para ti cuando le oí hablando por teléfono, así que esperé. Dijo que lo que habías provocado era un jodido incordio y que sabía que solo darías problemas, eso no lo dice un padre.

Sintió un nudo en la garganta que amenazaba con ahogarla y se volvió para mirar a Grantleigh. —Mi padre no quería que me metiera en líos que salpicaran a la empresa, seguro que era un abogado.

—No —dijo su amiga interrumpiéndola—. Porque conozco a su abogado y no se llama Laurence. ¿O lo ha cambiado?

Su corazón dio un vuelco. —¿Qué?

—¿Seguro que dijo Laurence? —preguntó Jeffrey—. ¿Estás totalmente segura?

—¡Claro que sí!

—¿Y por qué no se lo contaste a Rita? —preguntó Grantleigh fríamente.

—¡Porque es su hija, por Dios! ¡No quería darle el disgusto! Cuando colgó y salí a llevarle el té a Rita, dijo que quería hablar conmigo un momento y fue cuando me dio indicaciones precisas. No podía ir con ella a la isla, porque su esposa se reuniría con Rita allí. Que necesitaban tiempo a solas. Al principio lo vi normal por toda la presión a la que estaba sometida, pero cuando desapareció y pensaron que era un secuestro… Ahí empecé a darme cuenta de que había cosas raras, como que no parecía tan preocupado como debería y llegué a pensar que tenía algo que ver en todo lo ocurrido.

—¿Te diste cuenta de que había muchas cosas extrañas?

Pálida por lo que esas palabras implicaban dijo —Mi padre me quiere.

Su amiga apretó los labios.

—¿Tú no lo crees? —preguntó Colton.

—Antes de toda esta historia no es que su padre le hiciera mucho caso y casi nunca se mostraba cariñoso con ella. Siempre la ha tratado distinta a todos los demás.

Grantleigh entrecerró los ojos —¿Cómo de distinta?

Su amiga la miró a los ojos y apretó los labios. —Nunca era suficiente, siempre la hacía trabajar hasta las tantas, jamás una palabra de aliento.

Rita avergonzada apartó la mirada.

—Sabes que tengo razón. Por cierto, ¿alguien puede soltarme?

Jeffrey se acercó y cortó las bridas que la ataban. Gimió estirándose y Jeffrey la cogió en brazos para sacarla del coche.

Cuando la dejó de pie ante Rita se sujetó en él. —Capullo, me duele todo.

—Lo siento.

—Mierda, se me habían dormido las piernas, siento mil agujas recorriéndolas.

—Se te pasará enseguida —dijo Grantleigh muy serio.

—Tú eres el sensible del grupo, ¿a que sí?

—Nena, ¿eso es cierto? ¿Tu relación con tu padre no siempre ha sido buena?

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Mi padre me quiere.

—No te he preguntado eso.

Le miró sorprendida. —¿Me estás interrogando?

La cogió por el brazo. —Cuéntame cómo era tu relación con él antes de mi muerte en Nueva York.

Con rabia siseó —Buena.

—¡Solo intentas protegerle!

—Jefe, la has traído aquí y tengo la sensación de que todo es una trampa. —Colton gritó —¡Vigilad el perímetro!

Jeffrey salió corriendo. Grantleigh la agarró del brazo. —¿Me has mentido?

—¡No!

—¡Al salón, ahora!

Rita miró con rencor a su amiga antes de ir hacia la entrada de la casa que había por el garaje.

—¡Eh, a mí no me mires así! ¡Eres tú la que me has secuestrado!

—¡Has puesto en peligro a mi padre!

—¿Yo he puesto en peligro a tu padre? ¡Creo que se ha puesto en peligro solito! ¿Pero a ti qué te pasa? ¿No recuerdas las últimas navidades? ¡Ni te invitó a la cena con la familia porque no habías terminado unos balances! ¡Es un capullo arrogante!

Entraron en el salón y Elsa se detuvo en seco al ver a tanto hombre junto.

—¿Y cómo se llevaba Rita con su madre? —preguntó Grantleigh cerrando la puerta.

Carraspeó intentando ignorar tanta mirada. —Esa era distinta. La quiere, pero jamás le llevaría la contraria a su marido.

—¡Cállate!

—¡Mira, no te traicionaría por nada del mundo, pero tengo la sensación de que esto es muy importante y por salvar tu vida haré lo que sea! —Se volvió hacia Grantleigh. —¿Cómo era su madre con ella? Ella y sus hermanos solo hacen lo que dice el jefe. Si él dice que no, es que no. Su hermano Jack es quien más la protege, quien más la quiere, pero no es de demostrárselo mucho. De hecho, en su cumpleaños hace unos meses no la llamó nadie.

—Nos vimos en la empresa, me invitaron a comer —siseó furiosa.

—¡Deja de protegerles, llevas haciéndolo toda la vida! ¡Si estás aquí es por su culpa!

—Cierto —dijo Grantleigh—. Si tu padre no hubiera cedido en Nueva York no estarías aquí.

Palideció. —No, no te ha tendido una trampa. ¿Acaso no soy santa? ¿Acaso no me encontraste tú?

—Sí. —Se volvió hacia Portia. —Recuérdame por qué elegimos ese apartamento en Manhattan.

—Porque estaba en la misma calle que nuestro objetivo —dijo mirándola con rencor.

—Exacto, un peón que no importaba sacrificar para conseguir al rey —dijo Josh sacando su arma de la espalda—. Fue un anzuelo, jefe y te lo tragaste. Esto no me gusta nada, ya decía yo que todo lo que decía esta era demasiado fácil.

—¿Queréis escucharme? —preguntó empezando a desesperarse porque era evidente que no la creían—. ¿Por qué mi padre iba a entregarme a vosotros?

—Para liquidarnos a todos a la vez —dijo uno de los gemelos —. ¡Para seguiros hasta aquí y acabar con todos nosotros!

—¡Y cómo sabía mi padre que iba a interesaros!

Portia separó sus labios. —Porque sabía que eras una santa.

—Oye, cuando esta dice santa, ¿se refiere a santa de la iglesia católica? ¿Santa como santa Teresa de Calcuta? —preguntó Elsa pasmada.

Ignorándola gritó —¡A ver si os aclaráis! ¿Estáis diciendo que mi padre vio mi halo y no me llevó al médico?

—No, si sabía lo que eras no te llevaría a ningún sitio —dijo Mario muy serio—. Puede que tú supieras lo que eras y todo esto sea un plan muy calculado. Esa azafata pudo decir dónde estaba Grantleigh en Nueva York y te pusieron en su camino para que viera tu divinidad.

Separó los labios de la impresión. —Estáis locos. —Rio sin ganas y miró a su marido. —Esto es la leche, ahora dudan de mí. —Al ver que estaba tan serio, perdió el poco color que tenía en el rostro. —¿Dudas de mí? —Entonces cientos de heridas que levantaban su carne recorrieron su frente haciéndola gritar llevándose la mano allí.

Anne entró en ese momento y se llevó la mano a la boca al ver la sangre entre sus dedos.

Grantleigh palideció y dio un paso hacia ella. —¿Nena?

Temblando apartó la mano para mostrar la sangre. —¿Qué me habéis hecho?

—El estigma de la corona de espinos —dijo Anne impresionada.

Gritó de nuevo arqueándose hacia atrás y la sangre manchó su camiseta en su espalda en distintas direcciones como si le hubieran dado decenas de latigazos. La sangre empezó a recorrer su rostro y entonces gritó desgarrada mirándose las manos, todos vieron los agujeros.

Elsa gritó de miedo cogiéndola por los brazos. —¿Qué te pasa? Por favor, ayudadla —les rogó.

Grantleigh la cogió en brazos a toda prisa y gritó llamando a Madeleine.

—Yo no he hecho nada. —Sollozó mirándose las manos con horror. —¡Yo no he hecho nada! —Gritó cogiéndose el costado con fuerza y a Grantleigh casi se le cayó de los brazos. La tumbó en la cama y en cuanto le quitó las deportivas Rita gritó salpicando la colcha con la sangre que salió de sus pies por los profundos agujeros que aparecieron de repente. Grantleigh se llevó las manos a la cabeza y Rita alargó los brazos rogándole con la mirada. —Ayúdame.

—Una mártir —dijo Elsa con los ojos llenos de lágrimas—. Como muchos que son santificados.

Portia entró en la habitación con la doctora que corrió hacia la cama. Los gritos de Rita eran desgarradores y la doctora levantó la camiseta para mostrar una profunda herida en el costado de la que manaba mucha sangre. —La herida del costado fue la que mató a Jesús.

—Dichosos los que creen sin haber visto —dijo Rita sin fuerzas antes de gritar arqueando su espalda de una manera que pensaron que se rompería, pero de repente se desmayó cayendo en la cama ya empapada con su sangre.

—Dios mío… —dijo Portia —. Esto es culpa nuestra.

—Cállate —dijo su hermano entrando en la habitación—. ¡Madeleine ayúdala!

—Esto es culpa nuestra por no creer en ella. —Portia sollozó. —Dudamos de ella. Hace unos minutos hasta pensé que su santidad era falsa, todos lo pensamos.

Grantleigh se llevó las manos a la cabeza. —¡Cállate!

—El Señor nos ha castigado.

—¡La ha castigado a ella! —gritó Grantleigh fuera de sí.

—Ha sido una lección. Una maldita lección para todos.

—¡Mirad! —gritó la doctora.

Todos miraron hacia ella y vieron como las heridas de su frente se cerraban poco a poco hasta desaparecer por completo igual que la gran herida en su costado y los agujeros en sus manos o en sus pies.

—¿Rita? —Grantleigh se acercó a ella a toda prisa y cogió su mano. —Nena, ¿me oyes?

—Hijo, déjala un momento.

—Ha perdido muchísima sangre —dijo Elsa—. ¡Deberíamos llevarla al hospital!

—Nena, ¿me oyes?

Sus ojos se abrieron poco a poco y él suspiró del alivio. —Preciosa, ¿estás bien?

Casi sin voz dijo —Has dudado de mí.

La miró angustiado. —Lo siento, pero todo esto…

Apartó su mano. —¡Qué clase de marido eres tú! —gritó dolida.

Esas palabras cayeron sobre la habitación como una bomba y nadie se pudo mover de la sorpresa.

—Sé que no he hecho bien.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y sollozó antes de decir —Me ha hablado, ha llegado el momento de una gran batalla. —Se volvió dándole la espalda demostrando que no quería ni verle. —Vete, tienes trabajo.

Grantleigh apretó los labios. —Si pudieras escucharme…

Le miró sobre su hombro con furia. —¡Te lo ordeno! —gritó imponiendo su autoridad.

Él muy tenso se levantó y salió de la habitación.

Desgarrada gritó —¡Todos fuera!

—Vamos, vamos —dijo Anne—. Tiene que descansar.

Elsa asombrada negó con la cabeza y no se movió observándola. Anne le hizo un gesto, pero no le hizo caso, así que esta salió dejándolas a solas. Rita sollozó elevando las rodillas hasta abrazarlas y Elsa sufriendo por ella liberó las lágrimas que pugnaban por salir sintiéndose horriblemente mal por haber provocado todo aquello. —Lo siento.

Rita no dijo nada. Elsa indecisa se acercó a ella y se tumbó a su espalda abrazándola sin importarle mancharse con su sangre. Su amiga sollozó desgarrada y Elsa la abrazó con más fuerza. —Siento haber dicho todas esas cosas.

—¿Por qué? No has mentido en nada. Mi padre nunca me quiso, de hecho, cuando me fui para él debió ser un alivio. Nunca le he importado.

Elsa no dijo nada durante unos segundos. —¿Es tu marido?

Sollozó más intensamente.

—Le amas, ¿verdad?

—A él solo le importan los templarios y su misión.

—Leche, ¿es cierto? ¿Son templarios? Creía que esos dos estaban chiflados.

Se volvió sobre su hombro. —¿De qué crees que iba todo esto?

—Pues de la mafia, ¿no te lo he dicho ya? Cuando me dijeron lo de los templarios creía que pensaban que era idiota y solo he tenido dudas cuando he visto lo de ahí abajo… ¿Es cierto que has hablado con él? —Sus ojos miraron hacia arriba refiriéndose al cielo. —¿Con el mandamás?

Asintió sorbiendo por la nariz.

—¿Y cómo es?

—No le he visto, solo le he oído.

—¿Y qué te ha dicho?

Sus ojos se oscurecieron. —Se acerca el fin de una era.

—¿La vamos a palmar todos?

Parpadeó. —¿Qué?

—¿Es el juicio final?

—¡No, hablaba de los templarios!

—¿De veras? A ver si lo has entendido mal.

—Que no, ha llegado el final para ellos, para los chicos.

—¿Eso significa que esos tipos de ahí abajo la van a palmar? Pues vaya mal, porque ese Jeffrey parece un buen tipo.

Separó los labios de la impresión. —¿No te importa su cicatriz?

—¿Has visto la otra parte de su rostro? ¿Sus ojos? Además, si es un templario seguro que esa cicatriz es por un buen motivo.

—Él no es un templario.

—Ah, ¿no?

—Necesitas unas lecciones sobre la vida aquí.

—Creo que la vida aquí será mil veces más interesante que la que tenía antes. Porque no podremos volver, ¿no?

—No.

Suspiró apoyando su cabeza sobre las almohadas. —Pues me da igual, mientras estés aquí.

—¿Ya se te ha pasado el cabreo?

—¿Y a ti?

Suspiró poniéndose de espaldas. —Ha dudado de mí.

—Y creo que se arrepiente.

—Nunca podré perdonarle si hace daño a mi padre, por muy capullo que haya sido es mi padre. ¿De veras dijo eso de que era un incordio?

—Sabes que jamás te mentiría —dijo muy seria.

Apretó los labios. —Cuando me despedí de él noté algo extraño, estaba mucho más cariñoso que de costumbre. Además, se tragó lo que le dijo Grantleigh del FBI.

—Amiga, creo que deberías contármelo todo desde el principio porque no sé de lo que me estás hablando.

—Sí. —Suspiró mirando el techo. —Debería haber tirado ese telescopio hace meses, aunque es evidente que el Señor tenía otros planes para mí.

# Capítulo 12

La puerta de su habitación se abrió y Grantleigh muy tenso apretó los labios al ver que ya aseada estaba sentada en la cama con los tobillos cruzados mirando al vacío. —¿Cómo estás, preciosa?

Ella no contestó y cerró la puerta sin dejar de observarla. —¿Tu amiga ya se ha ido a su habitación?

Sonó la cadena en el cuarto de baño y de pronto la puerta se abrió mostrando que estaba muy equivocado.

—Elsa, si quieres Antonella te dirá dónde está tu habitación.

—No hace falta, gracias, estoy muy bien aquí. —Se sentó al lado de ella y cogió el mando de la tele para encenderla. —Veamos si hay canal internacional o algo así.

—Es que esta es mi habitación.

—Oh… —Miró a Rita con sorpresa. —Pues tendremos que buscarnos otra cosa.

Como seguía sin decir nada, Grantleigh apretó los labios acercándose. —Nena, ¿no te encuentras bien?

—Si matas a mi padre, te mataré —dijo como si estuviera ida.

Él apretó los labios. —Elsa déjanos solos.

—Y una leche, yo no me muevo de aquí. Mi amiga me quiere a su lado y no pienso moverme.

Entrecerró los ojos antes de ir hacia la puerta y gritar —¡Jeffrey!

Elsa jadeó. —¿Pero tú de qué vas?

Su hombre apareció en la puerta.

—¡Sácala de aquí!

Sonrió. —Será un placer, jefe.

—No te atrevas a tocarme —dijo ofendida. Le amenazó con el mando—. ¡Ni te acerques!

La agarró por el brazo elevándola como si no pesara nada y se la cargó al hombro como si fuera un fardo. —¡Eh!

—Di buenas noches.

—¡Rita!

La sacó de la habitación y Grantleigh cerró la puerta. Se volvió, Rita se había tapado con la colcha incluso la cabeza. —Nena, ya me ha quedado claro que no quieres hablar conmigo, pero tú eres mi esposa, esta es mi casa y mi habitación, así que dormiremos juntos.

Rita se levantó de la cama y descalza fue hasta la puerta saliendo con un fuerte portazo. Grantleigh apretó los labios y siseó —Estupendo. —Fue tras ella y cuando abrió la puerta no la encontró. Frunciendo el ceño recorrió el pasillo y al llegar a la escalera la vio saliendo de la casa. Juró por lo bajo y bajó las escaleras a toda prisa. Cuando salió la vio en el camino en dirección a la verja. Corrió tras ella. —¿Qué estás haciendo?

—Largarme. Ya ha terminado mi misión y me largo de aquí.

La cogió por el brazo volviéndola. —¿Estás loca? Este es el único lugar donde estarás segura y…

Escucharon el sonido de un motor y ambos se giraron para ver acercarse una moto con dos hombres vestidos de negro. Se detuvieron a su lado. —¿Todo bien, jefe?

—¡No, no va todo bien! ¡Ha recorrido cien metros y porque la he detenido yo!

El que iba delante se tensó. —Lo siento, pero la cámara de la entrada mira hacia el exterior y se tardan tres minutos en ver si sale alguien.

—¡Arregladlo!

—¡Suéltame!

—Jefe, ¿necesita ayuda?

Le miró como si quisiera arrancarle la cabeza y este aceleró desapareciendo de allí en un visto y no visto.

—¡Suéltame!

—¡Me acusas de no confiar en ti, pero es que nunca he podido confiar en nadie! —gritó frustrado—. ¡Me han enseñado que si desconfías sobrevives y es algo que tengo grabado a fuego, joder! ¿Cómo quieres que me sienta cuando me entero de que tu padre está implicado en todo esto?

—¡No está implicado!

—¡Es su mejor amigo!

—¡No está implicado! ¡Le han engañado para que colabore en sus negocios, nada más!

—Y por eso no haré que le maten, pero debes entender que como descubra que colabora con ellos de alguna manera, no vivirá mucho tiempo. ¡Ahora entra en casa!

—A mí no me des órdenes —dijo entre dientes—. No olvides con quien estás hablando.

—¡Hablo con mi mujer!

Le arreó un tortazo y él entrecerró los ojos gruñendo —¿Te has quedado a gusto?

Ella gritó con frustración y dolor —¡Te odio! —Antes de darse cuenta la cogió por la cintura cargándosela al hombro. —¿Pero qué haces?

—Nena, creo que debes descansar. Has pasado mucho estrés entre milagro y milagro, seguro que eso de hablar con Dios te ha agotado.

—¿Qué?

—¡Estoy preocupado por ti, deja de darme sustos!

No salía de su asombro. —¿Que yo te doy sustos? —De repente salió volando y chilló de la sorpresa antes de caer en la

cama. Cuando apartó el cabello le miró con los ojos como platos.

—Ahora a dormir. —La besó en los labios y se tumbó a su lado apagando la luz. —Joder, qué día.

Parpadeó. —¡Soy tu jefa, tienes que obedecerme!

Él suspiró. —En un matrimonio no manda nadie. Y en el trabajo mando yo, que llevo más en esto.

—¡Yo he hablado con él, estoy por encima de ti!

—Más quisieras.

Jadeó. —¡Mando yo!

—¿Sabes disparar?

—Pues no.

—Pues eso. Este es un grupo de élite, no puedes dirigirlos. Tú dime lo que dice y yo actúo. —Levantó la cabeza. —¿O te ha dicho que nos separemos?

—Creo que tenía cosas más importantes que decirme —dijo entre dientes. Pudo ver como sonreía—. ¡No tiene gracia!

—Nena, duérmete, mañana nos vamos de viaje.

—¿Cómo que nos vamos?

—¿No pensarás que te voy a dejar aquí y perderte de vista?

—Pues sí.

—Pues no.

—¿Me vas a llevar a la misión?

—Tranquila, estarás protegida.

—Hasta ahora me has protegido de perlas —dijo con rencor.

—Nena, ni yo puedo con lo que hace el de arriba, pero hemos aprendido la lección.

—Más te vale, porque puede que la próxima vez me envíe al otro barrio y la casque como esas mártires que ahora están en los altares.

—Tranquila preciosa, que ahora ya no desconfiaré más de ti.

Se quedó en silencio unos momentos. —¿En serio?

Él se giró cogiéndola por la cintura para acercarla a su cuerpo. —En serio. Duérmete, tienes que descansar.

Apoyando la mejilla en su pecho se sintió tan a gusto, como si ese fuera sus sitio y al fin lo hubiera encontrado. Se mordió el labio inferior pensando en si decirle la verdad. —No soy hija suya. —Leche, le había salido de golpe.

Se tensó. —¿Qué has dicho?

Cerró los ojos y las lágrimas corrieron por sus mejillas. —Lo he sabido siempre. Mi madre quería una hija y ya no podía embarazarse más así que me adoptaron, pero él siempre me miró de manera distinta a los demás. Mis hermanos eran sus hijos, su orgullo, yo era… Un capricho de su mujer. Por mucho que me esforzaba nunca era suficiente. Mi madre intentaba compensarlo, pero no lo conseguía. Muchas veces consoló mis lágrimas, pero no servía de nada. Solo cuando entré en la empresa algo cambió, fue como si me apreciara más, aunque si cometía un error era implacable, no se mordía la lengua hubiera alguien delante o no. —Una lágrima cayó por su sien. —Sin embargo, cuando fingiste tu muerte me vio en un aprieto y me apoyó. —Sonrió con tristeza. —Seguramente lo hizo por la empresa, pero me apoyó y por primera vez sí me sentí su hija. Y cuando me despidió en el aeropuerto me preguntó si confiaba en ti, como si mi negativa fuera a cambiar algo, cuando él ya había decidido que me fuera contigo. Un problema menos y al fin estaba fuera de su vida.

—Nena…

—Nunca se lo he dicho a nadie.

La apartó y encendió la luz para mirarla. —¿De veras fuiste adoptada?

—Sí.

—¿Quiénes fueron tus padres?

—No lo sé, nunca me lo dijeron y si te digo la verdad yo tampoco pregunté demasiado. Una vez en mi colegio se habló de la

adopción y una niña dijo que ella nunca querría conocer a sus padres biológicos, porque si la habían abandonado es que no la querían. Se me quedó grabado y jamás volví a preguntar sobre mi adopción.

Grantleigh la abrazó. —Ahora estás conmigo, el plan de Dios era que nos conociéramos, preciosa y al fin ha ocurrido.

Se aferró a él porque le necesitaba más que a nada.

—Lo siento, nena. Siento haberte hecho daño al haber dudado de ti.

Sentada en el coche miraba a los chicos que cargaban un montón de contenedores en el jet. Su marido la había despertado a las cinco de la mañana y estaba muerta de sueño porque apenas había pegado ojo. Ya le podía haber dicho que iban a madrugar tanto.

—¿Por qué no nos dejan subir al avión? —preguntó Elsa.

—Por si hay que escapar rápidamente. Aquí la santa es muy valiosa para nosotros —dijo Portia sin dejar de teclear en el portátil.

Rita la miró. —¿En qué trabajas?

—¿Sabes lo difícil que es conseguir hotel para un congreso de medicina? Eso son un montón de médicos y al parecer en la zona hay congresos a puñados.

—Ah, que ahora somos un congreso médico.

—Curamos almas, somos más médicos que ellos. ¡Por eso deberíamos tener habitaciones!

Elsa silbó. —Alguien no se ha tomado su café por la mañana.

—¿Y despertar a Antonella? ¡Ah! —gritó sobresaltándolas—. ¡Me ha contestado el hotel!

Rita estiró el cuello. —¿Aquí tienes internet?

—Bienvenida al siglo veintiuno, maja, mi móvil comparte internet con mi portátil. A ver si damos algún cursito, que te veo

algo anticuada.

—¿A que le digo a Dios que te parta un rayo?

—No abuses de tu poder… ¡Sí! ¡Tenemos habitaciones!

—¿El hotel tiene piscina? —Las dos miraron a Elsa. —¿Qué? Nunca he estado en México, quiero ponerme morena.

—Vamos a la misión más importante de los últimos seiscientos años —dijo Portia entre dientes—. ¿Quieres estar atenta?

—¿A qué? Si yo no tengo que hacer nada.

—Claro que tienes, debes vigilar a la santa.

—¿Quieres dejar de llamarme así?

No le hicieron ni caso.

—¿Así que yo también tengo una misión?

—Y muy importante. Debes protegerla.

Elsa se volvió hacia Rita loca de contenta. —Ya tengo misión, es genial formar parte del grupo.

Observando como su marido ordenaba a sus hombres que metieran un contenedor que acababa de llegar dijo —Pues ya tienes más que hacer que yo.

—Vaya, la santa tiene una crisis de identidad.

—¡Ya no tengo nada que hacer!

—Claro que sí, puedes seguir revisando cuentas.

—Eso me interesa tanto como la física cuántica.

—Gracias a tu trabajo hemos avanzado mucho, deberías alegrarte. Tenemos al capo y a los que le financian. Desarticularemos su organización y tardarán en ponerse al día, eso nos dará un respiro. Nos has ayudado muchísimo.

Bufó. —Quiero disparar.

Sus amigas la miraron como si tuviera cuernos.

—¿Qué? Tengo que defenderme.

—Eres santa, las santas no disparan —dijo Elsa como si fuera lenta.

—Pues santa Juana de Arco la lio parda.

—Eso es cierto —dijo Portia—. Hay varios santos que fueron guerreros, San Expedito luchó contra los bárbaros.

—Y te olvidas de las cruzadas —dijo Rita con ironía haciendo que Elsa se sonrojara—. Tranquila, que en la casa hay libros de sobra para que leas sobre todos esos. —Miró hacia la ventana. —Mártires que ya no le importan a nadie.

Sus amigas se miraron. —Tú nos importas —dijo Elsa—. Y no serás una mártir, no lo permitiremos.

—¿De qué sirvió el sacrificio de siglos de tantas personas? Cada vez cree menos gente —dijo mirando a Grantleigh—. El sacrificio de vuestras familias, de vuestras vidas… Es absurdo. Es una lucha destinada al fracaso.

—Nosotros protegemos a los que quieren creer, el resto no es misión nuestra.

Pensando en ello se apretó las manos y Elsa la abrazó. Divertida preguntó —¿Y esto a qué viene?

—Lo necesitas.

—Gracias.

—¿Ahora hablamos de mí? Porque tengo dudas.

Portia y Rita se giraron dispuestas a escucharla.

—Es sobre Jeffrey.

—Te has acostado con él —dijo Portia.

—¡Qué va! Ella no… —Elsa se puso como un tomate, Rita no salía de su asombro. —¿Te has acostado con él?

—Bueno… Un poquito.

—¿Y eso cómo se hace un poquito? —preguntó Portia a punto de reírse.

—Pues él me hizo… —Las chicas dejaron caer la mandíbula del asombro. —Quería que me relajara.

—Y te quedarías a gusto.

—Pues la verdad es que sí —dijo como un tomate—. Pero es que hoy casi ni me ha mirado y… ¿Creéis que está mosqueado porque no le correspondí? Es que cuando me recuperé ya no estaba.

—Debe tener una técnica de la leche —dijo Portia asombrada —. ¿Quién lo diría de Jeffrey?

Elsa soltó una risita. —Es una maravilla.

—Chica, qué envidia —dijo Portia.

—Amiga, no soy la mejor para aconsejarte sobre sexo cuando yo acabo de… Vamos, que en eso no tengo mucha experiencia. —Se puso como un tomate cuando ambas levantaron una ceja como exigiendo explicaciones. —¡Sí, me lo ha hecho, pero yo le correspondí!

Elsa gimió. —Sabía que había metido la pata.

—Pues se lo haces en el avión. Hay baño.

—¿Y que se enteren todos? Me muero de la vergüenza.

De repente abrieron la puerta y las tres gritaron del susto. Jeffrey se agachó con el ceño fruncido. —¿Qué pasa?

—Nada —dijeron las tres a la vez a toda prisa.

—Tenéis que subir al avión.

La puerta de Rita se abrió y vio que su marido estaba esperando mirando a su alrededor. Se bajó a toda prisa y él la cogió por el hombro yendo hacia la escalerilla. —Nena, no te sientes al lado de las ventanillas.

—No te preocupes, no pasará nada.

—¿Te lo ha dicho el de arriba?

Le guiñó un ojo empezando a subir la escalerilla. Cuando entró en el avión Grantleigh cogió del brazo a Portia. —¿Qué le pasa?

—¿Aparte de que ayer estaba cabreada contigo?

—Sí, aparte de eso. Parece preocupada.

—Cree que su misión ha terminado, quiere pegar tiros.

Él apretó los labios. —¿No me digas?

—Dale algo que hacer aparte de revisar números, será lo mejor para vosotros.

Asintió antes de volverse. —¡Daos prisa, nos vamos!

Rita se sentó en la última fila por si los chicos tenían que hablar de trabajo. Portia se sentó al otro lado del pasillo con su ordenador y Elsa lo hizo ante ella. Se volvió. —¿Te importa si no me siento contigo? Es por si Jeffrey decide acercarse.

Sonrió. —Tranquila, tendremos mucho tiempo para estar juntas.

—Genial.

Los hombres empezaron a subir, parpadeó porque todos iban de traje, antes ni se había fijado.

—Aquí llegan nuestros médicos —dijo Elsa soltando una risita cuando Jeffrey caminó hacia ella decidido—. Hola, cielo.

Él se agachó y le dio un beso antes de pasar al asiento de al lado. —¿Tú también te unirás a ellos?

—No, mi misión es protegeros. Irán solo los templarios.

Elsa perdió algo la sonrisa. —Lo siento, cielo.

Hizo una mueca. —Nunca podré ir con ellos, mi cara es demasiado reconocible.

Rita miró hacia Portia que apretó los labios de la rabia. —Tu misión es la más importante de todas, amigo. Cuidas de la santa.

—Venga ya…

Jeffrey rio por lo bajo y volvió la cabeza hacia ella. —Ponte el cinturón.

Gruñó tirando de las tiras y las unió. Los hombres se fueron sentando y Grantleigh caminó hacia ella y se sentó a su lado. —Todo listo, nos vamos.

Ella agarró su mano. —¿Tendrás cuidado?

—Nena, te aseguro que nada me impedirá volver contigo. —Levantó su mano y la besó. —Jeffrey, necesitamos que las chicas

aprendan a defenderse. En cuanto regresemos quiero que las instruyas.

—Entendido, jefe.

Los ojos de Rita brillaron. —¿Me voy a instruir?

Gruñó como si no le gustara. —¿Tendrás cuidado?

—Sí, no te preocupes.

—Nena, no te pegues un tiro.

—Hecho.

El avión empezó a rodar por la pista. —Todavía no tenemos azafata —dijo Jeffrey bien alto para que lo oyeran todos—. Si queréis algo, tendréis que ir a buscarlo vosotros.

—Cariño, ¿quieres un café? —le preguntó Rita en cuanto despegaron.

—Nena, no hace falta.

—Yo también me tomaré uno a ver si me despejo.

En ese momento llegó Colton y miró a su hermana. —¿Has conseguido algo?

—Diez bungalows a pie de playa. Algunos tendrán que compartir, ya está confirmado.

—Perfecto. —Volvió la vista hacia el jefe. —Los paracaídas están revisados, lo han hecho Amit y Mario.

—Bien. Vete a descansar, llevas toda la noche trabajando.

—Tendré tiempo, es un viaje largo. —Le guiñó un ojo a su hermana antes de volver a su sitio.

Rita suspiró. —¿Vais a saltar sobre la finca?

—Es la mejor manera de sorprenderles. Lo haremos de noche.

Había algo que no dejaba de darle vueltas en la cabeza. —¿Sabéis ya quién es el Laurence con el que hablaba mi padre por teléfono?

—No, aún no. Pero para hablarle así de ti, debía ser alguien de mucha confianza.

—Sí… —Pensó en ello. —Hay que llamar a todo su registro de llamadas. —Miró hacia Portia. —¿Lo has intentado?

—No, no quería meter la pata y fastidiar la operación. Podrían olerse algo raro y que Williamson se largara de México.

—Hay algo que no entiendo…

—¿El qué, nena?

—¿Por qué esperaron a que llegara a Santo Domingo para intentar prenderme y averiguar por qué había intentado ayudarte? Eso si querían prenderme, porque aquello tenía más pinta de intento de asesinato, pero dejemos eso a un lado, ¿por qué no en Nueva York?

—¿Porque en la isla había más privacidad? —preguntó Jeffrey desde delante.

—Sí, pero si tanto interés había en saber si yo le estaba protegiendo, si querían saber por qué le ayudaba ¿por qué esperar? Son profesionales. Necesitaban esa información cuanto antes. —Se le cortó el aliento. —Mierda, y yo se la di.

—¿Qué quieres decir, nena?

—Se lo conté todo, todo lo que había pasado cuando supuestamente te atacaron. Estaba de los nervios, así que les conté todo desde que te conocí. —Asombrada miró a Grantleigh. —Mi familia y la policía sabían todo lo que yo sabía porque yo se lo conté.

—Hasta que viste el cadáver, nena.

—¿Si estuvieran implicados no hubieran intentado hablar más conmigo de este tema? Sin embargo, después de aquella noche mis padres casi no hablaron conmigo de eso… Decidieron apartarme.

—Porque eras un incordio para la empresa.

—Sí. —De repente sonrió. —Eso demuestra que ellos no tienen nada que ver. Podían haberme interrogado en casa tan ricamente y lo hubiera cantado todo dadas las circunstancias. Si me enviaron fuera fue para proteger la empresa y que no me sacaran

fotos que pudieran perjudicarla. —De repente le agarró por el brazo. —¡Ya sé quién es Laurence!

—¿Quién, nena?

—¡Hace un par de meses mi padre quiso contratar a un nuevo jefe de prensa! Yo no le conocí, pero mi hermano me dijo la semana antes de que te mataran que al fin le habían encontrado. ¿A que es él?

—Lo averiguaremos. —Elevó su mano y la besó de nuevo. —Ahora me tomaría ese café.

Loca de contenta se levantó. —Te lo traigo enseguida.

—Te acompaño —dijo Elsa siguiéndola.

—¿Me traéis uno? —preguntó Portia.

—Claro.

Cuando se alejaron Jeffrey se volvió. —¿Te crees algo?

—Está claro que quiere defender a los suyos por encima de todo. —Miró a Portia. —¿Te ha dado tiempo a averiguar algo de su padre?

—De momento está limpio, pero ya sabes cómo es esto, hay mucho que investigar.

—Tengo que saber algo cuanto antes, Portia.

Su amiga se acercó mirando de reojo el pasillo. —Lo que he averiguado… No es su padre biológico.

—Hostia —dijo Jeffrey—. No jodas.

—Mi mujer me lo dijo ayer por la noche. Eso no significa que no le quiera, es el único padre que ha conocido.

—No, no es el único.

Entrecerró los ojos. —¿Qué quieres decir? La adoptaron, no conoció a sus padres.

—Puede que no lo recuerde, pero sí que le conoció. De hecho, vivió con ellos los primeros tres años de vida. —Volvió la pantalla del ordenador para mostrar la foto de una familia. —Rita y

Glenn Miller, fallecieron en un incendio y milagrosamente su hija apareció en el jardín.

Separó los labios de la impresión. —¿Milagrosamente?

—La habitación de la niña estaba al otro lado de la casa. Era una habitación sin ventanas y tuvo que pasar a través del incendio para salvarse.

—Joder —dijo Jeffrey.

—Nadie sabe lo que ocurrió a ciencia cierta porque la casa estaba cerrada por dentro —dijo Portia.

—Un milagro. —Apretó los labios. —Un milagro.

—Su caso salió en todos los periódicos entonces. ¿Adivinar dónde vivían? En Santa María, la ciudad más grande del condado de Santa Bárbara, California. Y mirar si fue famoso el caso que hasta lo investigó el Vaticano. Pero dijeron que la niña había salido por la trampilla del perro. Perro que murió en el incendio.

—Y acabó en Nueva York —dijo Jeffrey.

Grantleigh cerró los ojos y se pasó la mano por el rostro. —Bárbara, decapitada por su propio padre por mantener su fe cristiana.

—Un rico comerciante —dijo Portia—. Eso sin mencionar que naciera en Santa María… Y el Vaticano lo dejó pasar. Acabó en sus manos, en manos del mejor amigo de nuestro enemigo, ¿no es mucha casualidad?

—Esto pinta muy mal, jefe.

—Ella no sabe nada de esto y quiero que siga siendo así, ¿me habéis entendido? Igual Dios ha decidido que su destino debía ser así para que llegara hasta nosotros y como no lo sabemos, debemos protegerla incluso de su propia historia. No quiero que sufra más, joder.

—Sí, jefe —dijo Portia—. Yo ni pío.

—Para todos sigue siendo la hija de Biderman y así debe seguir siendo. —Vieron que las chicas se acercaban charlando, llevaban una bandeja llena de cafés que fueron repartiendo entre

sus hombres. —Mirad qué contenta está porque cree que nos ha dado otra razón para librar a su padre, un cabrón que nunca la quiso como se merecía, pero eso la hace feliz y no pienso dejar que nada la decepcione. Dejemos toda esa información a un lado, de momento vamos a por su padrino y eso ya le provocará bastantes remordimientos por habernos dicho lo que sabía. —Sonrió a su mujer. —Al final habéis traído para todos.

—Pobrecitos, están agotados, enseguida prepararemos un buen desayuno para que puedan dormir con el estómago lleno —dijo sentándose a su lado y dándole el suyo antes de darle uno a Portia.

—Gracias.

—Yo puedo ser la azafata —dijo Elsa encantada—. Se me da bien cuidar a la gente.

Jeffrey frunció el ceño antes de mirar a su jefe como si esa idea no le gustara nada. —Ya veremos —dijo el jefe antes de dar un sorbo a su café—. Creo que tu misión es mucho más importante.

—¿De veras? —preguntó su amiga encantada.

—Proteger a mi mujer es mucho más importante.

—Al parecer tiene que protegerme mucha gente.

—Por nada del mundo dejaría que te pasara nada. —La besó en los labios. —¿Por qué no duermes un poco en la habitación? Esta noche no has pegado ojo.

Sonrió. —Si te has dado cuenta, es que tú tampoco has dormido mucho.

Él la besó en los labios. —Voy a hablar con Colton, hay un tema que se me ha olvidado comentarle.

—Vale.

Se alejó y Rita miró a Portia con una ceja levantada. Que su amiga bajara la vista a toda prisa la mosqueó. Era evidente que habían cambiado de tema cuando llegaron ellas y eso significaba que le ocultaban algo. Y por la cara de su amiga era algo muy gordo.

# Capítulo 13

Seis coches cuatro por cuatro les estaban esperando en una parte privada del aeropuerto de Puerto Vallarta. Portia se había encargado de todo alquilando a una empresa todo lo necesario. Un hombre les entregó las llaves de los vehículos y en cuanto se fue los chicos revisaron los coches para asegurarse que no tuvieran explosivos. Al mirar el avión apretó los labios porque no dudaba que también hacían lo mismo con él cada vez que volaban. ¿Qué manera de vivir era aquella? Cada vez estaba más convencida de no tener un hijo en ese ambiente. Cuando volviera a la casa hablaría con Madeleine para que le recetara la píldora. Total, dudaba que mientras estuvieran en México hubiera demasiado sexo porque estaban allí para trabajar. Suspiró pasando al lado de Jeffrey para subirse al coche. Su marido se sentó tras el volante como si no confiara en nadie para llevarles. Jeffrey se sentó a su lado y las chicas atrás con ella.

—Portia —susurró Elsa.

—¿Sí? —preguntó distraída.

—Creo que le gustas a Mateo.

Portia se puso como un tomate y vio como su jefe miraba por el espejo retrovisor.

—Hace un segundo te miraba el culo. Intentó disimularlo, pero le pillé. —Soltó una risita. —Es muy guapo.

—Calla —siseó.

Confundida miró a Rita. —¿Pero a esta qué le pasa? Es muy mono.

Forzando una sonrisa negó con la cabeza.

—Ah, que no —dijo Elsa—. Pues nada chica, a otra cosa mariposa.

—¿Portia?

—No te preocupes, jefe, no va a volver a pasar. —Miró por la ventanilla. —Nunca más.

Preocupada por ella cogió su mano y esta la apretó como si la necesitara. Sentía mucho que aún sufriera por el hermano de Grantleigh, se merecía ser feliz.

—Mateo es un buen hombre —dijo su marido sorprendiéndola.

—No me interesa. —Portia apretó los labios. —Demasiado dolor para tan poca felicidad.

—Si alguien merece ser feliz esos sois vosotros —dijo Rita. Entonces todos miraron sobre su cabeza—. ¿Qué? —Miró hacia arriba sin darse cuenta de que casi golpea con su halo a Elsa que con la boca abierta lo esquivó por un pelo.

—¿Nena?

—¿Sí? —Miró hacia el espejo retrovisor y jadeó. —¡Leche!

Todos rieron por lo bajo. —Hoy brilla mucho más —dijo Portia.

—¿De veras? —Elsa no salía de su asombro.

—¡Quitarme esto! ¡Parezco un letrero luminoso!

—¿Qué tal un sombrero? —preguntó Elsa alargando un dedo para intentar tocar el aro de luz.

La fulminó con la mirada. —¿Qué haces?

—¿Duele?

—Si no me entero de que se enciende, ¿en serio crees que duele?

—Nena, no te alteres.

—Claro, como tú no tienes esto en la cabeza. —Miró hacia arriba. —¿Sigue ahí?

—Ajá… —contestaron todos.

—¿Por qué sale ahora? Cielo, me dijiste que solo salía si me relajaba.

—No lo sé, preciosa, pero no puede verte nadie así. Lo del sombrero tiene cada vez mejor pinta. —Detuvo el coche al lado de unos puestos callejeros.

—¡Prefiero un pañuelo!

Elsa le dio un codazo. —Oh, mira qué mono ese.

Su marido rodeó el coche y cogió varias cosas dándole dólares americanos a la vendedora que no pudo evitar su sorpresa al ver el billete. Grantleigh entró en el coche dándole a ella todas esas cosas.

—Mira qué bonito —dijo Portia. Se lo puso sobre la cabeza e hizo una mueca—. No, no funciona. Se queda por arriba.

—Mierda —dijo su marido—. Bueno, pediremos las llaves de los bungalows y la taparemos lo suficiente para que nadie lo vea.

—Prueba con el sombrero —dijo Elsa.

Se lo puso sobre la cabeza con pañuelo y todo antes de mirarse al espejo retrovisor. —Genial. Ni podré ir a la piscina.

—¿Qué has dicho? —Grantleigh la miró. —¿Qué has dicho de la piscina?

—Un poquito.

—Ni de coña, ¿me he explicado bien?

—Somos mujeres de médicos que estamos aquí de vacaciones, sería raro que no fuéramos a la piscina.

—Jefe, igual tiene razón —dijo Jeffrey—. La mejor manera de no llamar la atención es hacer lo que hace todo el mundo.

Apretó el volante como si quisiera arrancarlo. —Pero si veis algo raro, os largáis de inmediato.

Jeffrey sonrió. —Por supuesto jefe, yo las vigilo. Si a tu esposa se le quita eso, claro.

Sus amigas miraron hacia su coronilla. —¡Venga ya, yo no tengo la culpa!

—Desconéctalo —siseó Elsa.

—Lo haría encantada, pero no sé cómo se hace. ¿Por qué no buscas en internet el libro de instrucciones?

—Muy graciosa.

Escucharon teclear y las dos giraron la cabeza hacia Portia que estaba escribiendo algo al móvil. —¿Qué? Por probar no perdemos nada.

Rita levantó una ceja y Portia puso mala cara. —Nada.

—¿No me digas? Estos santos modernos no son nada generosos aportando su sabiduría al gran público de internet.

—Ya te digo.

—¿Quieres dejar de hacer el tonto?

—Eh, yo no tengo la culpa que tengas ese anuncio luminoso en la cabeza.

Gimió. —Tienes razón, perdona.

—Uy, uy, que parpadea —dijo Elsa.

—¿De veras? —preguntó esperanzada.

—No, falsa alarma, sigue ahí.

—¿Por qué no se me quita?

—¿Para que no te expongas y vayas a la piscina? —dijo Grantleigh desde delante.

Gruñó. —Puede que tengas razón. Lo siento, chicas.

—Eh… —dijo Jeffrey.

—Lo siento, Jeffrey.

—Ha vuelto a parpadear —dijo Elsa—. Discúlpate de nuevo…

—Lo siento, lo siento, lo siento…

—¡Que se apaga!

Grantleigh frenó en seco y todos la miraron con el ceño fruncido. Se puso como un tomate. —¿Qué?

—¿Qué has hecho, nena?

—¿Yo? Nada.

—Uy, cómo brilla ahora… —dijo Portia—. ¡Esta está mintiendo como una bellaca!

—¿Qué nos estás ocultando? —preguntó su marido.

—¿Estás desconfiando de mí? —Indignada se cruzó de brazos.

—No, nena, no harías nada que me pusiera en peligro.

—De eso puedes estar seguro —dijo orgullosa levantando la barbilla.

—¿Y bien?

Miró de reojo a Elsa y su amiga jadeó. —Qué cara de culpable… ¡Canta de una vez!

—Bueno, digamos que como tres horas me levanté de la cama para ir a comer algo y digamos que Amit tenía el teléfono vía satélite, que estuvo usando en el avión, sobre la mesilla de su asiento. Y como dormía a pierna suelta, hice una llamadita. —Forzó una sonrisa. —Solo eso.

—¿Y a quién llamaste? —preguntó su marido fríamente.

Se apretó las manos. —A la empresa. Quería averiguar si ese Laurence trabajaba allí. ¡Pero a nadie le dije que era yo! Dije que llamaba del Times.

—¿Y?

—No, no hay nadie con ese nombre en la empresa, así que colgué.

Todos suspiraron del alivio y ella gimió por dentro antes de decir —Después llamé a mi madre.

—A tu madre —siseó Grantleigh.

—Cariño, quería que oyera de mi boca que estoy bien. Se echó a llorar la pobrecita, me dio una pena…

—¿Te dio pena ella que vive de lujo y que no ha renunciado a nada en la vida? —preguntó Portia.

—¡Ha renunciado a mí! ¡Y ella sí que me quiere!

—¿Le has contado algo importante? —preguntó Grantleigh intentando controlarse.

—No, ella me dijo que no hablara de nada importante, que el FBI se iba a enfadar conmigo. ¡No le conté nada! ¡Solo le pregunté si todos estaban bien! Mi hermano pequeño se ha comprometido —dijo sorprendida—. ¡Al parecer no siente mucho mi ausencia!

—¿Algo más? —preguntó Jeffrey con ironía.

—Pues me contó que su amiga Ángela se ha divorciado, que papá ha tenido un ataque de gota y el médico le ha prohibido un montón de cosas, que tiene un humor de perros. Me preguntó si sabía si el FBI tardaría mucho en arreglar el estropicio con esos sinvergüenzas porque yo era la dama de honor principal. Que Rose Anne, que es la novia de mi hermano desde que dejó la universidad, ha decidido vestirme de rosa. ¡De rosa! Me queda fatal con mi color de pelo. —Todos parpadearon. —Ah, y me ha preguntado qué hace con mis cosas y mi apartamento porque los alquileres están por las nubes y pueden sacar un buen dinero. Lisa ha pedido un aumento de sueldo y… —Siguió diciendo cosas cinco minutos y no disimularon su asombro. —Y quiere saber si hago ejercicio, que es muy bueno para desestresar y que seguro que lo necesito en esta vida clandestina que tengo ahora.

—¿Pero cuánto tiempo pasasteis hablando? —preguntó Portia asombrada.

—Oh, pues se estaba haciendo las uñas porque a las once tenía un brunch. ¿Cuánto hablamos? No sé… ¿Una hora? Siempre que se pone el rojo cereza tardan más porque dan más capas. A mi madre no le gusta que se le descascarillen.

Grantleigh asombrado miró a Jeffrey que se sonrojó. —Lo siento jefe, estaba agotado y me dormí. Como tu mujer estaba contigo me distraje un poco.

—¡Una hora! ¡Estuvo una hora dando la lengua con su madre!

—¿Algo más, bonita? —preguntó Portia irónica.

Abrió la boca para decir algo, pero como la miraban así la cerró de golpe.

—¡Esto es la leche! —gritó Grantleigh explotando—. ¡La operación más importante de nuestra vida y ella la pone en peligro por llamar a su madre!

—Estábamos en alta mar —dijo ella indignada—. Tampoco es para tanto, no he dicho nada importante, ¡solo hablaba ella!

—Si no han localizado la llamada será un milagro.

—Ah, pues soy tu chica para hacer milagros. —Sonrió radiante antes de mirar hacia arriba. —¿Sigue ahí?

Todos miraron su cabeza que estaba como de costumbre.

—Leche, se te ha quitado. —Elsa pasó la mano por encima de su cabello. —Menudo detector de mentiras.

—Yo no mentí.

Grantleigh gruñó.

—¡No mentí!

—Nena, ¿hiciste alguna llamada más?

—Bueno… Igual llamé a mi hermano Jack, pero no me cogió el teléfono. Estaría en una reunión con mi padre o algo así. Vaya, le va a dar una rabia cuando mi madre le diga que era yo.

—¡Esto es la hostia! —gritó Grantleigh saliendo del coche y dando un portazo.

—Se ha cabreado un poquito, ¿no?

—Has puesto en peligro la operación —dijo Portia.

—Que no… —dijo sin darle importancia—. No he dicho nada de interés para los hijos de Judas.

—¿No te das cuenta de que seguramente han rastreado la llamada?

—¿Y? ¿En medio del Atlántico? ¿Qué más da? Si tenía que hacer la llamada era el mejor sitio para que no nos localizaran.

—Si han localizado la llamada y has hablado tanto tiempo pueden saber la trayectoria del avión —dijo Jeffrey antes de salir también del coche.

Frunció el ceño. —¿De veras?

—La has liado. —Elsa miraba por la luna trasera. —Por la cara de tu marido está que trina.

—No irán a cancelar la operación por esto, ¿no?

—Me da que ya no vamos a la piscina. Y con el calor que hace… Pobrecito mi Jeffrey, le están echando la bronca.

Miró hacia atrás para ver que Colton estaba cabreadísimo. —Oye, dile a tu hermano que controle su carácter.

—Díselo tú, bonita.

Entonces las puertas se cerraron y se volvieron de golpe para ver que un tipo les apuntaba con un arma mientras otro arrancaba el coche y salía quemando yanta.

Sin aliento volvió el rostro para ver como su marido gritaba corriendo tras el coche. El cuatro por cuatro giró en una esquina y Rita palideció girándose de nuevo para ver esos fríos ojos azules. El tipo sonrió con maldad. —Bienvenida a México.

Portia elevó la pierna ligeramente para sacar el arma de su tobillo y ella al darse cuenta puso una mano en su rodilla. —Tranquilas, no pasa nada.

Ese cerdo rio. —Claro que pasa. Vendrán a por ti y les mataremos a todos.

—¿Si queríais matarles por qué no lo hicisteis cuando bajamos del avión?

—En el aeropuerto hay demasiados testigos.

—Entiendo, siempre en la sombra.

—Tú lo has dicho.

—¿Por qué te crees que soy tan importante para ellos?

Rio por lo bajo. —Eres importante para todos.

—¿No me digas?

—Luis cállate —dijo el conductor fríamente.

El tipo perdió la sonrisa de golpe demostrando quien mandaba porque no volvió a decir ni pío.

Rita miró de reojo a Portia que dijo —Al parecer eres muy valiosa, amiga.

—Eso parece.

El conductor iba tan deprisa que al girar desequilibró al copiloto y Rita le agarró la mano del arma elevándola, así que cuando disparó dio al techo. Elsa con uno de los pañuelos en las manos, rodeó su cuello con él mientras Rita sacaba su arma y le pegaba un tiro en la frente antes de apuntar a la cabeza del conductor. —Para el coche.

—Y una mierda —dijo con rabia—. Ya puedes matarme porque…

El disparo le hizo caer sobre el volante y Rita se agarró a Elsa mientras el coche se desviaba a la derecha chocando contra una pared y se deslizaron pegados a ella haciendo que saltaran chispas. Portia se metió entre los asientos y tiró de la pierna haciendo que el tipo quitara el pie del acelerador. El coche se fue deteniendo poco a poco pero no lo suficientemente rápido como para que no chocaran con el muro del final de la calle. Saltaron los airbags y Elsa con la cara aplastada por aquel chisme gimió. —Esto empieza estupendamente.

La puerta se abrió y Portia gritó —¿Estáis bien?

Escucharon como los coches se detenían a su lado. —Llega la caballería.

—¡Rita!

—¡Estoy bien! —dijo apartando el airbag. Miró a su marido muy arrepentida. —No pueden haberme localizado por la llamada. No les hubiera dado tiempo a llegar.

—Tranquila, nena, no te preocupes por eso ahora. —La ayudó a bajar mientras Jeffrey ayudaba a su amiga. La metieron en otro coche y antes de darse cuenta ya habían salido de allí.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó ella.

—Os dejaremos en un lugar seguro y…

Se le cortó el aliento. —¡Para, para! —Amit frenó lentamente.

—Nena, ¿qué pasa?

—Me quieren a mí, uno de esos tipos dijo que yo era importante para todos.

Colton entrecerró los ojos. —Saben que eres santa.

—¿Si no fuera por eso para qué iba ser importante? Ninguna otra cosa de mí puede interesarles. No puede ser por otra cosa.

—Pero si Williamson sabía cómo eres… —De pronto su marido cerró los ojos. —Joder.

—¿Qué?

—Creyó que te rescatábamos de ellos, creyó que habíamos descubierto quien eras y que intentamos salvarte. Sabían que habíamos descubierto cómo eras, que me protegiste al decir que ese cadáver no era el mío y querían alejarte de nosotros —dijo Colton—. Por eso cuando tu padre te envió a la isla fueron a por ti, para evitar la posibilidad de que te cogiéramos primero.

Atónita miró a su marido. —¿Pero cómo sabían lo que era yo?

—Nena, hay algo que no te he dicho, pero…

Pasó un coche de policía ante ellos y Amit dijo —Jefe, tenemos que irnos.

—Acelera, busca un lugar donde escondernos.

—No, llévanos al hotel.

—Nena…

—Me buscan a mí y prácticamente me acaban de decir que no quieren llamar la atención, en el hotel estaremos seguros. Demasiada gente, por eso no nos atacaron en el aeropuerto.

—Jefe, igual tiene razón, en el hotel no organizarían una matanza.

No es que tuvieran muchas opciones y Grantleigh finalmente dijo —Llévanos al hotel. Al menos estaremos en los bungalows.

—¿Qué es lo que no me has dicho?

—Buff, espera a que lleguemos al hotel y que se me pase el susto.

—Cariño, ¿es muy gordo?

—Bastante, nena.

—¡Si mi padre tiene algo que ver, quiero saberlo ya! —dijo poniéndose aún más nerviosa.

—Eso no lo sé, preciosa. Eso de la gota me ha confundido un poco.

—¿Qué?

—Que estamos en un lío de la hostia, ¿te das cuenta de que tenemos a los hijos de Judas encima?

—Me doy cuenta de que estás intentando eludir el tema.

Él suspiró y cogió su mano. —Portia ya sabe quiénes fueron tus padres biológicos y lo que les ocurrió.

—¿Lo que les ocurrió?

Apretó los labios antes de contárselo intentando que no se pusiera más nerviosa. —Por eso creo que ellos se enteraron de tu don y consiguieron que los Biderman te adoptaran.

Miró al frente y ni se dio cuenta de que pasaban por un gran arco lleno de flores con el nombre del hotel. —¿Cómo salí de la casa?

—No lo sé, preciosa. —La cogió por los hombros y la besó en la sien. —Eso ya no importa, lo que importa es cómo vamos a matar a ese cabrón y salir de aquí.

—Este hotel está muy cerca de la casa —dijo Amit—. No me gusta. Como tampoco me gusta no saber cómo nos han encontrado porque tu mujer tiene razón, jefe, aunque localizaran la llamada no podían saber a ciencia cierta que veníamos aquí y nos estaban esperando.

—¿Un topo? —preguntó Colton.

—No lo sé, pero no me gusta, cada segundo que pasa siento más que hemos caído en una trampa.

Detuvieron el coche ante el hotel y varios de los hombres se bajaron a toda prisa para rodear su vehículo. Jeffrey abrió la puerta. —Jefe, ha habido una explosión en el aeropuerto. Ha estallado un avión privado por un problema con el combustible, una fuga o algo así, eso dicen las noticias. He intentado llamar a Scott y no coge el teléfono, creo que era nuestro avión.

—Mierda —siseó antes de bajar—. Nena, no te separes de mí.

Pálida susurró —Nos están acorralando y estáis todos aquí, acabarían con los templarios.

—Tranquila preciosa, eso no va a pasar y pienso sacar a mi equipo de aquí después de matar a esos cabrones. —La cogió del brazo y subieron los escalones rodeados de sus hombres.

Portia se acercó a la recepcionista y habló con ella mientras Rita no dejaba de darle vueltas. Tenían que saber sus planes antes de llegar, tenían que saber que ella iba a ir porque ese no era el plan inicial. Su marido había cambiado de opinión para no perderla de vista, pero eso no estaba en sus planes antes porque creía que en Milán estaría segura. Si ella era quien les interesaba más, ¿por qué habían aprovechado que habían viajado a México para atacarles? ¿Por qué? Podían haber esperado hasta esa noche y tenderles una trampa en la finca, pero se habían precipitado quedando expuestas sus intenciones cuando hubiera sido mucho más fácil matarles dentro de la finca de su padrino. Además, si su marido se había detenido en la carretera había sido por el halo de luz, no podían saber que le saldría eso. Había sido una casualidad enorme que esos habían aprovechado. Separó los labios de la impresión, por eso se le

había encendido el halo, para advertirles. Miró hacia arriba pero no vio su halo, sino que se encontró que el techo tenía un gran espejo. La imagen de todas aquellas cabezas desapareció y en su lugar vio el mar, hasta sintió la brisa. En la imagen se giró para ver la gran casa de su padrino. Caminó hacia allí muy serena y su padrino la recibió en la puerta de atrás con una sonrisa en los labios antes de extender los brazos. —Ven a mí. —El sonido de un disparo la sobresaltó casi cayendo hacia atrás, pero Grantleigh la consiguió agarrar por la cintura. —Nena, ¿qué pasa?

—No lo sé —dijo sin aliento.

Portia llegó hasta ellos y les tendió una llave. —Están todos juntos en una zona algo apartada del complejo —dijo por lo bajo—. Te he dado el bungalow del centro.

—Perfecto. —Miró a sus hombres. —No os perdáis de vista. Dejad los coches lo más cerca de los bungalows que sea posible y llevar encima suficiente munición. —Tiró de ella. —Vamos nena, estás algo acalorada.

Caminó a su lado sin ver nada realmente. Escuchó hablar a Elsa y volvió la cabeza para buscarla. Estaba con Jeffrey y les seguían a cierta distancia.

Portia exclamó —¡Son esos!

Al mirar al frente vio unas casitas de techo de paja monísimas y cuando entraron en el jardín que las rodeaba vieron una piscina que hasta tenía una cascada.

—Qué sitio tan bonito —dijo Elsa impresionada.

Grantleigh la llevó hasta la número catorce y abrió la puerta. La dejó pasar mientras vigilaba el exterior para asegurarse de que estaban seguros.

—Nos estaban esperando… —Se sentó en el sofá sintiendo una gran angustia. —Alguien nos ha traicionado.

Él sacó una pistola de debajo de la chaqueta y revisó el salón antes de entrar en la habitación. —Joder, hay una puerta de cristal ante la cama.

—¿Crees que la vamos a usar? —preguntó ella con ironía—. Cielo, tenemos que salir de aquí ya. Podemos irnos en coche.

—Nena, llevo años detrás de ese cabrón y está aquí… —Se acercó y se acuclilló ante ella. —Es nuestra oportunidad.

—Tienes aquí a todo tu equipo y lo saben. Sabían que veníamos y que yo estaría con vosotros cuando hace dos días pensabas dejarme allí. Te han traicionado, así que debemos irnos a toda leche si queremos conservar la vida.

—No pienso retroceder, los templarios no huyen, nena.

A Rita le dio un vuelco al corazón recordando sus palabras no confío en nadie. —Estás preparado.

La cogió de la nuca y la besó apasionadamente. Cuando apartó sus labios se acercó a su oído y susurró —Esta noche todos los demás estarán preparados, de esta ciudad no va a salir nadie, así que no te preocupes. Lo único que debemos hacer es aguantar hasta esta noche.

—Pero…

—Todo irá bien y si tenemos suerte acabaremos con su cúpula antes de que acabe el mes. Con los que les financian y sus colaboradores. Si no cobran cuánta fidelidad crees que les quedará a esos asesinos a sueldo. Podemos desarticular su organización con la información que nos has dado, nena. —Se apartó para mirar sus ojos. —Por eso te vas a meter bajo la cama hasta que todo acabe.

—¿Qué?

—Ahora tengo que irme y no me fío de nadie para que pueda protegerte, así que....

—¿Y crees que no me van a encontrar debajo de la cama? —preguntó incrédula.

—Es que no van a pensar que estás aquí todavía. Nos vamos a llevar a Elsa como si la fuéramos a evacuar.

Portia entró en la casa llevando una maleta con Elsa detrás y para su pasmo esta dejó la maleta a su lado abriéndola y sacando una peluca pelirroja.

—No.

—No pasa nada —dijo Elsa—. Al menos así sirvo de algo.

—¡A mí me sirves de mucho!

—Nena, es lo mejor.

—Ni hablar, ¿me oyes? —Todos chistaron para que hablara más bajo. —Elsa no va a hacerse pasar por mí —siseó.

Él gruñó. —Portia, póntela.

Rita se levantó y agarró la peluca de manos de su amiga. —No quiero que piensen que me he ido, tengo la sensación de que deben seguir creyendo que estoy aquí.

—Ah, pues si lo dice la santa —dijo Elsa.

—¿De veras? ¿Tú también?

—Perdón, me ha salido solo.

—Pensad en ello. Esos idiotas que se han subido al coche, tuvieron que hacerlo en un impulso aprovechando que nos habíamos detenido.

Todos asintieron.

—¿Creéis que les dio tiempo a avisar a alguien?

—¿Qué quieres decir? ¿Que piensan que nuestro plan sigue en pie? —preguntó Portia.

—Claro que sí, actuaron por impulso. Nos vieron en el coche sin los hombres y quisieron marcarse un tanto frente a su jefe, llevándome hasta él.

—Ya sabrán que han muerto en nuestro coche —dijo Grantleigh—. Aunque después de sacar nuestras cosas lo incendiamos, puede que sepan ya que son ellos.

—Ya sabían que estábamos aquí, eso da igual. Es evidente que esos que nos atacaron estaban solos porque a vosotros no os atacó nadie, lo que quiere decir que solo tenían que vigilarnos y que no tenían a sus compañeros cerca para echarles una mano. Su jefe pensará que les descubrimos y que les liquidamos, nada más. Y que

hayamos venido al hotel en lugar de largarnos, solo le confirma que nuestros planes siguen en pie.

—Tiene sentido —dijo Elsa.

—Eso da igual, tú te largas de aquí —dijo su marido muy tenso.

—Cielo, el chivato les ha dicho que he venido.

—¡Y puede que le diga que sigues aquí!

Sonrió. —Perfecto, si tanto me quieren, soy el anzuelo que necesitas.

—¿Y por qué te quieren? —preguntó Elsa haciendo que la miraran—. ¿Cuál es la razón de esta insistencia por secuestrarte, cuando si te matan el de ahí arriba tendrá una herramienta menos contra ellos?

Frunció el ceño mirando a su marido. —¿Alguna idea, cielo?

—No, ¿te crees que no lo he pensado ya?

—¿Interrogarte? —preguntó Portia.

—No, su chivato ya les habrá contado todo lo que necesitan saber. —Rita caminó por el salón pensando en ello. —Estamos planteándolo mal. ¿Por qué me quisieron cuando era pequeña? ¿Cuál es la razón por la que hicieron que mis padres me adoptaran?

—¿Volverte de su bando? —preguntó Elsa sentándose en el sofá.

—Jamás me hablaron de algo así. Es más, hice la primera comunión como todas las de mi carísimo colegio.

—Pues como no sea tener un hijo del diablo o algo así —dijo Portia antes de dejarse caer en el sillón de mimbre.

Pensativa susurró —No, el diablo no tiene nada que ver. La mayoría de las cuentas que revisé estaban registradas en Dubái. Esto es una guerra santa, quieren imponer otras religiones frente a la cristiana. Quieren debilitarnos. Siempre han querido destruiros. —Entonces se le cortó el aliento mirando a Grantleigh con cara de susto. —Cielo, mi padre biológico no era un templario.

—No, nena, no le conocía de nada.

—Un templario no, ¿pero y si era un colaborador? Tenéis muchos, ¿no es cierto?

Portia asintió. —Sí, bastantes. Algo más de cien.

—Es imposible que hace veinticinco años les conocieras a todos, eras un crío.

—No, no les conocía a todos.

—¿Y si mi padre era un colaborador? ¿Y si entraron en la casa para sonsacarle información, quemaron la casa y me sacaron ellos de allí?

—Ese sería un acto de compasión que no cuadra con esa gentuza —dijo muy tenso—. Los niños nunca les han importado.

—Y Jeffrey es buena prueba de ello —dijo Portia.

—Esa es una prueba más de que entonces ya eras importante para ellos y que si no te adoptó Williamson fue para que si los templarios se fijaban en él no te pillaran a ti —dijo Elsa.

—Exacto, pero Dios quiso ponerte en mi camino —le dijo a su marido—. Por mucho que hicieron para esconderme de vosotros nos encontramos.

—E intentaron matarte al darse cuenta de que tú ya te habías enamorado de él porque le habías protegido. Le observabas con el telescopio, le cubriste en su mentira —dijo su amiga—. No querían que te unieras a los templarios, si te habían mantenido con vida fue por si te necesitaban en el futuro.

—¿Por qué? Porque sabían lo que era, mis padres lo ocultaron, pero dio igual. Aquella noche que les atacaron, pasó algo que provocó todo lo que vino después.

—El halo. —Grantleigh apretó los labios. —Igual te delató el halo.

—Igual Dios hizo que se encendiera. Imagínate a los que estaban en la casa viendo algo así, una señal de que nuestra religión es real, un anuncio luminoso que indicaba que su enemigo existe realmente. ¿Te asustarías si fueras a matarme?

—Mucho, eso significaría que todo por lo que había luchado era mentira.

—Exacto. ¿Y si esos hombres me sacaron de allí? ¿Y si me dejaron en el jardín? Pero el jefe al enterarse no podía consentir que alguien descubriera algo así, imagínate lo que significaría para el cristianismo.

—Una prueba para todos los que llevan tanto tiempo esperando una señal.

—Así que hizo que mis padres me adoptaran, manteniéndome a cierta distancia de la religión cristiana.

—Te observaron durante años.

—Necesitaban saber cuál era mi misión, si estaba relacionada con ellos ya que era hija de uno de vuestros colaboradores, pero nunca di señales de que el cristianismo me interesara. —Le miró a los ojos. —Hasta que te encontré y el halo se encendió de nuevo para que lo vieras.

—Por eso intentaron matarte cuando me encubriste. Al vivir con ellos sabías demasiado.

—Pero no me mataron hoy, lo que significa que después del episodio de Santo Domingo se han dado cuenta de que aún me necesitan. Aún quieren algo de mí. —Sintiendo algo en su interior se le cortó el aliento y se llevó la mano a su vientre. Palideció mirando a su marido. —Anne lo dijo, una santa y el jefe de los templarios, ¿cómo crees que serán sus hijos? —Dio un paso atrás de la impresión. —Ella es el topo.

—¿Pero qué dices?

—Una mujer hastiada, dolida, con el alma rota por las pérdidas de los más queridos, solo quiere que todo acabe. Solo quiere salvarte la vida, porque eres lo único que le queda.

Grantleigh apretó los labios. —Todo lo que dices son especulaciones.

—Ya sé cuál es mi misión, cielo —dijo dejando un silencio tras ella—. Ya sé por qué Dios quiso que te encontrara, para dar a luz al

templario que acabará con ellos. Mitad hombre mitad arcángel, la justicia divina.

—Santa madre de Dios —dijo Portia santiguándose.

Rita sintió la fuerza en su interior y levitó sin darse cuenta resplandeciendo luz. —Se llamará Tsidkenu e impondrá justicia contra todos aquellos que dañan la fe cristiana, una guerra sin precedentes llegará y solo se detendrá con la muerte de nuestros enemigos. Es el fin de una era, preparaos para su llegada.

—Rita, amiga, ¿te das cuenta de que estás a un metro del suelo? —preguntó Elsa asustada.

Miró hacia abajo e hizo una mueca. —Cielo, ¿me bajas?

—¿Ya has acabado?

—Pues creo que sí.

La cogió en brazos y la sentó en el sofá. Él al ver su mirada y lo aterrada que estaba susurró —Todo irá bien.

—¿Eso piensas?

Él besó suavemente sus labios y tenso se incorporó. —Ahora con más razón quiero que te marches.

—No, debo quedarme aquí, ahora estoy segura. Él quiere que me quede.

A regañadientes asintió. —Portia llama a los chicos, tenemos que hablar de todo esto.

# Capítulo 14

Una hora después todos los templarios se mantuvieron en silencio mientras su jefe explicaba lo que había ocurrido. Rita lo sintió, fue como si las fuerzas de esos hombres se renovaran y su pasión aumentara por cien. El milagro que necesitaban para seguir adelante, para saber que no estaban solos y que su Señor les apoyaba. Su ejército estaba listo para la lucha y su marido iría ante ellos en la batalla que sería dos horas después de lo que tenían previsto y ya que no tenían el avión, debían hacerlo por tierra lo que era mucho más peligroso.

—¿Algo que objetar? —preguntó su marido.

Todos negaron con la cabeza, incluso Jeffrey que se uniría a la lucha. —Perfecto, este es el momento de hacerles daño, no podemos desaprovechar la oportunidad. Vigilad el perímetro, en cuatro horas nos pondremos en marcha.

Jeffrey se acercó a Elsa y cogió su mano, ella sin rechistar salió de la casa deseando estar con él lo que pudiera. Portia apretó los labios. —Vigilaré también.

—De acuerdo.

Todos salieron del bungalow y Rita se levantó para abrazarle por la cintura. Él sonrió acariciando su espalda. —Así que un hijo. Lo siento nena, sé que no es lo que querías.

—Debía ser así. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿Pero qué pasará después? Temo por él, temo por ti…

—Shusss, el Señor decidirá y todo será para bien. —La besó suavemente en los labios, pero ella profundizó el beso haciendo que su pasión se desatara y Grantleigh se agachó haciendo que se

sentara en el sofá. Ella desesperada por sentirle arrastró hacia atrás su chaqueta y él se la quitó impaciente metiendo las manos bajo su camiseta para acariciar sus pechos sin sujetador. Se necesitaban tanto que ninguno de los dos era capaz de pensar y Rita suspiró en sus labios antes de apartar su boca inclinando su cuello hacia atrás. Grantleigh se lo besó como si estuviera desesperado antes de abrir sus vaqueros. —Nena, te necesito.

—Sí. —Sus piernas se liberaron e inmediatamente las separó para hacerle espacio apoyando los talones en el borde del sofá. Su hombre entró en ella con tal fuerza que la hizo gritar de placer. Fue tan intenso que la sorprendió y se aferró a su cintura mientras él le susurraba lo maravillosa que era y todo lo que la necesitaba. Se sintió amada y tan deseada que su placer aumentó por mil mientras la llenaba de nuevo. El ritmo aumentó de manera salvaje y apretó las uñas sobre su camisa intentando no perder todo lo que le hacía sentir, hasta que su miembro se deslizó en su interior de nuevo haciendo que todo lo que les rodeaba dejara de importar, porque solo importaba su amor.

Con las respiraciones agitadas se abrazaron varios minutos como si sus cuerpos se negaran a separarse, pero llegó el momento y Grantleigh se apartó para mirar su rostro. —¿Estás bien?

Abrió sus preciosos ojos verdes que se llenaron de lágrimas. —Te amo. Te amo tan intensamente que odio tener que dejarte ir.

—Shusss, volveré y estaré a tu lado en el momento en que des a luz a nuestro hijo, ¿y sabes por qué, nena? Porque eres lo mejor que he tenido en la vida, cada fibra de mi ser te reclama y no puedo vivir sin ti, ya no.

Sollozó abrazándole con fuerza. —Me amas.

—Te amé desde el primer momento en que te vi y te aseguro que el halo no tuvo nada que ver. Pero no eras para mí, o eso creía, así que…

—Usaste a esas mujeres para que me diera cuenta de que nunca serías mío.

—Nena, mirabas demasiado, podías ver algo que te pusiera en peligro, así que usé a Portia y a Marta para que creyeras que ni me había fijado en ti. Si dañaba tu orgullo… Joder, tenía que haberme ido de ese apartamento, pero no podía dejarte.

—¿De veras? —Sollozó de felicidad. —Yo tampoco podía dejarte, mientras iba hacia Nueva York para ver a mi padre, no dejaba de pensar que no estaba haciendo lo correcto, pero…

—Todo te abrumó, y lo entiendo. —Se apartó para mirarla y secó sus lágrimas. —Lo conseguiremos, nena, ahora estoy más convencido que nunca de que saldremos de aquí.

Forzó una sonrisa. —Claro que saldremos de aquí, mi amor. Nada nos separará.

Caminó por la playa y se acercó a la valla de madera blanca que daba a la casa. Uno de sus hombres abrió la portezuela y Rita miró a Williamson que en la puerta de atrás abrió los brazos para recibirla como si siguiera siendo el padrino que siempre fue. —Bienvenida a casa, hija. ¿Todo bien?

Recordó sus instrucciones en el avión que la llevó a Nueva York, como la amenazó con masacrar a toda su familia si no colaboraba y una intensa rabia la recorrió porque encima pretendía que le tocara. Reprimiendo una náusea le abrazó disimulando mientras decía —Todo ha salido como me dijiste, aunque esos que nos atacaron al salir del aeropuerto les han puesto muy nerviosos.

—Seguro que tú has sabido guiarles. —Se tensó apartándose. —¿O han cancelado sus planes?

—No, nada como decir que el de arriba no quiere que me marche para que hayan decidido continuar, en un par de horas os atacarán.

—Perfecto. Era lo que queríamos, estamos preparados.

—Eso pensaba. —Entró en el salón donde había varios de sus hombres armados. Su padrino hizo un gesto para que se alejaran. —

¿Has cumplido toda tu misión? —Ella sentándose en uno de los sofás le miró aparentando que no entendía lo que quería decir. —¿Ya estás embarazada?

—Es un poco pronto para saberlo, ¿no crees?

—Mi informante me ha dicho que os habéis acostado. —Fue hasta el mueble bar y sirvió una copa de brandy. —Así que no te hagas la tonta conmigo.

—Repito, es muy pronto. —Cogió la copa y se la bebió de golpe para demostrarle que no lo sabía.

—¿Estás nerviosa?

Le fulminó con la mirada. —Conmigo no juegues, ya has jugado bastante. Ahora trae el avión y sácame de aquí, quiero ver a mi familia.

—Ya está preparado en la pista, tu padre está deseando que vuelvas —dijo divertido—. Al parecer la empresa ya no es lo mismo sin ti.

Se emocionó sin poder evitarlo.

—Todo esto le ha hecho darse cuenta de cuánto te quiere, ¿no es irónico? Aceptó adoptarte a regañadientes, pero has conseguido hacerte un hueco en su corazón.

—Has conseguido lo que querías, tu plan ha salido de perlas, ahora déjanos en paz.

—Cuando me des a tu hijo.

—¿Qué piensas hacer con él?

—¿No es evidente? Matarle cuando nazca, es un enemigo.

La rabia la recorrió de arriba abajo. —Me das asco.

—Lo sé, y lo entiendo, pero ese es el precio de la libertad.

Apretó la copa en sus manos hasta que se hizo añicos. —¿Crees que pondría en peligro a las personas que amo?

—Ya sé que no, tu naturaleza te lo impide. Ellos te criaron, niña, les debes todo lo que eres, para bien y para mal.

Sonrió maliciosa. —No me has entendido. —Se levantó y caminó hacia la puerta acristalada para mirar el mar. —No has entendido nada. Hace años tuviste la oportunidad de retractarte de tus acciones, él me lo ha dicho, ¿sabes? Él lo ve todo. Cuando me sacaste de aquella casa, viste la verdad y aun así te dejaste llevar por el dinero que te proporcionaban tus donantes, estabas en un bando mucho más provechoso. —Sus ojos se oscurecieron. —Me das asco, solo te excusaste en la enfermedad de tu hijo para justificar tus acciones. Justificar tu crueldad.

—¡Ni se te ocurra hablar de mi hijo! ¡No hizo nada por él! ¡Y tú tampoco!

Se le cortó el aliento. —Por eso me retuviste… Creías que yo podría sanarle, pero en lugar de eso murió. ¿Crees que fue un castigo por tus malas acciones? ¿Que nuestro Señor quiso darte una lección? Te equivocas. Pregúntate quién te castigó.

Su padrino palideció. —¿Qué quieres decir?

—Luchabas tan fervientemente por justificar que nuestro Señor no existía ante tus hombres, que cuando tuviste una prueba ante tus narices no supiste retractarte. El diablo fue quien mató a tu hijo para fomentar tu odio hacia Dios y que fueras su peón en la tierra.

—¡Mientes!

—No, no miento, sabes que no. Pero es un alivio saber al fin la verdad de por qué hiciste que me adoptaran. Tuviste mucho control, eso tengo que admitirlo. Para un asesino como tú, debió ser duro dejarme vivir en un momento de tanto dolor cuando murió Donald. Sin embargo me retuviste, me vigilaste hasta que llegara el momento de ayudaros. Sabías que me plegaría a tus deseos por salvar a la única familia que recuerdo, pero tu plan estaba equivocado de principio a fin porque a pesar de que amo a los míos jamás me pondría de tu lado. Como has dicho no está en mi naturaleza, por mucho que duela. —Negó con la cabeza. —No, no has entendido nada —dijo viendo la enorme ola que se acercaba a ellos. —Decidiste seguir haciendo daño, seguir matando, ¿de veras

piensas que me pondría de tu parte? —Se volvió para mirarle fríamente. —Solo te seguí la corriente, cabrón sin sentimientos. Solo hice que tu ejército estuviera aquí para enfrentarse a los templarios y a… —La casa empezó a temblar con fuerza y Williamson de la impresión dejó caer la copa que tenía en las manos. —La justicia de Dios.

—¿Qué has hecho? —gritó fuera de sí.

—Soy una templaria, mi misión es acabar con todos vosotros y proteger a los que amo. ¿Qué crees que he hecho? Si mueres, los míos estarán a salvo. Y no pienso parar hasta deteneros a todos. —La ola entró en la casa destrozando las paredes, pero se dividió en dos para esquivarla. A Williamson ni le dio tiempo a gritar cuando la fuerza arrolladora del agua se lo llevó destrozando la casa y sus jardines hasta que no quedó nada, pero de repente la ola empezó a retroceder hasta llegar a ella. Se giró para ver en el agua a varios gritando por salvar sus vidas y uno de ellos hasta alargó el brazo sacándolo por la pared de agua. —No me pidáis ayuda, ya no. —La ola retrocedió hacia el mar y cuando desapareció suspiró. —Qué pena de almas perdidas. —Al volverse hacia el hotel vio allí a su marido vestido de negro con sus hombres detrás con ametralladoras en las manos y era evidente que ninguno salía de su asombro. Sonrió. —Ya está.

—¿Ya está?

—Cariño, no sabía lo que iba a ocurrir, ¿qué quieres que te diga?

—¡Pues si no sabías lo que iba a ocurrir, no haber venido! ¡Me has dado un susto de muerte!

—Cielo, te dejé una nota.

—¡Muy específica! ¡Cariño, te he traicionado, voy a arreglarlo!

—¡Entiéndelo, amenazó con matar a mi familia! ¡Tenía que ayudarles! ¡Ellos no han hecho nada!

Grantleigh se volvió furioso y caminó por la playa mientras varios de los vecinos salían de sus casas para mirar los pocos restos

que habían quedado de la casa. La verdad es que había sido un trabajo muy preciso, la ola solo había entrado en su parcela, pero en ese momento no podía pensar en eso, solo quería llegar hasta Grantleigh y que la perdonara. Corrió tras él. —¿Cielo? ¡Mi amor, espera!

Se volvió furioso. —¡Me has mentido desde el principio!

—No, me enteré en el avión cuando me escapé a Nueva York. Mi padre le llamó, estaba preocupado por mí y llamó a su mejor amigo para que fuera a buscarme. Estaba allí para llevarme a los Estados Unidos.

—¡Y no me lo dijiste, fuiste haciéndote la tonta y dejando migas de pan que nosotros seguimos como idiotas!

—¡No sabía cómo protegeros a todos! ¡Si daba toda la información de golpe pondría en peligro a mi familia, tu tía estaba metida en todo! —Sollozó angustiada porque parecía que no quería perdonarla. —Cielo, lo hice por nosotros. Necesitaba que me trajerais aquí para ayudaros, ¿no lo entiendes? El Señor me ayudó con las llagas para que no desconfiaras de mí.

—Si me lo hubieras contado, te hubiera ayudado.

—No lo entiendes, no quería que te pasara nada —dijo angustiada por su frialdad—. Me amas, sé que me amas y yo a ti, tenía que protegerte como tú intentas hacer conmigo.

—Es obvio que tú no necesitas la ayuda de nadie. —Su rencor le rompió el corazón y más aún cuando se alejó gritando —¡Volvemos a casa!

Sus hombres pasaron a su lado y Jeffrey se detuvo. —Vamos, ya se le pasará. Entenderá que debía ser así.

Tenía la sensación de que no la perdonaría fácilmente, le había mentido todo el tiempo y había perdido su confianza.

En el avión que Portia había conseguido alquilar él ni la miró, pero los demás se morían por hacer mil preguntas. —Así que te dio

instrucciones —dijo Elsa.

—Sí, aunque al principio solo dio gracias a Dios porque estaba bien y se comportó como el padrino que siempre fue, al darse cuenta de que casi no hablaba de lo que había sucedido ni con quién había estado, la conversación fue cambiando poco a poco, cada vez era más tensa. No podía hablar de vosotros y él empezó a exaltarse. Me preguntó mil cosas y le dije que la mayoría del tiempo había estado con los ojos tapados. Entonces se echó a reír. Debes creer que soy estúpido, ayudaste a ese cabrón ante la policía, ¿crees que no lo sé? Ahora me vas a decir por qué lo hiciste, porque sino vas a ver como degüello a tu madre ante tus ojos, eso te lo juro por mi hijo muerto. Muerto por ese Dios que tanto proteges, te mataría ahora mismo por proteger a esa escoria que defiende la mentira del cristianismo. —Los hombres se tensaron con fuerza. —Jamás mencionó que supiera nada de mi divinidad y entonces salieron dos hombres de la cabina y me agarraron. Fue cuando me empezó a interrogar de veras. Le mentí todo lo que pude. Le dije que erais cinco, que vivíais en un barco y que siempre os estabais moviendo. Me dio un tortazo, no se creyó una palabra y fue cuando me di cuenta de que sabía mucho más de vosotros de lo que pensabais y me lo confirmó cuando al cabo de unos minutos dijo que tenía un informante. Yo le dije que entonces no necesitaba lo que le pudiera decir, porque apenas habíais hablado conmigo sobre nada. Fue cuando se rio y me expuso su plan. Dijo que estabais muy cerca de descubrirle, ahí obviamente me mintió, pero lo entendí después cuando me dijo lo que tenía que hacer. Me amenazó, me dijo que si quería que mi familia viviera, debía seguir sus instrucciones al pie de la letra para tener la oportunidad de destruiros. Quería que os tendiera una trampa.

—Descubriendo su identidad —dijo Colton—. Eso nos atraería lo suficiente como para movilizarnos a todos.

Asintió. —Pero nunca me dijo que mirara las cuentas, eso fue cosa mía para intentar ayudaros. —Miró hacia su marido que bebía un whisky de espaldas a ella. Disgustada apretó los labios. —Pero sí

me dio otras instrucciones, como acostarme con Grantleigh y embarazarme de él cuanto antes.

—¿Con qué fin? —preguntó Portia.

—Quería matar a nuestro hijo al nacer. Supongo que él también creía que sería alguien poderoso.

—¿Así que te criaron con el único propósito de que te infiltraras entre nosotros? —preguntó Josh.

—¿Qué mejor que una santa para ello? —dijo Amit—. Era un plan perfecto. Teníamos razones para dudar de ella —dijo a sus amigos cabreado.

—Lo sé y lo siento.

—¿Lo sientes? —preguntó Jeffrey—. No tienes nada que sentir, has acabado con ellos. Tu misión ha sido un éxito, así que no sé por qué estás así.

Miró a Grantleigh que seguía ignorándola. —No quería mentiros.

—Como se suele decir, los caminos del Señor son inescrutables —dijo Elsa.

—Mateo, ¿cuántas bajas de nuestros enemigos hubo después? —preguntó el jefe fríamente.

—Veintiséis, jefe. Intentaban salir de la ciudad, pero nuestros colaboradores les sorprendieron en su huida. Al parecer tú también nos ocultabas cosas.

—A mi mujer no —dijo levantándose. Cuando la miró a Rita se le encogió el corazón porque parecía que la odiaba—. Colton, cuando lleguemos te encargarás de mi tía.

—Pero jefe…

—¿No me has oído? —gritó cerrándole la boca.

—Sí, señor.

Pasó ante ella y entró en la habitación dando un portazo. Rita suspiró y se iba a levantar para seguirle cuando Jeffrey la cogió del

brazo para detenerla. —Será mejor que le dejes ahora, necesita calmarse.

Se miró las manos y asintió porque era evidente que ahora no podía ni verla. Elsa se sentó a su lado. —Se le pasará, ya verás.

—Parece que me odia —susurró.

—Está disgustado, le has mentido mucho. Leche, si hasta te salieron las llagas para convencerle de tu inocencia cuando los chicos desconfiaron de ti. Eso es duro de llevar para alguien que siempre ha estado defendiendo a Dios, es como sentir una doble traición, la tuya y la del de ahí arriba.

—Pero era por su bien.

—Es un guerrero, igual no lleva muy bien que su mujer lo arregle todo.

Jeffrey al otro lado del pasillo negó con la cabeza. —Lo que no lleva bien es que le traicionen, aunque sea por nuestro beneficio.

Quiso ir a esa habitación durante todo el vuelo, pero Jeffrey tenía razón, debía pensar en todo lo ocurrido y darse cuenta por él mismo que todo había sido para bien. Cuando el avión aterrizó, Grantleigh abrió la puerta y parecía aún más cabreado. De hecho, pasó ante ella y ni dio instrucciones para su seguridad, seguramente porque debía pensar que podía encargarse sola cuando no tenía ni idea de cómo se había formado la ola. De hecho, cuando fue a la casa pensaba matar a Williamson con el cuchillo que tenía a la espalda oculto bajo la camiseta. Pero eso él no lo sabía, por supuesto, porque no se lo había contado.

Resignada a esa guerra fría, se levantó de su asiento y siguió a los demás. Se subió al coche que le dijeron y Grantleigh se montó en otro, demostrando que su relación estaba rota para él. Estaba tan preocupada que ni se dio cuenta del trayecto hasta la casa. Portia la cogió del brazo y entró con ella en la casa mientras los demás se encargaban de la munición. Anne apareció en lo alto de las escaleras

loca de contenta. —¡Estáis aquí! —Bajó los escalones como una exhalación y para su sorpresa la abrazó. —Ya habéis llegado, ¿todo ha ido bien? —Miró tras ella y suspiró del alivio cuando escuchó la voz de Grantleigh dando órdenes. La miró a los ojos y los entrecerró al notar su frialdad. —¿Rita?

El disparo las sobresaltó mientras el cuerpo de Rita salía por la puerta del impacto y caía por las escaleras hasta los pies de Grantleigh que sin poder creérselo miró su cuerpo desmadejado lleno de sangre por el agujero que tenía en el vientre. Entonces gritó de dolor agachándose para abrazarla con fuerza mientras la cabeza caía hacia atrás sin vida. —No, no… —Se apartó para mirar su rostro. —No, nena, aguanta. —Desesperado puso sus dedos en su cuello.

Sus hombres gritaban y varios entraron armados en la casa donde se escucharon disparos antes de que Madeleine saliera corriendo hacia ellos con el maletín en la mano. —Déjame ver.

—Está muerta, no siento su pulso. —Grantleigh sollozó abrazándola. —Está muerta, yo la dejé sola y está muerta. —Desesperado besó su rostro y rogó a Dios. —Sé que es culpa mía, perdóname. Te suplico que la ayudes.

Colton se agachó a su lado. —Jefe, deja que la vea.

—¡Nuestro Dios no ha hecho nada! —gritó fuera de sí antes de abrazarla aún más—. Siempre me quita lo que más quiero…

Madelein le inyectó algo en el cuello y Grantleigh la miró sorprendido antes de caer hacia atrás llevándose a Rita con él. Colton la cogió en brazos y corrieron hacia la casa sabiendo que solo otro milagro le salvaría la vida.

Grantleigh abrió los ojos y allí estaba Colton sentado a su lado. —¿Dónde está?

Su amigo apretó los labios. —Madeleine la ha trasladado al hospital, necesitaba un quirófano en condiciones para operarla.

Sorprendido se sentó. —¿Está viva?

—De momento sí, pero está muy grave, ha perdido una pequeña parte del hígado, tenía el estómago perforado y ha perdido el bazo. Antonella le disparó con la escopeta de caza de su padre, así que los balines destrozaron todo a su paso. El cirujano que ayudó a Madeleine dijo que no sabía cómo aún estaba viva por la hemorragia que tuvo. Madeleine ha dicho que…

—¿Qué?

—Que seguramente perderá al bebé por el trauma que ha sufrido su cuerpo y que si Rita sobrevive tendrá una recuperación muy lenta. Órganos, músculos… Todo será lento. No podrá comer al principio y eso si todo va bien, porque según ella era una carnicería y sinceramente no cree que sobreviva a esta noche.

Grantleigh se levantó en seguida.

—No deberías ir, no es seguro para ninguno de los dos.

En la puerta se detuvo. —¿Fue Antonella?

—Al parecer era ella quien quería que fracasáramos, lo que indica que el de arriba también tenía esto en su plan.

Apretó los labios. —¿Qué habéis hecho con ella?

—Herman la mató unos segundos antes de que entráramos en la casa. Para él era como una hija, está destrozado. No deja de decir que nunca aceptó la muerte de su padre, que en la capilla la escuchó llorar muchas veces por él y por la salvación de su alma. En su habitación se ha encontrado un diario donde suelta pestes de nosotros y de lo desagradecidos que fuimos después de que ella y su familia sacrificaran su vida por nosotros. Habla de su marido y de que también le habíamos quitado eso, no lo soportó.

—Al parecer en esta casa nunca habrá paz —dijo antes de salir.

Colton suspiró. —Al menos tú la tenías a ella.

Pudo abrir los ojos, aunque los párpados le pesaban muchísimo y vio la sonrisa de su madre que estaba despeinada y con cara de agotamiento.

—Nathaniel, se despierta.

Su padre se puso a su lado y sonreía. Su padre sonreía. —Hola, hija.

—Papá…

—Shusss no te agotes, no es necesario que hables. —Cogió su mano y se la apretó con fuerza. —Has sido muy valiente, estamos muy orgullosos de ti.

¿Estaba soñando? Volvió la cabeza lentamente y allí estaban sus hermanos con aspecto de haberse pasado días sin dormir. —Hola.

Jack sonrió. —Hola, pequeñaja. Te pondrás bien.

—¿Grantleigh? —Volvió a mirar a su padre. —¿Dónde está Grantleigh?

—¿Hablas del agente del FBI? Nos llamó para que viniéramos y organizó la seguridad. Debe estar por algún sitio, enseguida vendrá, no se separa de ti para que estés segura. Ha dicho que tu valentía ha hecho que desarticulen parte de la banda, pero que aún deberás quedarte un tiempo.

—¿Ha dicho eso? ¿Y no se ha separado de mí?

—No, hija.

Cerró los ojos sintiendo un alivio enorme. —Entonces aún puedo disculparme. —Abrió los ojos y miró a sus padres sabiendo que seguramente sería la última vez que los viera. —Sé que no sois mis verdaderos padres, pero os quiero como si lo fuerais.

Su madre la miró emocionada. —Oh, mi niña, nosotros también te queremos. ¿Verdad que sí, Nathaniel?

—Claro que sí. —Miró a sus hijos. —¿Podéis dejarnos solos? Me gustaría hablar de esto con ella a solas.

Su madre se alejó forzando una sonrisa sin casi retener las lágrimas y su padre se sentó en la cama con cuidado. Cuando se cerró la puerta apretó los labios sonriendo con tristeza. —Lo siento, hija.

—No te disculpes.

—Sé que tengo que hacerlo, mientras has estado fuera me he dado cuenta de lo injusto que fui contigo. Injusto y poco cariñoso. —Miró sus manos unidas. —Cuando llegaste a nuestras vidas no estaba de acuerdo, un amigo había adoptado a una niña años atrás y solo le dio problemas, pero problemas muy graves que alteraron la vida de todos para siempre. Fue tu madre la que me convenció de que necesitabas un hogar y ella quería una niña en su vida. Sinceramente creía que tu pasado y el hecho de que no eras de mi sangre impedirían que llegara a quererte y levanté un muro entre nosotros que más tarde no fui capaz de derribar por lo que no fui el padre que necesitabas.

—Papá…

Se echó a llorar como un niño. —Llegó un punto en el que me odiaba a mí mismo por tratarte así y debo reconocer que cuando llegaron los problemas que yo había predicho, estaba preparado para apartarte de mi vida.

—Fue como una confirmación de todo lo que siempre habías pensado.

—Sí, pero cuando volviste a Nueva York, incluso arriesgando tu propia vida para alertarnos… Hija, jamás he querido a nadie como te quise en ese momento y en lo único que podía pensar era en ponerte a salvo.

Ella sollozó.

—Shusss, no llores. Lo siento, y ojalá tengamos la oportunidad de tener una relación normal padre e hija en el futuro. Por eso si me necesitas, si quieres regresar a casa con los tuyos, te juro que tendrás la mejor seguridad que se pueda comprar. No tienes que quedarte con ellos, hija. De hecho, después de esto no

me fío de que estés segura. Puedo comprar otra isla, puedo llevarte a Europa con una identidad distinta, puedo hacer lo que quieras.

Negó con la cabeza. —Me quedo con Grantleigh, papá.

Nathaniel apretó los labios. —¿Estás segura?

—Sí. —Apretó su mano. —Mi futuro, sea mucho o poco está a su lado, pero…

—Dime.

—¿Quién es Laurence, papá?

—¿Laurence? —preguntó confundido, entonces pareció recordar y juró por lo bajo—. Me oíste en tu casa. Hija, estaba enfadado, acababan de sacar la noticia en el Times y…

—Eso ya no importa, ¿quién es?

—Es un amigo del club de tenis. Desde que Williamson no está, hemos hecho mucha amistad y…

—Te estabas desahogando.

—Lo siento.

—Da igual, tenías derecho a enfadarte.

—¿Me perdonas?

—Papá, no tengo que perdonarte, ya te has torturado a ti mismo más de lo que deberías.

La puerta se abrió y Grantleigh se detuvo en seco al ver que estaba despierta.

—Papá, ¿puedes dejarnos solos un momento?

—Sí, iré a la cafetería, necesito cafeína.

—¿Con la gota te dejan tomar cafeína?

—Con moderación debe ser lo único que me dejan tomar. —Pasó al lado de Grantleigh y gruñó como si ahora ya no le gustara nada.

Su marido se acercó. —¿Estás bien?

—Sí. —Sonrió alargando la mano. —¿Sigues enfadado?

Él cogió su mano a toda prisa y se la besó como si estuviera desesperado por tocarla. —Lo siento, nena, me descuidé y…

—No te disculpes, mi amor. Seguro que has sufrido mucho más que yo y ya te habrás fustigado bastante. —Se miraron a los ojos. —No fue Anne, ¿verdad? Estaba delante de mí y no tenía armas.

—Antonella.

Cerró los ojos. —Me equivoqué, en el avión mi padrino me dijo que tenía una confidente que me vigilaría y después de pensarlo mucho creí que era tu tía. Al parecer me equivoqué. Pobre Antonella, el dolor que debía sentir por la muerte de su padre para hacer algo así, para traicionar de esa manera a su propia familia.

—Si quería castigar a alguien, debería haberme castigado a mí —dijo con rabia.

La verdad es que ni sabía qué decir a eso, era evidente que se echaba la culpa de todo. Mejor cambiar de tema. —¿Os habéis trasladado? Aunque no atacaron la casa, seguro que Antonella les dio la ubicación de vuestra sede.

—Sí, los chicos ya están en Málaga.

—¿Málaga? ¿Eso está en España?

—Y hace un tiempo estupendo, tendrás playa privada y podrás hacer todas las olas que quieras.

—No la hice yo, cielo.

—Lo dudo mucho. —Se acercó a ella como si se muriera por besarla, pero algo le detuvo. —Madeleine ha dicho que seguramente has perdido al bebé.

Entrecerró los ojos. —¿Qué?

—Las heridas fueron demasiado graves para que sobreviviera.

—Qué tontería, está ahí. Le siento.

A Grantleigh se le cortó el aliento. —¿Le sientes?

—Sí, fue él quien me despertó, me dijo que me necesitaban. —Sonrió. —¿Me necesitas, cielo?

La besó en respuesta y ella levantó la mano para acariciar su nuca. Cuando se apartó se miraron a los ojos. —No llores, nena. Todo irá bien.

—Lo sé, porque tenemos mucho que hacer y mucho por vivir.

—Eso es, preciosa, y estaremos juntos.

—Para siempre.

# Epílogo

—No mamá, no podré ir a la boda —dijo paseando por la playa con dos hombres detrás—. Sí, se está complicando un poco, ya sabes cómo son estas organizaciones criminales, una pesadez. —Se acarició con la otra mano su hinchado vientre de casi nueve meses y los anillos que le había regalado su marido brillaron bajo la luz del atardecer. —¿Grantleigh? Oh, en una de sus misiones. —Le guiñó un ojo a Jeffrey que sonrió. —Un coñazo, apenas le veo entre misión y misión. Sí, su trabajo es muy importante, lo sé. —Caminó hacia la casa y a su paso se abrió la verja. Saludó con la mano a los de videovigilancia y recorrió el jardín rodeando la piscina para entrar en la casa. —Claro que sí, te quiero. Dale besos a papá y a los chicos. Hasta el mes que viene. —Colgó y miró a Portia que estaba sentada en el salón con el portátil encima. —Oh, por Dios, ¿no puedes hacer eso fuera y que te de algo el aire?

—No seas pesada.

—¡Estás pálida como un cadáver! Me tienes harta, siempre pegada al ordenador.

Portia soltó una risita. —Sí, mamá.

—Este chisme pesa un montón.

—Es un móvil preparado para desviar la llamada al satélite que tu marido ha comprado para ti y solo nosotros podemos acceder a él, no te quejes tanto.

Gruñó pasándose la mano por el vientre. —No llegará a tiempo.

—Claro que sí, Ucrania está ahí al lado.

Madeleine entró en el salón y levantó una ceja. —¿Qué te parece una revisión?

—¡Venga ya! ¡Ya me has hecho dos hoy!

—¿Estamos de mal humor?

Gimió apoyándose con una mano en el respaldo del sofá lleno de cojines mientras con la otra se agarraba el vientre para sentarse. —Sois muy graciosas.

Elsa entró en el salón con un plato lleno de sándwiches y una bebida fresca. —Aquí tienes tu merienda.

—Te quiero. —Agarró un sándwich y lo devoró masticando con gusto. —Este niño come como una lima —dijo con la boca llena. Cogió el vaso y bebió con ganas casi cayéndole el zumo por la barbilla. Cuando acabó respiró hondo—. Qué bueno estaba. —Cogió otro sándwich y en ese momento Jeffrey salió del salón a toda prisa. Mosqueada estiró el cuello para mirar la puerta principal, su marido entró en casa y chilló de la alegría intentando levantarse. Cuando él llegó riendo la cogió por las manos para ayudarla y la abrazó. —Estás aquí.

—Claro que sí, nena. Fue un trabajo fácil. —La besó en los labios. —¿Cómo estás?

—Muy pesada —dijo Portia tecleando.

—Sí, me siento muy pesada —siseó. Algo mojó su pie desnudo y gimió mirando hacia abajo—. ¿He tirado el vaso?

Todos gritaron y se sobresaltó del susto mientras ellos se abrazaban como si su equipo hubiera ganado la Super Bowl. —¿Qué pasa?

—Nena, has roto aguas. —La cogió en brazos. —Ha llegado la hora.

Palideció. —¿De veras?

—Sí, preciosa. —Subió las escaleras y cuando la metió en la habitación se aferró a él. Intentó tumbarla en la cama, pero no le soltaba. —Todo irá bien.

—No siento nada.

—Eso es bueno.

—Sí, porque ya te dolerá después —dijo Portia entrando tras ellos.

Puso los ojos en blanco. —Bonita, ¿nos dejas solos?

Todos se detuvieron en seco y carraspearon antes de salir, pero Portia la miró como si no tuviera claro lo que quería decir —Quiero estar a solas con mi marido, si no te importa.

—Oh… —Se volvió. —Qué pesados con tantas caricias, tantos besos y ese rollo.

Jadeó. —¿La has oído?

—Nena, está algo celosa y es normal porque está sola. Además, Jeffrey ya no pasa tanto tiempo con ella y lo nota.

—Mateo está loco por ella y no le da una oportunidad.

Él apretó los labios. —No quiere pasar por lo mismo que con mi hermano.

La puerta se abrió y Portia entró mosqueadísima. —¡No os tengo celos! ¡Y para que lo sepáis, listillos ya salí con Mateo y me puso los cuernos!

—¡Eso es mentira! —gritó su hombre desde abajo.

Jadeó volviéndose. —¡Tú sí que eres un mentiroso! ¡Olías a ella!

—¡Preciosa, estaba en una misión! ¡Se tenía que arrimar un poco!

—¡Yo sí que te voy a arrimar la piedra que te voy a estrellar como te vuelvas a acercar a mí!

Con los ojos como platos esperó la respuesta de Mateo. —Estás loquita por mí, jamás me harías daño.

Gruñó apretando los puños y les miró con rabia. —¡Esto es culpa vuestra! Me lo habéis metido entre ceja y ceja, ¡miradme ahora! Colgada de un capullo que se ríe de mí.

—Preciosa, ven a saludarme en condiciones que te he echado de menos.

De repente Portia soltó una risita. —Me ha echado de menos.

Rita sonrió. —Y te está esperando.

Su amiga salió corriendo y miró a su marido a los ojos. —Esto va genial. Todas las veces que te he obligado a hablarle de él han merecido la pena.

—Sí, nena, tienes un don.

Rio encantada. —Sí que lo tengo. —Se acarició el vientre. —Vaya, eso ha dolido un poco.

—Pero merecerá la pena.

—Sí. —Le miró a los ojos. —Un nuevo templario.

—Para eso aún queda mucho tiempo. —Metió la mano en el bolsillo del traje y sacó una cajita. —Te he traído algo.

—¿De veras? —Emocionada la abrió y cogió el colgante con la cruz templaria hecha con rubís. —Es preciosa, cariño.

—Si alguien merece llevarla esa eres tú.

—Te amo. —Él se agachó para besarla en los labios y Rita le correspondió con todo su amor. Se apartó para mirarle pálida. —Vaya, esa contracción ha dolido más. —Gimió agarrándose el vientre. —Mierda…

—Nena, ya hemos hablado de esto. Le diré a Madeleine que te ponga la epidural, lleva meses practicando.

—No, no, debe ser algo natural. —Cuando se le pasó, levantó el colgante. —¿Me la pones?

Él sonriendo se la puso alrededor del cuello y Rita la acarició sobre su pecho. Se escucharon risas abajo y alguien gritó —¡Por la siguiente generación!

—Ve con ellos.

—No pienso moverme de tu lado. —Apartó la caja y cogió su mano. —¿Recuerdas el telescopio?

—Uy, mi perdición —dijo haciéndole reír por lo bajo.

—Tu perdición fui yo, nena.

—Cierto. —Acarició su mejilla. —Y soy muy afortunada porque te eché el ojo a través de esa lente.

Levantó algo que parecía un cristal. —¿Esta lente?

Se echó a reír cogiéndola. —No puede ser. —La había rodeado de un marco de oro. —¿Cómo la has conseguido? Elsa lo tiró.

—No, se lo llevó a casa para intentar arreglártelo, sabía que era muy caro y después intentó venderlo.

—Ah… Creía que le pagaba bien.

—Intentó venderlo para ir a verte a Santo Domingo, estaba muy preocupada por ti.

Emocionada susurró —¿De veras? Es estupenda. —Colocó la lente sobre la mesilla y soportó un dolor gimiendo y cerrando los ojos con fuerza. —Llama a Madeleine —dijo con esfuerzo.

Él salió corriendo y cuando abrió la puerta Madeleine entró de inmediato. —Algo no va bien —dijo Grantleigh—. Ahora tiene contracciones muy seguidas y dolorosas, si acaba de empezar eso no puede ser normal.

Madeleine se acercó. —La dilatación empezó hace horas, aunque tu mujer intentó ocultármelo para que no tuviéramos que llamarte y ponerte en peligro.

Asombrado miró a su mujer. —¿De veras?

—No quería que te preocuparas, mi amor.

Madeleine le quitó la falda y la ropa interior mojada. —Veamos cómo va. —Miró entre sus piernas y sonrió. —Totalmente dilatada.

—Vaya, esto del parto no es para tanto —dijo encantada—. Cuatro dolores y fuera. —Intentó mirarse entre las piernas. —Vamos, fuera…

—Nena, creo que tienes que empujar.

—Sí, me están entrando ganas.

—Pues vamos allá —dijo Madeleine emocionada—. No hacía esto desde la facultad de medicina.

Asustada miró a Grantleigh. —¿Cariño?

Cogió su mano. —Todo irá bien, preciosa, estoy aquí y en unos minutos Kent estará con nosotros.

—Sí, me gusta más Kent aunque su nombre sea Tsidkenu. Los niños del parque le mirarían raro. —Emocionada susurró —¿Cuál será mi siguiente misión?

—Amarme y cuidar mi alma.

Sonrió. —Pues lo haré encantada, mi amor.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

1- Vilox (Fantasía)
2- Brujas Valerie (Fantasía)
3- Brujas Tessa (Fantasía)
4- Elizabeth Bilford (Serie época)
5- Planes de Boda (Serie oficina)
6- Que gane el mejor (Serie Australia)
7- La consentida de la reina (Serie época)
8- Inseguro amor (Serie oficina)
9- Hasta mi último aliento
10- Demándame si puedes
11- Condenada por tu amor (Serie época)
12- El amor no se compra
13- Peligroso amor

14- Una bala al corazón
15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
16- Te casarás conmigo
17- Huir del amor (Serie oficina)
18- Insufrible amor
19- A tu lado puedo ser feliz
20- No puede ser para mí. (Serie oficina)
21- No me amas como quiero (Serie época)
22- Amor por destino (Serie Texas)
23- Para siempre, mi amor.
24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)
25- Mi mariposa (Fantasía)
26- Esa no soy yo
27- Confía en el amor
28- Te odiaré toda la vida
29- Juramento de amor (Serie época)
30- Otra vida contigo
31- Dejaré de esconderme
32- La culpa es tuya
33- Mi torturador (Serie oficina)
34- Me faltabas tú
35- Negociemos (Serie oficina)
36- El heredero (Serie época)
37- Un amor que sorprende
38- La caza (Fantasía)
39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
40- No busco marido
41- Diseña mi amor
42- Tú eres mi estrella
43- No te dejaría escapar
44- No puedo alejarme de ti (Serie época)
45- ¿Nunca? Jamás
46- Busca la felicidad
47- Cuéntame más (Serie Australia)
48- La joya del Yukón

49- Confía en mí (Serie época)
50- Mi matrioska
51- Nadie nos separará jamás
52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)
53- Mi acosadora
54- La portavoz
55- Mi refugio
56- Todo por la familia
57- Te avergüenzas de mí
58- Te necesito en mi vida (Serie época)
59- ¿Qué haría sin ti?
60- Sólo mía
61- Madre de mentira
62- Entrega certificada
63- Tú me haces feliz (Serie época)
64- Lo nuestro es único
65- La ayudante perfecta (Serie oficina)
66- Dueña de tu sangre (Fantasía)
67- Por una mentira
68- Vuelve
69- La Reina de mi corazón
70- No soy de nadie (Serie escocesa)
71- Estaré ahí
72- Dime que me perdonas
73- Me das la felicidad
74- Firma aquí
75- Vilox II (Fantasía)
76- Una moneda por tu corazón (Serie época)
77- Una noticia estupenda.
78- Lucharé por los dos.
79- Lady Johanna. (Serie Época)
80- Podrías hacerlo mejor.
81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)
82- Todo por ti.
83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)
84- Sin mentiras

85- No más secretos (Serie fantasía)
86- El hombre perfecto
87- Mi sombra (Serie medieval)
88- Vuelves loco mi corazón
89- Me lo has dado todo
90- Por encima de todo
91- Lady Corianne (Serie época)
92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
93- Róbame el corazón
94- Lo sé, mi amor
95- Barreras del pasado
96- Cada día más
97- Miedo a perderte
98- No te merezco (Serie época)
99- Protégeme (Serie oficina)
100- No puedo fiarme de ti.
101- Las pruebas del amor
102- Vilox III (Fantasía)
103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
104- Retráctate (Serie Texas)
105- Por orgullo
106- Lady Emily (Serie época)
107- A sus órdenes
108- Un buen negocio (Serie oficina)
109- Mi alfa (Serie Fantasía)
110- Lecciones del amor (Serie Texas)
111- Yo lo quiero todo
112- La elegida (Fantasía medieval)
113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
114- Con solo una mirada (Serie época)
115- La aventura de mi vida
116- Tú eres mi sueño
117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
119- Sólo con estar a mi lado
120- Tienes que entenderlo

121- No puedo pedir más (Serie oficina)
122- Desterrada (Serie vikingos)
123- Tu corazón te lo dirá
124- Brujas III (Mara) (Fantasía)
125- Tenías que ser tú (Serie Montana)
126- Dragón Dorado (Serie época)
127- No cambies por mí, amor
128- Ódiame mañana
129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)
130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)
131- No quiero amarte (Serie época)
132- El juego del amor.
133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)
134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)
135- Deja de huir, mi amor (Serie época)
136- Por nuestro bien.
137- Eres parte de mí (Serie oficina)
138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)
139- Renunciaré a ti.
140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)
141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.
142- Era el destino, jefe (Serie oficina)
143- Lady Elyse (Serie época)
144- Nada me importa más que tú.
145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)
146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)
147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)
148- ¿Cómo te atreves a volver?
149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)
150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)
151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)
152- Tú no eres para mí

153- Lo supe en cuanto le vi
154- Sígueme, amor (Serie escocesa)
155- Hasta que entres en razón (Serie Texas)
156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)
157- Me has dado la vida
158- Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)
159- Amor por destino 2 (Serie Texas)
160- Más de lo que me esperaba (Serie oficina)
161- Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)
162- Dulces sueños, milady (Serie Época)
163- La vida que siempre he soñado
164- Aprenderás, mi amor
165- No vuelvas a herirme (Serie Vikingos)
166- Mi mayor descubrimiento (Serie Texas)
167- Brujas IV (Cristine) (Fantasía)
168- Sólo he sido feliz a tu lado
169- Mi protector
170- No cambies nunca, preciosa (Serie Texas)
171- Algún día me amarás (Serie época)
172- Sé que será para siempre
173- Hambrienta de amor
174- No me apartes de ti (Serie oficina)
175- Mi alma te esperaba (Serie Vikingos)
176- Nada está bien si no estamos juntos
177- Siempre tuyo (Serie Australia)
178- El acuerdo (Serie oficina)
179- El acuerdo 2 (Serie oficina)
180- No quiero olvidarte
181- Es una pena que me odies
182- Si estás a mi lado (Serie época)
183- Novia Bansley I (Serie Texas)
184- Novia Bansley II (Serie Texas)
185- Novia Bansley III (Serie Texas)
186- Por un abrazo tuyo (Fantasía)
187- La fortuna de tu amor (Serie Oficina)
188- Me enfadas como ninguna (Serie Vikingos)

189- Lo que fuera por ti 2
190- ¿Te he fallado alguna vez?
191- Él llena mi corazón
192- Contigo llegó la felicidad (Serie época)
193- No puedes ser real (Serie Texas)
194- Cómplices (Serie oficina)
195- Cómplices 2
196- Sólo pido una oportunidad
197- Vivo para ti (Serie Vikingos)
198- Esto no se acaba aquí (Serie Australia)
199- Un baile especial
200- Un baile especial 2
201- Tu vida acaba de empezar (Serie Texas)
202- Lo siento, preciosa (Serie época)
203- Tus ojos no mienten
204- Estoy aquí, mi amor (Serie oficina)
205- Sueño con un beso
206- Valiosa para mí (Serie Fantasía)
207- Valiosa para mí 2 (Serie Fantasía)
208- Valiosa para mí 3 (Serie Fantasía)
209- Vivo para ti 2 (Serie Vikingos)
210- No soy lo que esperabas
211- Eres única (Serie oficina)
212- Lo que sea por hacerte feliz (Serie Australia)
213- Siempre estás en mi corazón (Serie Texas)
214- Lo siento, preciosa 2 (Serie época)
215- La intensidad de lo que siento por ti
216- Lucha por lo que amas (Serie Australia)
217- Ganaré tu corazón (Serie Vikingos)
218- Mi otra cara de la moneda
219- Ni tú conmigo, ni yo sin ti
220- No necesito más, si te tengo a ti (Serie Oficina)
221- Me enfrentaré a todo por tu amor (Serie época)
222- Algo único (Serie Australia)
223- Volver a enamorarte
224- Empezar de nuevo (Serie oficina)

225- Nunca seré tuya (Serie Vikingos)
226- Sería imposible olvidarte (Serie Vecinos)
227- Juramento de amor 2 (Serie época)
228- Siento tu corazón
229- ¿Has pensado en mí?
230- La oportunidad de enamorarle
231- No dañes mi corazón (Serie Escocia)
232- Te siento mío (Serie Texas)
233- El uno para el otro
234- Mi sueño eres tú
235- Déjame amarte, preciosa (Lo siento, preciosa 3)
236- Intentaré amarte (Serie oficina)
237- Haré lo que sea por ti
238- Volveré a ti (Serie Texas)
239- Salvará su corazón (Serie Escocia)
240- Tenemos toda una vida (Serie Montana)
241- Las deudas se pagan
242- Piensa en mí (Serie Australia)
243- Demasiados años sin amarte (Serie Fantasía)
244- Eres todo para mí (Serie oficina)
245- Volveré en primavera
246- Eres mi perdición (Serie Fantasía)

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Juramento de amor 2
12. Una moneda por tu corazón
13. Lady Corianne
14. No quiero amarte
15. Lady Elyse

También puedes seguirla en las redes sociales y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.